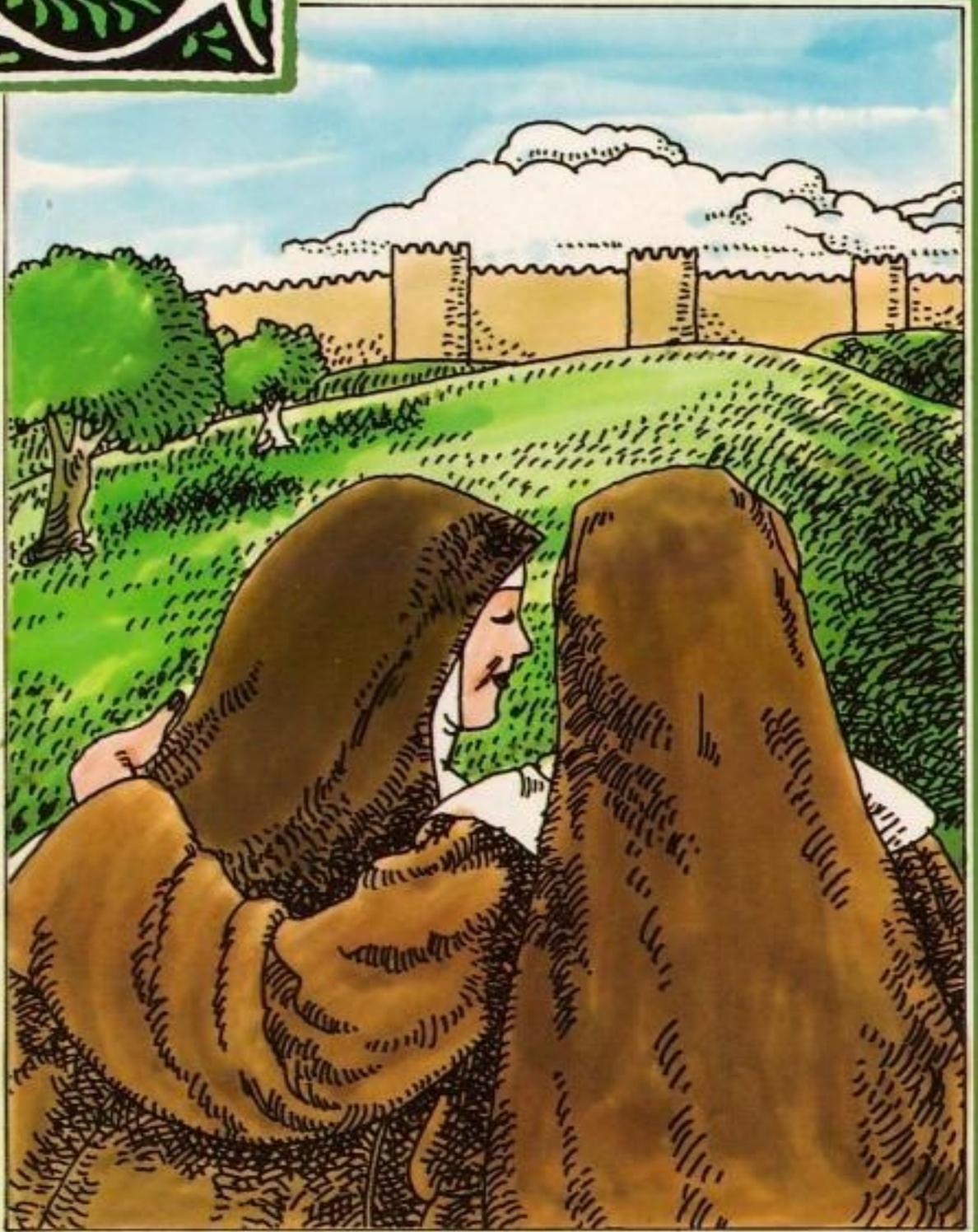




# xtramuros



Jesus Fernández San **Lectulandia**

*Extramuros* es la historia de la apasionada relación de dos monjas en el interior de un convento. En el ambiente empobrecido y alucinante de un convento, en la España mellada que siguió a la muerte de Felipe II, se entrecruzan sutilmente, con oculta violencia, la sexualidad sofrenada y el misticismo, en una confrontación de caracteres servida por una prosa de sostenida y admirable tensión expresiva.

**Lectulandia**

Jesús Fernández Santos

# **Extramuros**

**ePub r1.0**

**lezer 07.10.14**

Título original: *Extramuros*  
Jesús Fernández Santos, 1978

Editor digital: lezer  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## *Capítulo primero*

Extramuros la luna se detuvo. Más allá del camino real quedó inmóvil sobre la ciudad, encima de sus torres y murallas, dominando los prados empinados donde cada semana se alzaban las fugaces tiendas del mercado. Los recios muros revelaban ahora la trama de sus flancos, sus cuadrados remates, sus puertas blasonadas, con sus luces de pez y estopa, movidas por el aliento solemne de las ráfagas. De lejos llegaba intermitente el rumor del río, dando vida a la noche, la voz de la llanura estremecida, el opaco silencio de la tierra, de las lomas peladas y de los surcos yermos.

Todo se había congelado, detenido, muerto bajo el manto de aquella luz tan fría, a los pies de las nubes heladas como husos blancos de una rueca invisible, como rebaños fantasmales, empujados, amenazados, divididos por los veloces canes del viento.

La luz hizo alzar de sus cenizas, de su nocturna muerte a las aceñas del río, por lo común calladas, silenciosas, volvió brillantes tejados y corrales, cubriendo de cristales diminutos los quebrados caminos, los calvarios medrosos, más allá de las murallas, de las agudas flechas de sus torres. Se las veía apuntar a la madre de todas las cosas, a la señora de la noche, blanca, tersa, desnuda, ahuyentando con su presencia, no sólo las estrellas, sino también las nubes y las aves. Era su manto helado, su reino frío, no de cálidas tinieblas, su voz un hilo apenas como el susurro de las bogas en el río que, entre suspiros y arrebatos, daba vuelta a la villa por su cara opuesta.

Todo ello, la ciudad, las lomas y el camino en torno, se adivinaba más allá, al otro lado de la gastada celosía. De día, en cambio, podían verse recuas de trajinantes con la blanca cosecha de pan sobre sus mulas recias afrontando con calma la pesada cuesta, camino del mercado, rebaños sonámbulos mantenidos a voces en las estrechas sendas, gente de a pie, de silla, acompasados caballeros, ricos cortejos que ajenos al viento frío de la sierra se alejaban navegando en el polvo, camino de la corte.

Todo ello se podía contemplar, sentir, adivinar más allá de nuestros muros, al compás de las labores o la oración, según la hora, según pintase el día, la devoción, según su Majestad, de quien han de venir rigores y mercedes, dispusiera en beneficio nuestro.

Pues así fue que estando un día la comunidad en el coro a la hora de maitines, dispuso que mi hermana viniera a dar en tierra o por mejor decirlo, en el suelo de tablas, tan remendado y roto. Puede que fuera el mal de mudanza de estación o la comida ruin de aquel año de tan largas privaciones, o el ansia por merecer aquellos primeros votos que tanto ambicionábamos, pero allá quedó en el suelo privada de todo sentido. Con gran diligencia se intentó levantarla y como por lo avanzado de la hora no procediera llamar al médico, ordenó la priora sacarla al aire del portal, por si

el frío de la noche y nuestras oraciones eran capaces de espantar el mal y mejorarla. Pero no fue preciso tal remedio. Ella sola fue alzando poco a poco la cabeza entre el revuelo de miradas, alerta como si regresara de otro mundo, de más allá del claustro, de más lejos que las murallas de la villa, quién sabe si desde aquellas estrellas que ahora en lo alto, de nuevo tiritaban.

Poco a poco se levantó, adelantando el pie, las manos, con la ayuda de las demás hermanas, abriéndose paso, camino de la celda, en donde la esperaba al menos el mezquino cobijo de la manta que, aunque gastada y pobre, siempre ayudaba más que aquel relente helado y la luna ocultándose en lo alto.

Toda la noche se le fue en suspiros y tiemblos, en rogar al Señor para poder siquiera mantenerse en pie, tal como lo intentara a veces luchando por salir al excusado o por volver al coro para seguir los cantos. Mas cada nuevo intento acababa en derrota; cada esperanza en nuevo descalabro. Así pasamos juntas la noche, ella viendo llegar el día más allá del mezquino ventanillo, yo rezando, luchando por aguantar el sueño y aquel frío negro como un demonio que dejaba los miembros doloridos. Ya con el sol rompiendo por encima de tapias de la huerta, sonó la esquila del portal principal anunciando visita. A poco la puerta de la celda se abrió dando paso a la priora acompañada de nuestro viejo médico. Traía éste rojas aún del relente las mejillas y las manos como puros tendones que fueran a romper la piel tan transparente. Enfundado en la capa que no llegaba a cubrir sus rodillas, parecía un gran pájaro calvo que el mal viento de enero hubiera hecho caer buscando amparo entre aquellos muros escuálidos.

La priora le explicó el mal de la hermana, y él palpando los pulsos, acechando en el fondo de los ojos, consultando los distintos humores, sentenció, tras pensarlo un instante, que nada era tan grave como la extrema debilidad de la enferma. Sin embargo, su grave postración podía corregirse con vino, pan y carne en abundancia y trabajos ligeros y breves.

Tal dijo y calló pronto porque según hablaba se diría que descubriría aquella celda ruin con sus suelos de ladrillos partidos, su cama y su lebrillo y las grietas por donde los adobes asomaban amenazando ruina.

Calló viendo a la luz del velón el color de mi hermana y el gesto de la superiora, escuchando su voz, sabiendo cómo faltaba el pan que la sequía nos negaba, cómo la carne la conocimos por postrera vez en la fiesta del santo y el vino poco más, antes de que nuestra bodega definitivamente se secara.

En un instante ante el lecho de mi hermana, ante su rostro tan gastado y mezquino, debió de recordar qué tiempos eran aquellos que corrían a la vez ruines y recios, qué años de soledad para el alma y el cuerpo miserable. Así enmudeció en tanto yo corría el embozo de la sábana sobre los labios de mi hermana, cubriendo su respirar tan hondo, la blanca nubecilla que nacía en el aire cada vez que su aliento se

animaba.

Era como los pájaros que derriban en invierno las heladas, tan desvalida y pobre, respirando apenas, luchando aún por volar, por revolverse, por alzarse de nuevo hasta las ramas.

Con el médico y la priora ya camino del portal, perdidos y lejanos, le pregunté si sus desmayos volvían. Me respondió que aún andaba harto mal como privada de sentido, que si el Señor no le ayudaba mal podían los hombres, con toda su ciencia, intentar devolverle la salud y las fuerzas.

Así quedamos largo rato; mi hermana suspirando y yo dando a entender que su mal era cosa de poco; ella cerrando los ojos como quien se despide de este mundo y yo tomando sus manos en las mías, procurando aliviar su soledad, luchando por sembrar en ella la esperanza.

Poco tardó en saber nuestro capellán las nuevas de la casa. Bien presto se las hizo conocer el médico y tras mucho pensarlo acordaron, tal como procedía, pasar aviso a nuestros superiores.

Vano empeño, pues en la villa donde residían no debían pintar tiempos mejores. También allá el demonio debía andar sembrando su cosecha de males terrenales, la escasa fe, la olvidada caridad, la esperanza menguada por culpa de la sequía.

Pues aunque en cuestión de fe Nuestro Señor nunca llegó a dejarnos de su mano, la lluvia nos olvidó invierno tras invierno, verano tras verano, no dejando mata de hierba en muchas leguas, ni arroyo a flor de tierra, ni surco brotado.

Era una de aquellas famosas plagas que el Santo Libro cuenta. El agua huyó de ríos y manantiales, y la lluvia de las nubes. El campo respiraba polvo, angustia y miseria. Era cosa triste de ver, según decían los que nos visitaban en busca de algo de pan y caldo, las espigas a punto de nacer y ya muertas al sol, ni maduras ni en sazón, los arrabales mustios y el ganado campando a su albedrío, buscando por veredas y trochas lo que el cielo y la tierra le negaban.

El camino real que antaño se animaba al caer del sol con el paso de las mulas y caballos, con cortejos y carros, ahora a lo lejos, desde la celosía, aparecía desierto como un presagio de lo que habría de acaecer tras breve tiempo.

Y ello fue que según nuestras desdichas arreciaban, según el cielo seguía despejado y el campo seco y los senderos vacíos, llegó esa segunda calamidad siempre alerta como llamada por su hermana.

Vino una muy miserable enfermedad que volvió a la gente flaca, aviesa y aún más desconsolada. Llegó el mal que diezma de cuando en cuando nuestras villas y corte, que hace a las gentes huir de la ciudad abandonando bienes y hogares y hasta a sus más queridos familiares. Llegó sin amenazas, sin ningún previo aviso, como en secreto y aunque ya la esperábamos, su recuerdo era tal de otras pasadas veces que

bastó su fama para sembrar de espanto cuerpo y alma. Las más fuertes de mis hermanas juzgaban ahora fácil cosa pasar a ver a Dios Nuestro Señor, pero yo como de fe más flaca, más apegada a las cosas de la tierra, no alcanzaba a sentirme peregrina en ella, ni a pensar de buen grado en cosas celestiales, ni a descubrir la ganancia que nuestro confesor predicaba cada día, haciéndonos saber cómo los verdaderamente vivos viven allá en el cielo por sobre nuestras cabezas, en tanto los de acá todo lo pierden ciegos, empeñados en glorias pasajeras.

La priora recomendaba ofrecer aquellas penas al Señor, que a fin de cuentas no hacía sino probarnos a través de tales sacrificios, pero yo no llegaba a comprender cómo tales miserias nos otorgaban el título de bienaventuradas, cómo entender tal dignidad en aquellas pobres gentes que cada día ante el portal llegaban, como toda aquella escasez, tan negros años eran, según decía, para aumentar nuestra gloria en la desgracia.

Bien estaba, en su justa medida, nuestra tradicional pobreza según exigían las reglas de la casa, desdeñar bienes, pompas y abundancia, mas aquella escasez no nueva ciertamente, pero más dura y triste que en años anteriores, mataba en nosotras toda alegría y esperanza, como si el Señor nos dejara de su mano quién sabe si por alguna grave falta.

En vano nos explicaba la priora cómo aquellas terribles pruebas eran timbre de gloria y especial galardón para la comunidad; a la noche cuando camino del coro, nuestros pies rozaban la tierra aún removida de sepulturas anteriores, nos preguntábamos cuál de nosotras sería la primera, a cuál llamaría ante sí Nuestro Señor antes que un nuevo día amaneciera.

Yo —me decía— no quiero para mí tales armas ni banderas. Si aquí vine para servir al Señor, mejor viva que muerta, antes en el trabajo o en el coro, la labor o la huerta, que bajo el polvo de ese rincón del claustro, debajo de la tierra.

Así pensaba yo, sin apenas sosiego, en tanto velaba a mi hermana cuya salud menguaba día a día. Quedaba a su lado todo el tiempo que podía robar al coro o la cocina, casi siempre leyendo en alta voz libros piadosos, vidas de santos que ganaron la paz del cielo por sus buenas acciones aquí abajo. El libro se me vencía a ratos, las páginas se me volvían pesadas como lávanas, al tormento del alma se sumaban los dolores de los brazos y el sueño apretaba tanto que apenas era capaz de valerme. El pensamiento andaba en todas aquellas vírgenes y varones, en las grandes mercedes que el Señor les otorgó, en sus martirios y grandes devociones, en cómo su voluntad prevaleció hasta conseguir para sí y para sus comunidades todo género de venturas.

Yo pensaba en nuestra casa ruin y bien presto las lágrimas venían. Otras en cambio la ira me arrebatava el corazón como una llama que invadiera la celda, abrasando a mi hermana y a mí, aniquilando el convento todo, borrando en las hermanas, en la comunidad, toda mansa paciencia. Luego, a la tarde sobre todo, a la

caída del sol, a esa hora en que el campo parece que respira, venía nuestro enemigo principal de muros adentro, el avieso humor de la melancolía.

Quedaba entonces como ella, sin poder defenderme, en silencio las dos, con la razón en sombra, oscurecida, como ajena a mí misma, con el libro en las manos, apagada, rota.

Ella entonces lo tomaba entre las suyas y en su quebrada voz, seguía la historia en el punto en que yo la dejara, y era ésta por entonces la vida de una santa famosa no sólo por sus muchas virtudes y dones sobrenaturales, sino también por alzar a su comunidad desde un estado miserable hasta lugar de cita y peregrinación de todo género de ilustres personajes.

Renovada la casa y ampliada la orden, crecía tanto en gloria y abundancia hasta el punto de llegar a ser cimiento y cabeza de otros muchos conventos en diversas regiones y comarcas. Ello fue por las Sierras de Córdoba en donde el Salvador se apareció a la santa, tocando con sus dedos en sus manos, dejando en ellas para siempre sus llagas. A poco le nació en el costado la lanzada del Gólgota y pronto cambió su vida, sin apenas comer ni beber, ni probar otro alimento que la sagrada comunión, siempre en vela, sin dormir apenas, consumiendo en la oración las horas que al sueño dedicaban las otras.

Veía al Sacramento de modo muy especial, en forma de niño rodeado de ángeles, nunca apeaba el cilicio de su carne y sus pies no conocieron ni el cuero, ni el esparto en la estación más fría ni en los días peores. Tantas fueron sus virtudes y méritos que, año tras año, salió elegida por abadesa de la casa, llegando su fama a tanto que hasta la misma Emperatriz le envió como recuerdo su retrato.

Su vida, dictada o escrita de su mano, fue por aquellos días el mejor regalo de mi hermana, su mejor medicina, único bálsamo capaz de ahuyentar sus quebrantos en los días tan largos de la espera.

A veces alzaba el rostro meditando, mirando más allá de la ventana. Otras, en sueños, murmuraba tal como si tornaran los recuerdos del día. Ninguna medicina le aliviaba, sino el libro y la santa y las mercedes que aquélla consiguió en su casa tan nueva y alhajada.

De todo ello me hablaba cuando empezamos a salir al jardín, camino de la huerta, cuando la priora, con la experiencia de quienes ya trataron en muchas ocasiones este mal, me ordenó que con maña y paciencia le ayudara, no ordenándola en lo que se habría de resistir, sino mostrando gran afecto y cuidado con ella. Así para ocuparla en algo, para que no tuviera tiempo de compadecerse, comencé a levantarla a media mañana cuando el sol todavía no atormenta y alcanzando la sombra de la alberca, allí nos deteníamos hasta que desde la cocina llegaba alegre el repicar de la campana.

Largas horas en las que el son de los gorriones y el monótono sonar de las chicharras pregonando el calor de agosto nos hacían a las dos olvidar trances

amargos. Yo a ratos pedía a Dios que fuera servido de darme a mí su enfermedad, aquel mal de mi hermana y compañera, mas el Señor no me escuchó, antes bien y mejor: ella dio en levantar cabeza quién sabe si por mis oraciones. Ello fue que comenzó a comer de mejor grado, la calentura huyó y no fueron precisas más purgas ni sangrías. Fue la ganancia tal que ya sola caminaba e incluso razonaba, aunque en tal punto fueran tan diferentes nuestros pareceres. Pensaba y así me lo decía que no era justo tal como nuestra suerte andaba, tan ligera y quebrada dejarla del todo en manos ajenas. Si el remedio de siempre nos faltaba: limosnas y cosechas, por obra y gracia de su señor principal, nosotras debíamos, como obreras de la comunidad, buscar en otras fuentes lo que el mundo antaño a manos llenas nos ofrecía y ahora en cambio se obstinaba en negarnos.

En vano yo respondía que mejor casa chica pero nuestra que grande y ajena, sometida a dineros y favores extraños; antes libres en la comunidad que esclavas de la villa, de ayudas rogadas y a la postre esquivas, pero algo vino a darle la razón en todo y a quitármela a mí, un acontecimiento que luego diré y que vino a resultar piedra fundamental, clave del arco que mi hermana a solas andaba levantando. No sé si entonces comenzó la ruina de todas nosotras, de nuestro nombre honrado y nuestra fama en el siglo, pero es bien cierto que allí el demonio comenzó a trabajar nuestra caída, tal como él acostumbra día y noche, sin tregua ni reposo.

El caso fue que la carta de nuestro capellán, dando cuenta del estado tan ruin que soportábamos, llegó hasta el Padre Provincial, que quiso visitar en persona la casa. Quizás andaba desocupado por haber predicado ya las fiestas mayores o tuviera que acudir a la villa a solventar negocios de la Orden o, en fin, aquella carta de nuestro confesor le inquietó hasta el punto de temer por la salud de todas. El Señor le iluminó en tanto iba robando hermanas al coro y la labor, a la oración y al claustro. Un nuevo mal, hijo de aquel que nos atormentaba, vino a diezmarnos tan recio y apretado que comer era dolor harto grande y aun el agua del pozo, poca y escasa, era preciso templarla para que no abrasara la garganta.

Así las cosas, llegó por fin el Provincial, hombre de fe y talento y en opinión de todos, de prontas decisiones. Tenía fama de empezar siempre, como buen albañil, la casa por bajo, dejando para más adelante tejado y remates, de decir, rezos, horas y salmos. Pidió presto los libros de gastos y allí fue el suspirar y lamentarse la priora, pues todo andaba revuelto y anotado como cosa de pobres mujeres ignorantes de los bienes materiales. Los otros, los del cielo, ya se sabe que a solas nacen y a solas medran, pero los de aquí abajo, si no se saben apañar y ordenar, bien pronto vuelan como los pájaros cuando el otoño llega. Así se lo explicó el Provincial y así estuvieron cosa de medio día con el asunto de otras tierras y rentas que por no ser llevadas con concierto, las unas ya se daban por perdidas y las otras se tenían por

muertas.

Como se sabe y dice, de lo perecedero suelen venir graves daños al espíritu y así andábamos nosotras, sin saber qué ración nos tocaba a las sanas ni cuál a las enfermas, ni hasta dónde alcanzaba el grano, ni si era buena o menguada la cosecha. Pues donde manda pastor viejo o prelada manirrota, el rebaño no medra y hasta puede venir su ruina o muerte si no se pone remedio a tiempo.

Poco a poco, empecinado como estaba, empezó el Provincial a examinar cuanto hallaba en su camino como juez que buscara comprobar todo cuanto en su carta el confesor exponía y delataba. Miraba en especial los locutorios, su doble reja tan recia y estrecha, sus sufridos velos y el ventanillo de comulgar en la capilla. Habló largo y tendido con su confidente recomendándole tuviera con nosotras tan sólo el trato necesario, informándose muy por menudo de la vida y recogimiento de la casa.

Nunca supimos qué conclusiones sacaría entonces, pero es el caso que volvió de su plática con el semblante triste, enmudecido y fue entonces, tras de aquella breve charla, cuando quiso ver el resto de la casa, enfermería y celdas, granero, establo e incluso el cementerio, insistiendo mucho en ello por más que las hermanas tratáramos con buenas palabras de alejarlo.

Como dice el dicho, tuvo el Señor a bien dejarnos de su mano, el mundo se nos vino encima y el mismo visitador antes blando y afable, se nos volvió frontero y enemigo. No cejó hasta conocer la enfermería y quiso nuestra mala suerte que por aquellos días una de las hermanas más jóvenes se hallara en trance de dejarnos. Cada vez que cerraba los ojos pensábamos que sería para siempre. Ya había recibido el sacramento de la unción, y escuchado el credo en voz de la priora. Hasta pusimos la cera en sus ojos, tan seguras estábamos de que bien pronto nos dejaría. Pero quiso el Señor que el día de la visita viviera todavía y sintiendo llegar a nuestro padre se alzara en el catre solicitando confesarse.

Intentó convencerla la priora de que harto limpia se hallaba su alma con tanta absolución de nuestro capellán, que se estuviera quieta y reposada, pues de otra forma no habría de sanar; pero la hermana —como de poca edad, con el miedo a morir de los más jóvenes, aquéllos a quienes la vida mira aún con mercedes y goces— respondió que bien segura estaba de tener la sepultura abierta, que pronto dejaría el mundo en compañía de otras, de todas las hermanas que reposaban desde hacía poco en el patio bajo la sombra de las cruces nuevas.

El vicario preguntó en alta voz cuántas eran las finadas en los últimos meses. Quiso saber también la causa de su muerte y nuestro capellán, como si él a su vez abonara su causa, le fue contando nuestras privaciones y cómo el mal diezmaba cada día la casa.

Luego los dos pasaron revista al resto de la grey, a la huerta, la cocina y las celdas hasta volver al refectorio en donde la visita había comenzado.

No fue como otras veces. Nada quiso saber de dudas y propósitos, de vocaciones nuevas. No hubo palabras de ánimo, sólo un silencio hondo, fruto seguramente de sus oscuros y airados pensamientos. Ni siquiera quiso honrarnos probando la comida que la priora consiguió preparar a duras penas, atropando de aquí y de allá cuanto quedaba de dulce o salado, de cordero extramuros y hortalizas del huerto de la casa. Ni siquiera nuestra fruta quiso catar tan preocupado andaba en sus cavilaciones. Ni se dignó escuchar a las hermanas que gastaban sus fuerzas en inútiles salvas, en propósitos y justificaciones, culpando de todo a la sequía. Si era capaz de arruinar tantas villas y ciudades —decían— no era extraño que viniera a cebarse en tan pobre comunidad; pero nuestra penuria sería sólo pasajera, regalo del Señor como afirmaba la priora, prueba de fuego a la que una vez más nos sometía.

Pero el visitador apenas escuchaba. De cuando en cuando consultaba con nuestro capellán fechas y nombres, cifras y cuentas y el capellán le remitía al médico cuyo informe a buen seguro no nos iba a resultar más favorable.

Sin mediar en la charla, ni interrumpir a nuestra superiora, todas, quien más quien menos, lamentábamos haberle abierto así las puertas de la casa, mostrar tan a la ligera nuestras miserias, habida cuenta de que cada uno ve las faltas leves o graves según se lo pintaron de antemano. Seguramente nuestro padre era buen juez; por tal lo tuvimos siempre desde que lo conocimos, pero el parecer del médico debió hacer mella en él, del mismo modo que el informe de nuestro confesor que siempre tuvo a gala gobernarnos.

Fuera por una u otra razón, era el caso que el recuerdo de las celdas vacías, los techos rotos por donde el viento retumbaba a la noche, el granero esquilmado, los muros derrumbados y caídos, el coro amenazado y la huerta sembrada de cardos, pesaban en el ánimo de aquél en cuyas manos estaba la suerte de la comunidad, su vida o muerte aquí abajo en la tierra.

Largo tiempo anduvo revuelto el convento con aquella visita súbita, esperando sus temidas consecuencias. Las hermanas inquietas y asustadas, contrita la conciencia, acusaban a nuestro capellán de traernos un mal peor que la seca o las plagas anteriores. Afirmaban algunas que a buen seguro andaba en todo la mano del demonio, presto a determinar el cierre de nuestra santa casa, aventando a novicias y hermanas hacia otras tierras y diversos conventos. Con el miedo a la muerte que aún seguía diezmándonos como extramuros los barrios y arrabales, tornaba la melancolía porque el natural de las mujeres es flaco y aun el de los hombres en ocasiones tales. Seguramente el Señor quería ejercitarnos librándonos por nuestro bien a peligros tales, pero a veces temíamos no salir adelante a pesar de sus juicios secretos y aunque hasta entonces siempre tuviéramos su bondad de nuestra parte.

Pero no todas lo entendían así; iba la grey arrebatada, las unas por el miedo de lo

que amenazaba, las otras temerosas de lo que a nuestra casa y a la comunidad presto sucedería. Incluso se llegó a tratar a espaldas de la priora de escribir a Roma, explicar que no era de razón sacarnos del convento o dividirnos, so pretexto de buscarnos mejor acomodo. Decían unas que se debía respetar nuestra opinión, que nuestra voluntad valía mil veces más que una sola visita, que antes muertas, en fin, como tantas en nuestro cementerio, que vivas, lejos de nuestra patria común, libremente querida y elegida.

En vano la priora con su voz cansada por los años y los últimos avatares, nos recordaba un día y otro el sagrado deber de la obediencia. Ella encomiándolo y nosotras resistiendo, pasaba el tiempo sin que su causa ni la nuestra mejorase.

Sólo mi hermana no tomaba partido en aquellos largos concilios que a la caída de la tarde llenaban la sala capitular de murmullos y voces. Como si por su parte se hallara a la contra de todo: salud, visitador, priora y las demás hermanas, nunca dejaba oír su voz ahora que ya mejorada, con la salud en nuevo cauce, podía dejar a solas la celda o la cocina donde ayudaba desde que pudo tenerse en pie y vagar por la casa a su albedrío. Ahora que nuestra enfermería se volvía colmena de tenues oraciones, cuando más temíamos, ella se nos aparecía renovada como si aquellas dudas y trabajos, el miedo de unas y la ira de las otras le sirvieran de alivio en sus meditaciones.

Ahora que no necesitaba de mi ayuda, acostumbrábamos a vernos junto a la alberca tal como antes solíamos. Allí, en tanto las demás clamaban contra el visitador, se afanaban con las pocas labores que aún se mantenían o buscaban la paz del espíritu, mi hermana y yo tratábamos, no ya de la salud del cuerpo que se veía bien enderezada, sino de la otra vida a mejorar, la del convento, que yo creía en ella largo tiempo olvidada.

Así vino a confesarme que noches antes, es decir, después de la visita tantas veces nombrada, había tenido un sueño. «¿Qué sueño?», pregunté y ella me respondió que referente a la santa del libro.

Yo ya ni me acordaba. «La santa que digo —añadió pensativa—, es aquella a la que el Señor favoreció con sus llagas, la que sacó adelante a su comunidad, a costa de su fama».

Ahora sí recordaba su atención por aquel libro santo que por entonces entretenía su ocio y le daba esperanza en momentos tan graves. Pero necia de mí, no alcanzaba a entender sus intenciones. Así le pregunté cuál era el sueño de que hablaba.

—Vi crecer el convento —me explicó— tanto y tan presto como aquellos de más allá de la muralla, como dicen que son los de la corte, de piedra y canto, con escudo en el arco y tal hacienda de olivos, huerta y pan que nunca más volvimos a pasar necesidades.

—Bien está como sueño —le contestaba yo—, pero crecer no sería para nosotras

ninguna buena nueva. Harto tenemos con mantener en pie cuatro paredes, como para cuidar también tantas leguas de tierra.

Pero ella no escuchaba. Antes bien parecía que tocaba con las manos aquellos nuevos muros de la casa.

—Toda la huerta estaba —proseguía— cercada de árboles muy espesos, de toda clase de frutas de diversos géneros, de manzanos, cerezos y guindales, todo tan fértil y abundante que entre sus ramas apenas se alcanzaba a ver el cielo.

—Hermana —le dije—, nunca vi yo en esta tierra vergeles tales ni otra clase de fruta que aquella que permiten las heladas. Quiero decir bien poca. Pero si ha sido en sueños no seré yo quien os quite la razón en ello, que cada cual es libre de soñar según su razón y entendimiento.

Vio también, según contaba, mucha y muy linda hierba en nuestro claustro, agua limpia en la alberca, no sucia y turbia como ahora, la cocina repleta de ollas, jarros y pucheros labrados tan a punto en todo como repleta de viandas la despensa.

A la ciudad, antes vacía por el miedo y la falta de pan y provisiones, tornaba el bienestar y la abundancia. Como hija natural y hermana nuestra, también a ella beneficiaba nuestra resurrección, volvía a ella el mercado, al igual que en sus tiempos mejores. Otra vez era el suyo el mejor de toda la comarca con provecho y vituallas, a lo largo de todo un mes, rico en paños velartes, en lana fina, granas, terciopelos, rasos y damascos.

Para estas y otras mercaderías llegaban como antaño viajeros desde los cuatro vientos, cada cual con su tienda señalada, donde posar sus sedas, mercerías o joyas, vizcaínos con lienzos muy preciados, portugueses con hilos de valor y gran lujo de especias de la India, plata y cera y pescado para los duros tiempos de Cuaresma. El Marqués nuestro señor, quien ampara y mantiene nuestra casa, prosperaba a ojos vista con la alcabala, con los buenos recibos de casas y portales a través de los cuales su hacienda progresaba.

Pero bien se me alcanzaba que era sólo un sueño, un deseo en sazón, sin razón ni raíces en nuestros malos tiempos. No era preciso sino abrir los ojos para ver nuestras tapias carcomidas, la bóveda de la capilla abierta al cielo, los suelos rotos del refectorio y la muerte en los ojos de nuestras hermanas cada vez que la enfermera acudía a servirles el caldo ruin que apenas cubría el fondo del plato.

—Bien está como sueño —le respondía yo—, pero a decir verdad nuestra suerte está ya en manos del Todopoderoso. Si es su designio que muramos, bien presto acabaremos por seguir el camino de las otras.

—El Señor no ha de querer tal cosa —respondió como si hablara a la sombra que ya venía cubriendo la ventana—. Bastante nos probó hasta ahora.

No me dijo el porqué de tan fuerte convicción; bien es verdad que nunca me explicó sus pensamientos, pero yo bien recuerdo que estuvimos largo rato

conversando, ella segura y yo confusa, sin atreverme a preguntar, ni aun cuando aseguró que un día el mismo rey vendría a visitarnos.

—¿El rey? —le pregunté, pensando si otra vez andaría revuelta su razón.

Mas mi hermana, como quien ya no ve la vida en torno, me hizo entender que, fuera de este mundo, era posible todo, tanto más cuanto que nuestra casa sería no sólo grande y rica, sino también nombrada y respetada hasta en la misma corte. Y añadió que ahora sólo de un sueño se trataba, pero desde tal fecha en adelante me tendría al corriente de cuanto se le volviera a revelar, pues que se avecinaban muy grandes novedades. De ellas la casa saldría mejorada, enriquecida y aun a mí misma habían de alcanzar tales mudanzas si era capaz de guardar el secreto de aquellas entrevistas.

El tiempo pasaba sin que la lluvia apareciera. Ya sin trigo en las aceñas del río, fue preciso comer pan de grama. Secábamos las cañas cortadas muy por menudo y después de molerlas, cocíamos en el horno panes más que medianos. Un día, ya cumplido el estío, camino de la huerta, quedé escuchando las señales que en el viento venían. Tarea vana pues ninguna nueva llegaba del otro lado de las tapias, ni más allá de las murallas sonaba otro rumor que el silencio fruto y resumen de todos los silencios de la tierra. Me asomé a la celosía y vi el cielo despejado y alto, los álamos inmóviles y la ciudad sosegada en su colina. Esta vez parecía aún más tranquila y dormida, sin una voz ni un canto, sólo el velado resplandor de lejanas hogueras. Según ganaba el día su partida a la noche, el cielo iba bajando, se iba volviendo turbio y ceniciento, pegándose a la tierra bien dispuesto a fundirse con ella. Una gran mancha de humo fue rodeando torres y almenas, estrechando la villa, borrándola, asaltándola por encima de sus arcos y defensas. Era cosa digna de ver aquellas torres como envueltas en niebla, escuchar aquel silencio como de Juicio Final, sentir aquel aroma persistente que desde las alturas caía sobre los arrabales, un olor a cáñamo quemado, a adobes calcinados, a cal viva y azogue.

Por el camino real tan vivo a aquellas horas de recuas y personas, sólo el viento arrastraba torpes rastros, calor y restos de cardones. Las espadañas mudas y los vencejos quedos, temerosos de cantar o bullir, callaban a su vez de muros afuera y de rejas adentro.

Así, en tal desazón, contemplando la nube, escuchando aquel silencio temeroso, sin atender labor alguna u oración, pasamos la mañana hasta que a mediodía sonó la campanilla de la puerta. Era nuestro doctor. Venía a rendir la visita de costumbre, esta vez más apretada y rigurosa.

En su rostro tan grave pronto supimos que traía malas nuevas. Camino de la enfermería quedó por un instante informando a la priora, contando que los últimos vecinos de la villa habían huido a la sierra y a lugares cercanos donde pensaban que el mal no habría de alcanzarles. Los pocos que quedaron, lisiados, impedidos o

simplemente pobres, medraban a su antojo por las casas y hogares, tomando para sí cuanto los más pudientes no pudieron llevar. El resto lo quemaban por pensar que así mataban el contagio y de tal modo, plaza por plaza, los barrios mejores se habían convertido en pasto de las llamas. Su misma casa corría peligro grave, razón por la que aún resistía tras enviar a su familia lejos. Las iglesias vacías venían a decir mejor que las palabras cual era el verdadero estado de la villa, con los muertos al sol, sin recibir su puñado de tierra y los vivos buscando provecho a sus horas postreras.

El rostro del médico se hizo más grave aún cuando llegó a la enfermería. Esta vez apenas cruzó el umbral. Miraba el interior, aquellos pobres cuerpos consumidos que lloraban sin escuchar ni entender, sin pedir ya otra cosa que un alivio. Eran inútiles sus recomendaciones, prohibirles el pescado, si pescado no había o las comidas frías si el calor apretaba de tal modo que hasta el agua del pozo salía espesa y cálida como recia y espesa medicina. Se le veía contrito y apagado, callado y mustio como aquel que no sabe qué remedio ofrecer, puede que preguntándose cuándo aquel mal le alcanzaría.

La priora le acompañó como solía hasta el portal vacío también de fieles y vecinos, al que ahora no llegaban ni diezmos ni limosnas.

—Pienso que esto ha de ser —murmuró en tanto alzaba con sus torpes manos el hierro de la aldaba— el fin de nuestra edad. Las primeras señales de que ese fin se acerca.

Pero nuestro doctor no pensaba tal cosa. Se detuvo como si ahora la prisa no le apretara y fue explicando cómo ya desde tiempo atrás, muy antes de la seca, las cosechas eran tan cortas que no pudiendo las gentes pagar sus débitos, acababan presos. Las cárceles andaban repletas de ellos, y aun se decía que entre plazos y pleitos de acreedores, embarazaban las más de las audiencias.

Algunas de mis hermanas que escuchaban allí, hijas de labradores, daban razón al médico, pero no la priora para la que el destino de los hombres sólo del cielo dependía. Mas el doctor volvió a la carga añadiendo que hidalgos, mercaderes y lenceros guardaban el trigo en meses de abundancia, fiando bienes a pagar después, cuando el pan faltaba, además de cargarlos con precios excesivos.

Todo ello era verdad. De tal modo recordaba yo arruinada la casa de mis padres, quedando pobres, condenados las más de las veces a seguir con la trampa todo el año adelante, como esclavos perpetuos de aquellos que no quieren el grano sino para volverlo a vender y medrar de tal modo con nuestras aflicciones. Nuestro doctor tenía razón en todo, por más que la priora olvidara lo que dejó escrito Nuestro Señor acerca de los ricos y los pobres.

Aquella misma noche le entregaron su alma dos hermanas muy jóvenes. Allí quedaron en el rincón del claustro, en el bosque de cruces que pronto alcanzaría la canal del pozo. Allí estarían bajo los lirios cercados de adobes puntiagudos, en la

mullida tierra, sintiendo nuestro paso, quién sabe si escuchando nuestras voces. Más tarde el capellán contrito, como aquel que conoce la verdadera raíz del mal y a donde puede llevar una vez que se olvidan las razones, nos decía en la penumbra hostil de la capilla:

—Por terrible que la muerte parezca, viéndola abatirse sobre las más jóvenes yo os pido que no tembléis, que no os dejéis amedrentar. Hace poco alguna de vosotras preguntaba: ¿Moriremos también las demás? Y yo os digo que es pregunta vana y ociosa. Antes alzad el ánimo pues de estos males que el Señor permite se deduce que de ningún modo quiere que perdamos su memoria, para que seamos humildes en la adversidad y entendamos lo que debemos a Su Majestad empezando por esta vida breve. La vida es un triste respiro que dura bien poco, una luz que se enciende, un día que se extingue. Hermanas, ¡qué olvidado tenemos al Señor, qué poca honra le damos, cómo vacilan nuestras almas! Pues si estuvieran llenas de Él, como es de razón, bien poco se nos daría de la muerte. Nuestra ayuda reside en la oración, ella es la verdadera salvación en estas tristes horas.

La voz del capellán retumbaba en los muros de la iglesia vacía y más acá de la reja en nuestro coro tan viejo y astillado. Bajo la luz del ventanal redondo que dividía en dos el sitial de la priora, nunca vimos más cerca la imagen de la muerte. Aquellas palabras más allá de los hierros, parecían venir de las nubes, de la ciudad vacía ahora, del seno del Señor, convertido en amo altivo y justiciero. Las hermanas más jóvenes lloraban. Parecían esperar su turno, el filo frío de la flaca, la ceremonia con que dimos tierra a las otras, aquel oscuro montón de tierra en el suelo del claustro, rematado por los dos listones de madera. De buen grado hubieran huido lejos de allí, de las palabras y aquellos turbios ecos, pero la fe, la esperanza o el mismo miedo las mantenía de rodillas, rogando a Dios que nuestro capellán rematara su plática bien presto.

—Aquellas que no están preparadas —la voz proseguía— en mentándoles su hora, se turban y espantan pues su tiempo y cuidado las tienen atadas a ruines negocios. Mala locura es ésa. Sólo los olvidados de goces terrenales no temen a la muerte, ni sienten pena por aquellos que ya con Cristo están gozando de su infinita misericordia.

Con el «amén» de siempre pusimos fin bien presto a sus palabras, esperando la señal de nuestra superiora para marchar de allí, tristes y temerosas. En saliendo, nadie charlaba. Yo diría que por primera vez desde tiempo atrás una tal ceremonia nos asustaba mucho más que en anteriores ocasiones. Seguramente la razón estaba en que, tratándose de hermanas ya de edad, la muerte parecía más dentro del orden natural —tan crueles tratamos a los viejos— pero viniendo a llevarse a personas como quien dice recién nacidas a la vida, pensábamos si no sería demasiado cruel cortar en seco su camino cuando más prometían.

La única ajena a tales temores era mi hermana. Fue por entonces cuando me pregunté por vez primera de qué carne y qué sangre estaba hecha viéndola allí tan recia, tan fuera de este mundo, tan lejos de la plática. Preguntábame dónde andaban sus pensamientos, si estaría su fe dormida, relajada su caridad como para no verter ni siquiera una lágrima. Mas si su amor andaba tibio, no así su interés, sobre todo por mí. En tanto las demás, contritas, sollozaban, ella me hacía señas de que luego hablaríamos.

Toda la tarde estuvo ensimismada, como ida, contemplando las torres de la ciudad medio borradas por el humo, sus ruines arrabales, las espadañas ciegas de los otros conventos. ¿Qué harían ante tales sucesos nuestras monjas hermanas de otras casas? A buen seguro huir, puede que ya hubieran abandonado la ciudad como todos, buscando asilo en tierras mejores, propias de órdenes grandes y acomodadas.

Nosotras, en cambio, debíamos permanecer aquí, esperando quién sabe que otro mal hermano de la muerte, asidas a nuestra fe y a nuestras oraciones.

Durante todo el día volvía a mi memoria aquel sueño del que mi hermana hablaba. Yo también veía la ciudad en lo alto tan viva y reluciente, como en tiempos mejores y el acudir de peregrinos y viajeros hasta nuestro portal en busca de pan y bendiciones.

También me imaginaba en sueños la llegada del rey nuestro señor, con qué avisos se haría anunciar, cómo sería su voz, su gesto, su figura. Le veía cruzar bajo el arco principal de la muralla, bajo su palio de oro, rodeado de gente de a pie, eclesiásticos y caballeros, apeándose ante nuestro portal bien alhajado y alfombrado, cubierto de paños y ramos para día tan señalado.

Nuestra comunidad ahora floreciente, salía a recibirle al patio y la nueva priora se adelantaba a besar su augusta mano. Luego venía un Te Deum solemne y según la voz de las novicias retumbaba, la capilla parecía la antesala del cielo, entre el olor a incienso, el rumor de las voces, sus timbres afinados y sus cálidos ecos.

Mas tales sueños duraban bien poco, lo que barrer un tramo de escalera, fregar las baldosas del refectorio o lavar las camisas de unas cuantas enfermas. Sólo a la hora de la meditación, volvían tercos y suaves a la vez, sobre todo a la noche, con fuerza renovada.

Y fue a la noche hallándome en mi celda a solas con Nuestro Señor, cuando vino mi hermana a visitarme con gran preocupación, como quien trae consigo un recado importante. Yo a tal hora dejaba descansar el alma sin ocuparla en otra cosa que en la oración, gran consuelo en la soledad del amor y en las grandes miserias que de su falta nacen. A tales horas ningún remedio satisface, pues quien mucho ama, no admite consejo ni lección de las demás, sino otro amor por el que su pena quede remediada. Así agradecí en gran manera su visita con grandes muestras de afecto,

esperando que al menos esa noche, mis penas y olvido tuviesen remedio que aplacase tan penosa ocasión con su presencia.

Pero otra vez su rostro, como antes en el refectorio, se me antojaba ajeno, pensativo. Viéndole así tan serio, vime presto vencida, dispuesta sólo a escuchar, obedecer, tomada entre dos fuegos encendidos, entre quien ama, es decir la que todo lo da y aquella que se halla presta a recibirlo.

Cuando fuimos a darnos la paz como otras veces, reposó largamente su boca en mi mejilla. Noté entonces que temblaba y así le pregunté:

—¿Cómo, hermana? ¿Enferma otra vez?

Pero ella no quiso responder como si una gran zozobra la atenazara. Sentía su cuerpo como a punto de quebrarse, sus manos frías y su aliento ardiente cerca de mi boca como aquel otro viento que ahora envolvía la ciudad y sus muros, haciéndoles brillar en las tinieblas como la luz de un ascua.

A poco se desprendió de mí, y envolviéndose en su capa se acercó hasta la ventana que daba al patio, vigilando los rumores que llegaban de fuera. Yo, viéndola alejarse, quedé harto herida, aún más triste y vencida que antes. ¡Mal enemigo amor que procuras trabajos tales, tan recios sobresaltos en aquellos que buscan ajeno corazón donde llorar y amar hasta saciarse!

Yo que hubiera dado mi vida por salvarla, por animar su corazón como en tantas ocasiones antes, dudaba ahora esperando la razón de su desvalimiento, temiendo que el Señor nos empezara a castigar ahora en su salud por lo que contaré más adelante. Luego pensé que no podía mostrarse tan enemigo de unas pobres mujeres, sin más solaz que el trabajo y la oración, sin otro premio que su gran miseria. No querría privarnos de nuestro único regalo y deleite, de aquel amor capaz de curar nuestras llagas del alma, por faltas a la vez tan dulces y secretas. El Señor bien querría conservarnos tan dulce goce, tal gozoso tormento entre tantos escollos tan recios y tan graves. Pues ¿qué ganaba con robárnoslo? Quien tanto amó debe saber de qué barro estamos hechas, qué amor hace y deshace que a su compás se mueven los cielos y la tierra.

De improviso, la voz de mi hermana, borró de golpe mis pensamientos.

—He venido a buscarla para que me asista.

Ahora quedé en silencio yo. Al cabo pregunté:

—¿Ha de ser a estas horas?

—No es negocio importante, sino de poca monta. En un instante lo llevamos a cabo.

—Diga de qué se trata. Por mí no ha de quedar.

—Más tarde lo sabrá.

Mas a juzgar por su impaciencia, por su mirar constante acechando los rumores del claustro, no parecía de tan poca monta aquello de que venía a informarme. De

nuevo se volvió hacia mí.

—Venga conmigo.

Y entre aceptar o no aceptar, tomé mi capa y echándola sobre mis hombros, seguí tras de sus pasos, entornando con cuidado la puerta.

Afuera el claustro callaba como nevado por la luna, con sus arcos oscuros y sus medrosos rosales. De fuera llegaba la llamada solitaria de los búhos, alguna esquila perdida, el murmullo del viento en la colina y el suspirar del cielo barrido por las nubes. De igual modo caminábamos las dos, posando apenas los pies en la tierra como dos sombras que volaran. A medio trecho, vino de la ciudad rompiendo el aire, la voz solemne de su gran campana. Hubiera dicho que la escuchaba por primera vez, tal me dejó su son, quieta y turbada buscando amparo en la sombra de los arcos mientras sus ecos redoblaban. Luego, al fin, volvió el resuello al cuerpo, la sangre al corazón y las dos apretamos el paso.

Ya en su celda, mi hermana me ordenó sentar. Fui a dar con mis huesos fatigados sobre la manta que defendía su camastro tan ruin y pobre como todos. De nuevo volvió el silencio entre las dos, ella en pie acechando la noche y yo, su esclava, esperando una palabra suya que en aquellas tinieblas me alumbrara. Sólo al cabo de un tiempo me preguntó de pronto si aún amaba la casa.

Vana pregunta. ¿No había de querer yo aquellos cuatro muros aun rotos como estaban, comidos por la lluvia, cuarteados por el sol, hundidos por el viento? No era aquella pregunta la que yo esperaba, sino un poco de afecto o compasión, una sola palabra que sirviera para avivar en mí esa llama que su presencia o su desvío, prendían o apagaban.

—¿Y a mí? ¿Me ama un poco todavía?

Donoso modo de empezar; de sobra sabía mi afición por ella, mi deseo de seguirla hasta donde deseara o consintiera. Aún la amaba y muy mucho cada día, a pesar de sus silencios y de su enfermedad. Aún era carne de su carne, voz de su voz, aliento de su aliento como la vez primera, allá en la primavera, mucho antes de la seca, cuando nos conocimos y la ciudad alzada con el sol, semejava un dorado paraíso con sus torres solemnes y sus piedras bermejas. Nuestra empresa común, en pie estaba a pesar de su ajena voluntad. Así le respondí con lágrimas que mi afición por ella se mantenía firme todavía, vivía conmigo, velaba a la noche, de mí se alimentaba como en nuestras horas más firmes y mejores.

Mas ella otra vez lo preguntaba.

¿Cómo explicar? ¿Qué añadir, luego de tantas noches juntas las dos, consoladas, unidas? Nuestro común amor ya había andado demasiado, ya había recorrido su camino de goces y espinas como para tornar atrás, como para ahora detenernos, para dudar como en nuestros primeros días. ¿Quién sería capaz de claudicar, a pesar de los riesgos o las lágrimas? No yo por cierto, siempre dispuesta a dar, antes que a recibir,

sierva de amor, del cuerpo de mi hermana. No yo, siempre dispuesta a obedecerla en todo, en los días alegres o aciagos, en sus caprichos o desvíos, quién sabe si incluso en sus pecados. No yo, sin voluntad, talmente suya, entregada, luz de su luz y sombra de su sombra, sin la que el mundo se me antojaba cruz demasiado pesada para mis pocas fuerzas.

Así muy torpemente, atropellada, se lo declaré y ella volvió a mirarme como acostumbraba. Luego quiso saber también qué estaba yo dispuesta a hacer por evitar la ruina de la casa.

—Todo —le respondí.

¿Qué podía hacer yo? ¿Qué podíamos ambas? Bien es verdad que ninguna de las dos éramos de familia de villanos. Quizá por ello pronto nos conocimos y buscamos. Nuestros padres no fueron gente menesterosa como los de tantas otras novicias acogidas a nuestra pobre orden; en un tiempo tuvieron tierras y viñas y aun sin usar la plata, ni alhajas ni corales, ni sedas y paños finos en fiestas y bodas, como hidalgos venidos a menos por préstamos y ventas, tampoco trabajaron para otros, ni aún menos mendigaron. Mi hermana y yo éramos muy otra gente; así presto lo entendimos nada más vernos una tarde de otoño en la sombra del claustro. Pasó el tiempo y pronto nuestra amistad llegó a entrar en sazón arrastrando el amor que vino luego. Mas el amor que mueve el cielo y las montañas de poco habría de servirnos ahora, a la hora de enderezar el porvenir de la casa.

—¿Por ventura —le pregunté está en nuestras manos el destino de la orden?

Mi hermana asintió con un gesto. Luego vino a tomarme de las manos, amiga otra vez, borrado de su rostro el ceño. Ahora sí la reconocía, mas para mi desgracia aunque juntas de nuevo, sus pensamientos seguían más allá de los muros de la celda, de a penumbra tan tibia y tierna, de mi afición por ella. Otra vez me iba contando el sueño de noches atrás, aquél de la priora que tocada por la gracia de Dios en pies y manos, acababa por sacar su convento adelante.

Bien se veía que aún le rondaba la cabeza, pero no era la historia de la santa la que le preocupaba, sino nuestro porvenir, saber si seríamos capaces nosotras también de salvar de igual modo nuestra casa.

—El destino de la orden depende de nosotras, de nuestra fe y valor. ¿Por qué hemos de ser menos que otras órdenes?

Yo me quedé mirándola sin saber si el despecho la cegaba o era otro sueño como el de tantas noches, pero ella volvía a insistir como quien ya tiene un propósito firme y meditado, a falta sólo de alguna ayuda cierta. Tal era la razón de su visita esa noche, de sus silencios vagos y su mirar obstinado y vigilante. Pero ni a solas, ni aun unidas las dos, alcanzaba yo a imaginar dónde hallaríamos limosnas bastantes en tiempo tan duro y recio, con la ciudad vacía y el duque nuestro benefactor ausente, como solía, de la corte. Bien distinto hubiera sido años atrás, cuando en la villa se

cocía el pan cada mañana, se tejían sedas labradas para arreos de camas, se obraba lana de toda suerte y el camino real aparecía repleto de trajineros cargados de bastimentos, de aceite, pescado y vino, camino de mercados importantes. Entonces nuestro benefactor solía aparecer por Pascua con un puñado de ducados que si no bastaban para cubrir todas nuestras necesidades al menos aliviaba un poco la hacienda menguada por falta de dote de tantas novicias pobres.

—Entonces sí, no ahora —le respondí, tras recordárselo—. Además tampoco somos santas como la de su sueño. Nunca, que yo recuerde, sucedió en esta casa nada fuera del orden natural, nada que no sepamos de tantas otras como ésta.

—De ello quería tratar esta noche.

—Puede que un día el Señor nos favorezca.

—El Señor no nos oye.

Quedó muda tras decirlo y yo asustada; tal era el tono de su voz, entre solemne y amenazador, con una decisión que a buen seguro en aquellas largas noches andaba madurando.

—El Señor no nos oye —repitió—. Bien se ve que nos tiene dejadas de su mano. De nada sirven nuestras oraciones si a cada mes nos diezma. Pronto estaremos todas bajo otras tantas cruces, en un rincón del claustro.

—¿Qué podemos hacer? Sus designios no están en nuestras manos. Sólo nos queda rezar y resignarnos.

—No por cierto. No seré yo quien se resigne.

Su cólera crecía y yo temblaba más temiendo que su voz y razones llegaran más allá de los muros de la celda. Nunca la había visto de tal modo, ni oído hasta entonces palabras tales que me sonaban a herejía más que a ira santa de Dios, fruto de un breve momento de arrebató. Quería hacerle entender cuánto había de soberbia en ellas, cómo eran sólo rencillas pasajeras con Dios nuestro Señor, invento del demonio que nunca para de intentar meter baza y cola, cuando el alma parece presa de inquietudes. Mejor le fuera buscar un confesor, darle cuenta de su estado hablándole con humildad. Él quizás le trajera luz en todo. Mas mi hermana se negaba. Decía que ella sola era capaz de salvar el convento si a la postre no consentía en ayudarle. Fue inútil preguntarle en qué podía remediarla yo. Para entonces volvió a mostrarse ajena y fría como antes, dejándome marchar sin darme la paz, otra vez pensativa y distante.

La mañana siguiente nos trajo un nuevo sobresalto. Éste fue una procesión singular que comenzó rayando el día con toque de a rebato. Volteaban las campanas como en tiempos mejores, ronca y ceremoniosa la de la catedral, vivas y alegres las más cercanas, fundidos los ecos de unas con el repique breve de las otras.

Junto a las celosías las más curiosas de las hermanas miraban esperando aquel nuevo suceso que habría de aliviar nuestras horas de tedio. Puede que alguna visita

del obispo, o el paso del cortejo real camino de quién sabe dónde o la llegada de nuestro benefactor, cosa harto de extrañar según el tiempo que corría con el mal intramuros y la vega y la ciudad vacías.

El sol corría a lo más alto y ni el camino se animaba, ni la puerta principal se abría de par en par. Todo seguía igual: la ciudad en silencio y las campanas repicando. A veces hacían un alto, fatigadas. Poco a poco una tras otra, iban quedando mudas para, al cabo de un tiempo, con fuerzas renovadas, romper a la vez, espantando los pensamientos lo mismo que los grajos.

A mediodía supimos la razón de aquella algarabía. Bajó de la espadaña la portera a avisarnos de que una procesión venía camino de la ermita de la vega. A poco la vimos aparecer, partida en dos, doblando por detrás de las murallas con sus cruces en alto arrastrando tras sí a todos cuantos la muerte aún había perdonado. Allí venían con sus llagas y cánticos intentando espantar la seca a fuerza de fervor y maldiciones. Maldecían al sol, al cielo tan terso y limpio, al viento empecinado en no empujar las nubes, al polvo, a las espigas agostadas quedando de improviso en oración, quién sabe si rogando a Dios o al agua que tan esquiva se mostraba.

Ya más cerca, al cruzar ante las celosías, pudimos verlos con la carne pegada a la piel y sus cilicios más duros que los nuestros. Algunos con la cruz sobre los hombros, otros con las espaldas flageladas, brotando sangre de los pies que el polvo de los surcos convertía en costras de barro. Nadie, ni la hermana portera, los conocía por sus rostros, ninguna de nosotras los recordaba. Eran como una mala grey, una ruin cofradía del demonio a pesar de sus cruces y cantos, avanzada del Juicio Universal que viniera a borrarlos de la tierra.

Viéndolos caminar, caer, tambalearse, alzar sus gritos a lo alto, nos preguntábamos cómo el Señor permitía maldiciones tales, cómo no los borraba allí mismo, en un relámpago de ira, como en el templo a los mercaderes, igual que Pablo en el camino de Damasco.

Según luego supimos iban de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad cada vez en número mayor a pesar de andar excomulgados. Día y noche caminaban, llanura adelante, maltrechos y exangües, revueltos todos, hembras y varones hasta que alguna caridad, convento o casa les hacía la merced de un poco de cebada, de algún grano que llevarse a la boca.

También supimos que a veces, en la noche, celebraban sus ritos y sus fiestas, en las que no faltaban éxtasis y visiones dignas del sambenito y la corozca. Tal como la priora aseguraba, no eran gente santa, ni de ley siquiera, ni conjuraban el mal de los cristianos como pretendían con sus sacrificios y penitencias, sino viciosos animales relinchando lujuria con que aliviar el recuerdo de sus males.

Así debía ser, pues hasta bien avanzada la noche, al amparo de unas cuantas hogueras que alumbraron los pastos de la vega, se escuchaban sus gritos y sus

cánticos y según entendimos no eran sus voces de piedad o llanto, sino de fea unión y torpe goce.

Como simples mujeres santificadas en la casa, muchas hermanas no entendían la razón de aquellas voces miserables. Nunca escucharon ni presenciaron acciones tales, ni entendían que Dios nuestro Señor tras de tantas calamidades y percances, se complaciera en acosarnos ahora con el terrible pecado de la carne.

Nadie durmió aquellas noches. Ni siquiera mi hermana, que afirmaba:

—Dios permite todas estas ofensas para humillarnos.

Yo no entendía sus palabras. Pensaba que dejando así obrar a Satanás, poniendo a prueba nuestra propia virtud, a la postre nuestras almas saldrían malparadas.

—No acabarán tan mal. Al contrario; así se salvarán.

—¿Y de qué modo, hermana?

—Por el amor —me respondió—. Él suple mejor que todos los demás actos, las virtudes que se pueden alcanzar por la vía ordinaria.

Por el amor ella siempre me ganaba. Bien lo sabía yo de tantos días y noches juntas en la penumbra de su celda hasta romper el día. Su aliento cálido, sus manos temerosas, sus ojos a la altura de mi boca, me ganaban siempre, suplían en mí todo cuanto en el día me hostigaba o recordaba, escuchaba o gozaba, la brisa suave de la madrugada acariciándome, el rumor de los pájaros cantando, el suave roce de su carne en mi carne.

Ella bien lo sabía; conocía el camino que al fin me haría olvidar mis temores y al igual que en aquella primera ocasión, tan urdida y preparada con tesón, celo y sabiduría, de igual manera ahora, me hizo que la ayudara en sus propósitos. Ello fue, días después de que aquella tropa corrompida se alejara, abandonando tras sí como gusanos, una baba ruin de inmundicia y escoria.

## Capítulo II

Vino a buscarme como tantas noches y esta vez comenzó preguntándome cuál era mi parecer sobre aquellos que recién acababan de dejarnos. Le respondí que parecía gente viciosa y torpe más apegados a los goces de la tierra que a los dones del cielo, dignos del Santo Tribunal, de una buena ración de hambre y azotes. Pues muchos de ellos andaban en el siglo anunciando supuestas revelaciones, predicando la unión de hombre y mujer para traer al mundo nueva casta de profetas. Y aún más: aseguraban que no pecaban los humanos, si tal les sucedía una vez alcanzado el éxtasis, en el cual, anulados los sentidos, la razón no contaba estando libre el cuerpo de cualquier falta grave o compromiso.

—Entonces, así, en éxtasis, llevaremos nuestro empeño adelante. —Y sacando mi hermana un cuchillo pequeño de entre los pliegues de su ropa, me lo tendió en silencio.

—¿Para qué? —pregunté antes de tomarlo.

—Para salvar la casa.

—¿Con arma tan pequeña?

—Con ese arma y mis manos.

Me mostraba las suyas y yo se las besaba, preguntándome si sería capaz de herirlas, como ella de aguantar el dolor del lance. Me explicó muy claramente cómo una vez las heridas maceradas, pronto alguien haría correr la voz que eran obra del Señor. La gente acudiría y a poco que la seca y el mal aflojaran, nuestra fama medraría hasta los aledaños de la corte.

De nuevo temblaba yo. Todo aquello traía a la memoria viejas palabras de la priora cuando, en contadas ocasiones, nos hablaba de falsos profetas y herejías nuevas. Engañar a la orden, a la ciudad y al mundo más allá de los muros era pecado grave, aunque, tal como mi hermana deseaba, el Señor nos hiciera la gracia del éxtasis. Perpetrarlo, dejarlo medrar, crecer, mentir un día y otro, ganar fama y fortuna aunque fuera por el bien del convento, se me antojaba más que faltar al dogma, pecado de soberbia. ¿Cómo habría de perdonarnos el Señor? ¿Cómo seríamos capaces de recibirle cada día, de sentirle en nuestro cuerpo manchado de mentira?

Pero mi hermana tenía siempre respuestas para mis preguntas, tal como si llevara largo tiempo preparando el paso. Nadie sabría la verdad. Las llagas durarían cuanto fuera necesario. Luego, una vez la casa a salvo y el mal tiempo vencido, ella misma diría la verdad al capellán salvando el alma de las dos, a cambio de alguna dura penitencia.

—Puede que lo descubran antes.

Mi hermana miró al cielo, más allá de la ventana, roto a lo lejos por remotos relámpagos.

—Todo el mundo ve en estos días fantasías y apariciones. ¿No oyó nunca hablar de las campanas de Velilla?

—Sólo conozco las de la villa y las de casa.

—¿No le hablaron de la campana del milagro?

—Nunca oí tal.

—Pues sepa que repica sola, sin que nadie la mueva, cuando va a suceder alguna desgracia. Muertes de reyes, desastres graves, guerras o pestes.

—¿Como ahora?

No respondió. Sólo miraba afuera. Quizás buscaba allá entre aquella maraña de luces algún signo especial, alguna señal que le hiciera adivinar su buena o mala suerte. Le dije que aquel libro y la enfermedad le habían vuelto otra.

—Es verdad. Ahora sé qué sucede en las comunidades donde se dan casos tales, donde aparecen llagas y monjas elegidas. No como el nuestro donde sólo sabemos rezar y esperar. En esas otras casas llueven limosnas. Nunca son pobres. No es preciso dividir las o cerrarlas por no pagar la renta o por faltar a veces un puñado de ducados.

—Así pues ¿piensa que nos separarán?

—A buen seguro; si el informe del visitador es tal como me temo, dividirán a la comunidad en otras casas que puedan acogernos.

—Quizás vayamos a la misma.

—Sólo el Señor lo sabe.

—O tal vez nos separen.

Miré el cuchillo por primera vez, tan pequeño y pulido. Me pregunté cómo podía defender nuestra unión de algo tan leve y ruin y probándolo en mi carne, exclamé:

—De todos modos yo no la abandonaré.

—Entonces, presto, empecemos cuanto antes.

Se tendió en su camastro, dejando fuera el más vecino de los brazos. Yo dudaba, tanto era aún mi recelo, mi miedo. El cuchillo temblaba temiendo hundirse en aquella piel tan dulce, amiga y suave. En vez de hierirla comencé a besarla, camino de los dedos, por la senda de sus venas exangües hasta quedar sobre el lecho las dos, unidas y vencidas sobre la pobre colcha. Era un sueño como tantos pasados, muertos ya, en los que amor y voluntad se perdían hasta la madrugada, cuando las dos unidas estremecidas, consoladas, buscándonos a solas en el latir presuroso de la sangre, veíamos llegar la luz como hostile mensajero que arrastrara consigo las dulces horas de la noche. Era como gozar de una agonía deseada, como cera que se derrite y muere al calor de la lumbre, como volver la cara al mundo y llenarse de pasión para siempre, locura gloriosa, donoso desatino, caudal de goce verdadero.

Todo ello fue. Todo aquella noche volvió a repetirse. Luego, al fin vuelta en mí, recuperados mis sentidos, tomé el cuchillo sin dudar más y hundí la punta en la palma

de sus manos.

Cuando brotó la sangre que otra vez nos unía, embriagadas las dos de amor y desatino, susurró a media voz:

—Con dulzura, hermana. Procure que la mano no le tiemble.

Cuando la sangre se secó dejando sobre la piel una mancha sutil de rojas telarañas, nos alzamos las dos con el aliento entrecortado, bañadas en sudor, sedientas y distantes. De pronto sentí sus labios sobre mí desde la nuca al cuello camino de mis labios y a medida que su boca me cercaba, no crecía la alegría en mí como solía, sino un gran desasosiego, no sentido ni en mis tiempos peores. Era como si en aquel negocio común yo llevara la parte de los pobres que ni pierden ni ganan, a los que sólo toca obedecer si pueden.

De cualquier modo ya no era ocasión de arrepentirse. Sola y dejada de mi hermana ¿a dónde iría yo? ¿Con quién me juntaría? Sin ella la casa se me antojaba valle triste y vacío. Ella era para mí causa y razón, hortelano de mi huerto escondido, sal de mi tierra, manantial de mi cuerpo. Así tomé el cuchillo que había abandonado como quien deja tras de sí el recuerdo de su crimen y lo escondí en mi seno, camino de la puerta.

—Guárdelo —me dijo—. En su celda no lo echarán en falta.

—Eso espero —le respondí desde el umbral—. Y que el Señor se apiade de nosotras.

Quiso el Señor probarnos otra vez en las más jóvenes hermanas. Fue la siguiente una muy sierva suya tan amiga del coro y virtuosa que a mi entender no pisó siquiera el purgatorio. A buen seguro le sobraron méritos. Otra en cambio murió sin confesión, de pronto, arrebatada por el mal como si Satanás no quisiera demorarse. En tanto bajábamos su cuerpo para enterrarla con la misma ceremonia que a todas, me preguntaba yo si la bondad de Dios la salvaría, si impediría que su alma se perdiera, si la mía acabaría de igual modo. Anduve todo el tiempo temerosa, a ratos decidida a acudir ante nuestro confesor, a ratos dispuesta a arrodillarme allí mismo en presencia de todas, proclamando mi falta y mi pecado o escapar a la noche lejos de las demás, donde nadie pudiera conocerme. Pero el Señor, o la ciega decisión de mi hermana, pudieron más que mi débil voluntad y así seguí tal como estaba aguardando las consecuencias de nuestro grave paso.

Poco tardaron en salir a la luz. Ello fue a los pocos días, allá en el mismo coro, donde sufriera antaño su primer desmayo. También como entonces fue a la hora de maitines, también cantábamos dormidas a medias, recordando asustadas a nuestras últimas hermanas arrebatadas en flor de vida por aquel que la da y la retiene en sus manos. Nuestras voces sonaban afligidas, alzando en la penumbra tenues columnas grises, en tanto las miradas de todas volvían una y otra vez a los sitios vacíos ahora.

Ningún sosiego nos venía de nuestras oraciones, tan sólo una tristeza amarga, un malestar profundo y desasosegado que a la hora de comulgar nos hacía romper en lágrimas, hasta empezar las labores de la casa.

Yo a menudo me preguntaba por entonces por qué mi hermana se demoraba tras apurarme tanto, qué ocasión esperaba, hasta que cierta noche, rompiendo casi el alba se dejó caer de improviso, yendo a dar con sus huesos en la tierra.

De nuevo como antaño un revuelo de hermanas y tocas envolvió al punto a la recién caída. Yo en un primer momento viéndola tan inmóvil, como muerta, me pregunté si no sería real su paroxismo, tan recio fue el golpe sobre las tablas, tan sordo el retumbar de su cabeza.

En aquel punto y hora acabaron los maitines. Las unas pugnaban por sacarla de allí, las otras por volver a alzarla, en tanto la priora iba abriéndose paso con gran esfuerzo entre brazos y sayas. Al fin la llevaron inerte hasta el sitio principal más ancho y despejado, dejando que corriera el aire un poco por ver si aquel relente frío la animaba. Yo me quedé más lejos esperando lo que sucedería, pugnando aún por saber si el viejo mal volvía a la carga o el accidente era pura invención lo mismo que las llagas.

Cierto o no, mi hermana se resistía a volver a este mundo. Apenas se le alzaba la cabeza, volvía su rostro a caer pesadamente; era vano mantenerla erguida, hacerle caminar, ni tan siquiera levantarla. De nuevo se llamó al doctor, mas como no se le esperaba presto, ni aún había certeza de que acudiera, ordenó la priora que dos de las más fuertes la alzarán poco a poco, ayudándole a alcanzar la celda, en cuyo lecho pudieran descansar aquellas piernas flojas como tallos de avena.

Así estaban intentando levantarla cuando la más joven de sus valedoras descubrió sus manos, sofocando un grito. Presto se acercaron las demás, incluso la priora que, ya a punto de salir, volvió sobre sus pasos.

Las llagas estaban allí tal como yo las hice, pero mayores, hinchadas, cenicientas, en medio de las palmas de las manos, como nacidas de la carne, sin señal de cuchillo ni rastros de cortes.

Yo misma dudaba, me preguntaba si eran aquellas huellas obra mía o merced del Señor, respuesta a nuestras oraciones. Ni yo misma era capaz de reconocer allí nuestra mutua mentira, aquel engaño de las dos, en tanto las demás pugnaban por descubrir su verdadera condición.

—Son llagas; miradlas cómo sangran.

—Puede que ya estuvieran la otra vez que cayó.

—Es cierto, yo las vi en aquella ocasión, cuando perdió el sentido como ahora.

La priora las miraba también atenta, quién sabe si creyendo en ellas o desconfiando. Parecía confusa quizás porque su vista vacilaba tanto como su boca a la hora de responder a las demás hermanas. Tan sólo murmuraba ¿quién sabe? a buen

seguro dando gracias a Dios de que el plazo de su cargo en la casa estuviera cercano. Mas a su espalda las preguntas apremiaban:

—¿Por qué no habría de elegir el Señor nuestro convento?

—¿Por qué ha de ser menos que otros?

—Sus avisos son para obedecerlos, nunca para juzgarlos.

—Pero ¿serán verdad o no?

—Levanten a la hermana y llévenla; acabemos.

—Madre, ¿y si fueran ciertas? ¿Mandaré aviso al Provincial?

—Ya se verá a su tiempo. Puede que en unos días se borren como tantas.

—¡No lo quiera el Señor!

—¿Quién sabe? —El viejo rostro parecía sombrío cuando salió apoyándose en su viejo bastón llevando por delante su rebaño.

—¿No es verdad que nunca sucedió aquí tal cosa?

—Que yo recuerde, no —replicó todavía.

—¡Quiera el Señor que resulten verdaderas!

—En mi opinión —concluyó rumbo a la celda de mi hermana— son estos tiempos demasiado recios. El Señor quiso medirnos antes en la desgracia. Puede que ahora quiera probarnos en nuestras vanidades.

Aquellas manchas, emponzoñadas, cenicientas, traían sin embargo para la comunidad una esperanza nueva más allá del silencio de la superiora. Para unas eran bendición del Señor que así nos señalaba, para otras aviso de que algo extraordinario vendría a suceder: quien sabe si el final de la seca y de los males que nos asolaban. Para todas algo con que llenar aquellos días hostiles y vacíos, fe nueva que habría de salvarnos como al pan y las villas, la tierra y los olivos. De pronto nuestro destino estaba allí, en las manos de mi hermana que callaba, volvía en sí, abría los ojos por breves instantes y volvía a cerrarlos con el semblante como ido.

Por un tiempo nuestro médico no acudió. Quizás andaba reunido con la familia, olvidado de la villa y nuestra casa, pensando sólo en la propia salud, en la vida de los suyos, esperando a que el mal se aplacara, o dispuesto a marchar aún más lejos como tantos. Los días se nos iban en los trabajos de la huerta, pero ni yo ni las demás teníamos sosiego y tiento suficientes para amarrar la mente a los surcos ruines de las navicoles, vida y sustancia ahora de nuestros pobres caldos.

Yo, entre el temblor y el gozo, entre el miedo y la gloria de la casa veía a ésta crecer como mi hermana en sueños anunciaba, me sentía hortelana de tierras ricas, todas nuestras hasta donde los ojos alcanzaban, veía nuestra alberca rebosante, escuchaba el murmullo del viento en las ramas de nuestros mirtos y ciruelos, el caminar alegre de nuestras yuntas y rebaños. Veía aquellos matojos abrasados ahora por el sol y las heladas, amenos y crecidos, verdes, rojos, dorados, rebosando pan,

vino y aceite, rodeados de apretada grey, lo mismo que el refectorio más grande y desahogado, poblado como el claustro o el coro.

Y finalmente nuestro doctor llegó, no con noticias graves, al menos no peores que las ya conocidas de antemano, harto grave y a la vez desconfiado. Era un hombre conocedor de la vida, curtido en muchas muertes, en campos de batalla donde aprendió su oficio. Llevaba recta vida de casado y a más de otras virtudes y talentos, gozaba de entendimiento y ciencia a la altura de los más sabios cirujanos.

Podría haber marchado de la villa, aseguraba a veces en sus pláticas, pero el afán de medro no le espantaba el sueño, ni la vida de la corte le llamaba.

A ratos se me antojaba demasiado humilde, a veces demasiado altivo como si ambas potencias lucharan en él venciendo cada cual según la hora.

Así me preguntaba de qué humor visitaría a mi hermana, cuál sería su dictamen final, si acabaría descubriendo su mentira. Vile llegar y eché tras él como la mayoría de las otras, deteniéndonos a ratos para no ser descubiertas por la priora. Íbamos a su huella recogiendo migajas de palabras, sombras de gestos, retazos de ademanes, fingiendo labores ya concluidas en el portal, el claustro, la escalera, pidiéndonos silencio mutuamente por los pasillos camino de la celda.

Parecía muy dispuesto a entender del caso, a hacer luz y espantar sombras de poco peso, tal como él mismo las juzgaba, ya que según decía no sería la primera vez que un convento entero sufriera de tal tipo de visiones. No conocía él otros prodigios anteriores pero sí oyó hablar a clérigos y capellanes de otros milagros parecidos que, una vez denunciados, quedaban en vana ilusión cuando no en invenciones infantiles.

Oyendo sus palabras, viéndole a punto de ganar la celda de mi hermana, renacía mi aflicción, apuntaban mis lágrimas. Por un lado deseaba servirla a ella en todo, dulce prueba de mi amor y mi valor; por otro temía contrariar a Dios, servir a Satanás con nuestro pecado, meter en casa su simiente. ¿Qué sería de mí, qué de mi hermana, si a la postre nuestro doctor fallaba en contra? ¿Dónde nos llevarían? ¿Qué podríamos declarar? ¿Cómo serían las cárceles del siglo?

Al fin llegamos, llamó la priora quedamente y con el «Ave María» pasaron ambos. Vimos a mi hermana incorporarse, saludar al médico y luego tras una indicación mostrarle las manos. El doctor las tomó, miró y palpó en silencio muy atentamente, dándoles vuelta, cerrándolas a fin de comprobar si le dolían. Ella negaba una y otra vez y el médico dudaba mirando de cuando en cuando a la superiora. Todas guardábamos silencio, en tanto seguíamos la escena a través de los resquicios de la puerta, informando a las que a nuestras espaldas aguardaban, intentando entender las palabras que muy de cuando en cuando conseguían llegar hasta nosotras.

—En mi opinión, más parecen heridas que llagas —murmuró.

—¿Y en qué está la diferencia?

—La herida viene a ser una rotura de la carne. Cualquier cuerpo cortante puede

hacerla. Lo extraño es que suceda en ambas manos. También puede deberse a un exceso de trabajo: partir leña, cavar, podar, un continuo desgaste de la piel, una astilla o una espina no extraídas a tiempo, pero aun así es difícil justificar las dos.

—Como las de Nuestro Señor.

—Y también como las de tantas invenciones. Las llagas en cambio, nacen de algún vicio local, de alguna causa interna.

Mi hermana callaba. Viéndola allá a lo lejos, entre el doctor y la priora, parecía abandonada a sus fuerzas, con los ojos cerrados, como a punto de despedirse de la vida. Yo a veces me olvidaba de la razón y causa de todas aquellas consideraciones que en la celda sonaban, como si los estigmas lo fueran de verdad y no manchas de sangre labradas por mis manos. A cada instante mi malestar crecía, según las preguntas de la priora arreciaban y el doctor esquivaba la respuesta. Por fin, sintiéndose acosado, accedió a recetarle un remedio que intentara borrarlas o impedir por lo menos que crecieran.

—Pero ¿y si fueran ciertas? —preguntaba implacable la anciana—, querer borrarlas ¿no será ir en contra de los deseos del Señor?

El médico que ya venía hacia la puerta, se detuvo con una sombra bailándole en los ojos.

—Si se curan, hermana, es que no hay nada en ellas de sobrenatural. Dejemos que el tiempo decida por su cuenta.

Los dos salieron, tan ajenos a todo lo que no fuera su presente negocio que apenas nos vieron, ni siquiera la priora cuando entornó con cuidado la puerta como quien guarda celosamente a sus espaldas un tesoro o una amenaza peligrosa a los ojos de otros. El médico ya se alejaba pasillo adelante, pensativo a su manera, con el andar corto y medido de los acostumbrados a aprovechar sus fuerzas. La priora tardó en alcanzarle, apoyada en su bastón de puño de plata, recuerdo de otras mejores épocas. Ya a punto de alcanzar el claustro, se detuvieron al escuchar nuestra voz a sus espaldas.

—Madre. ¿Tenemos santa?

Era una de las más jóvenes que con el impulso de la edad y de las almas simples, venía a preguntar lo que no osaba ninguna de las otras.

—¿Qué hacen ahí? ¿Qué esperan?

Pero ninguna se movía. Parecía que con nuestra presencia obligáramos a darle cabal respuesta.

—Madre... díganos la verdad...

—Digo que se retiren. —Y siguió tras el médico.

Cuando les vi marchar con sus dudas, tan poco satisfechos, concediéndonos un nuevo y breve plazo, sentí un alivio en mi desazón. A lo largo de unas semanas estábamos a salvo. Puede que antes de la nueva visita mi hermana se aviniera a borrar

sus heridas y aquel miedo de tan recia acometida, se borrara también haciéndonos volver a los días de amor, lejos de estremecidos sinsabores.

Los días pasan; no llegan nuevas de la ciudad, ni de la corte. Ya se acerca el otoño amenazando en el color de musgo de la tarde, en los cielos cortados por sombras de cuchillos pálidos. La muralla amanece cada vez más lejana, sólo viva en algún alcotán, en el ruidoso torbellino de los grajos. Mi hermana sigue sin salir de su celda, tan lejos de nosotras y a la vez presente en nuestras charlas y oraciones. Todo; silencio y plegarias gira en su torno, va a ella dirigido, la borra y la transforma más allá de la puerta vedada, salvo para la priora y la hermana motilona que la lleva a media tarde la cena.

Tampoco hay nuevas de ella. Se diría que ya no es mi hermana, aquella que tanto me buscaba tiempo atrás. Su reino ya no es mi reino, su corazón es sólo de sí misma, sus manos no se funden con mis manos. ¿Por ventura terminará nuestro amor ahora, a causa de este doble pecado, urdido, preparado, llevado a cabo por ese amor precisamente? A veces siento un deseo profundo de abandonarlo todo, confesarlo al capellán. Si esta aparente santidad, si sus falsos estigmas vienen a separarnos, mejor quedar como antes aunque humilladas, lejos una de la otra para siempre. ¡Válgame Dios, qué trabajos y pleitos y tormentos acomete amor, qué de aventuras, cuánta honra nos reclama! ¡Quién supiera guardarse de su envite!

Me ha comenzado a acometer una tristeza que ni puedo callar, ni encubrir, que me tiene contrita sobre todo a la tarde. Ningún reposo tengo, sobre todo en el lecho cuando el sueño no llega. Es gran lástima verme en cambio por el día ocupada en negocios que manda la obediencia, pero que nada tienen que ver con el que importa, me anima y me mantiene. Mi voluntad es suya tal como hasta ahora la guiaba, pero ya sin camino ni cobijo; las dos ajenas, separadas, libres; yo me declaro incapaz de seguir, de disponer de mí, sin tener a mi lado a mi amiga y compañera. El convento, la enfermedad, la seca, nada me importan si los comparo con su falta; no mueven a compasión ni siquiera a los rostros que de cuando en cuando se asoman al portal pidiendo su ración de caldo. ¿Qué son tales dolores comparados con mi propio dolor? ¿Qué sabe nadie lo que es este morir, despedazarse, sentir amanecer un nuevo día como un nuevo calvario? Quien vive a solas su dolor, vive y sufre en su carne y su sangre un tormento tan duro y grave como aquel que hizo a Dios Nuestro Señor temblar y estremecerse abandonado de todos.

Si no temiera quebrar mi suerte, si no temiera a las demás hermanas, al Santo Tribunal, a la ira del capellán y la priora, no sería capaz de callar nuestra verdad, mas tal verdad, esas manchas oscuras, es el último lazo que nos une, el recuerdo de nuestra única esperanza, de volver a vivir aquellas tiernas madrugadas, aquel fuego de amor que aún tiembla en mí, me ahoga y atenaza.

Mejor callar, velar, rezar. El Señor que es todopoderoso sabrá sacarme de esta doliente encrucijada, sabrá unirnos de nuevo como antaño, hundir en el olvido esos necios desdenes y estos días tan largos a la espera de la nueva visita del médico.

De esta manera vino el Señor a confundirme: cayó mi padre enfermo y como tales nuevas bien presto se conocen, quise ir a verle siquiera fuese por última vez, habida cuenta de los achaques que ya sobre él los muchos años y trabajos iban amontonando. La priora tuvo a bien concederme licencia para el viaje y así quedé a la espera de algún carro que quisiera acercarme. En ello transcurrieron unos días. Días amargos, noches aún peores con el alma sin guía ni ejercicio alguno, dudando si mi afán por alejarme era antes por huir de mi hermana, que por ver en sus últimos días a mi padre, si su olvido era más fuerte que mi pena o mi orgullo capaz de disfrazarse con galas de caridad y devociones.

Viéndome huir de las demás, sintiéndome llorar por los rincones, me preguntaban la causa de mi mal y yo mentía fingiendo una gran impaciencia, hasta que cierto día llegó finalmente la ocasión, fijando al punto la fecha de partida.

Me dieron por compañera a aquella motilona que a ratos atendía la cocina, mujer de pocas luces pero de buen humor, tranquila y sosegada, siempre dispuesta a dar la cara en cualquier contratiempo. A buen seguro que pensó la priora habría de servirme como de ángel guardián. El caso fue que el día señalado, las dos dejamos atrás la casa, ella con gran satisfacción y yo con gran desatino en la cabeza.

Según el polvo iba borrando a mis espaldas los árboles del huerto, nuestra ruin espadaña, sentía más aguda todavía la espina de mi soledad, el recuerdo invisible de aquella que quién sabe si espiaba en aquellos momentos nuestra marcha desde la celosía. Su ingratitud, su desamor me dolía cien veces más ahora imaginándola en su celda, callada, inmóvil, camino de ser santa.

Mi compañera en tanto me animaba. «Esto pasará presto», me decía, pensando en la suerte de mi padre. «No más de una semana y ya el trance estará olvidado». Mas bien sabía yo que la sogas que llevaba a rastras no me la iba a soltar el demonio tan presto y fácil por más lejos que fuera, por más que me esforzara.

Tomamos el camino real cerca de la muralla aún callada y desierta. Humo no había, ni rastros de fogatas, ni vecinos, ni ganado, sólo el hedor aquel flotando en el aire. Ninguno había vuelto y los muros tan hoscos y sombríos, aquel silencio estremecido barrido por el viento, espantaba allí al pie de sus puertas más aún que desde las celosías, devolviendo el estruendo del carro. Era cruzar ante una vida sin vida, junto a un río más que muerto, helado, entre huertos estériles, quemados. Ninguna de las dos hablaba, ni siquiera el carrero, sólo mirábamos aquellas dobles puertas antes tan vivas, abiertas, confiadas y ahora vacías con sus grandes hojas inertes, desiertas día y noche quién sabe si esperando la invisible llegada de la que no perdona.

El carrero recordaba la villa en sus días de esplendor, en sus fiestas y bodas, cuando en el día del Santo se volcaba en sí misma, vaciando sus mejores galas y alhajas en las calles tan vivas y apretadas. Yo nunca la vi así, pero me imaginaba más allá de las piedras cenicientas, meriendas y banquetes en los que se fundían tantos bienes, tantas vastas haciendas. Veía también las casas de linajes, de hidalgos labradores, tal como fue la nuestra, sin trazas de judíos o moros, de sangre limpia y solar conocido. Imaginaba también las viudas generosas protectoras de doncellas y huérfanos, los ricos caballeros, pecheros honorables, todos juntos viviendo en paz, los unos de sus rentas, los otros de su oficio. A unos y otros vino a enfrentar el mal y la falta de lluvia, afirmaba el carrero, y en tanto el cielo no dispusiera las cosas de otro modo, seguirían opuestos y enemigos porque el miedo a la muerte y la miseria alumbran en el hombre sus instintos peores.

Ya la ciudad quedaba atrás, ya el convento se borraba en las primeras sombras de la tarde. Viéndole así a lo lejos, semejaba una ruina dorada, solitaria, tan vacía como los altos muros de la villa, a punto de desmoronarse. Nadie pensara que tras de sus adobes, al amparo de sus sauces y tapiales, unas cuantas pobres mujeres aguardaban con la esperanza puesta en Dios que se tornara en cierto un engaño miserable. Ahora viendo la casa tan ruin y desvalida, al pie de la muralla poderosa, se entendía qué poca cosa éramos, cómo en cierta medida tenía mi hermana razón cuando decía que sólo aquellas falsas llagas podrían levantarnos. Dentro, encerradas en nuestra sala capitular, en nuestros claustros y celdas, entre cuatro paredes, era como si el mundo no existiese, salvo la vega y la muralla que llegaba a alcanzarse desde las celosías; pero extramuros dominando la llanura, viendo perderse el horizonte más allá del camino, allí donde se unía con el cielo, ese mundo era grande, en torno a nuestra casa ruin grano de polvo perdido en aquel páramo dorado y silencioso. Si mi hermana seguía adelante, si nuestro médico y nuestro capellán no fallaban en contra, tal vez consiguiéramos alzarla desde ese mismo polvo, levantar cabeza, llamar la atención de nuestros favorecedores. Si no, bien lo veía ahora, acabaría rendida, borrada, dividida, convertida como tantas otras en establo o vivienda o en almacén de granos.

En tanto, iba el carrero adelante, despreocupado, charlando de unas cosas y otras, ajeno a nuestro negocio, vacío el pensamiento de todo asunto grave, sin otro interés que el de volver presto a su aldea en donde su familia le aguardaba. Él no dejaba atrás nada que le obligara. Bien se veía que olvidaba de buen grado convento y ciudad, según picaba a la mula soñolienta que, en el sendero seco y agrietado, alzaba una tal polvareda como si de un gran rebaño se tratara. Oyéndole cantar a ratos, mi alma se serenaba. Bien hubiera gozado yo despojada de tantos recuerdos, simple y liviana el alma como la de mi compañera, no esclava de mi amor, víctima de mis culpas, pendiente de mis penas.

Vinimos a parar a un monasterio donde solían dar posada a las de casa en sus

viajes escasos a la corte. Nos hicieron merced de cena y lecho, pero antes de acostar tuvimos que contestar a tantas y tales preguntas que un día entero no sería bastante: si el mal arreciaba en la comunidad, si pensábamos se acercaría por allá, cuál teníamos por remedio mejor, qué pensaba nuestro capellán, si se trataba de castigo pasajero o del final del siglo.

Yo con mis pobres luces y mi hermana más simple todavía, procurábamos responder según nuestro entender que no era mucho, hasta que a todas nos rindió el sueño. Sin embargo, por lo que pude ver, aquella casa no padecía penurias como las nuestras. Quizá el estar más arrimada a la corte, no abandonada todavía, favorecía a su caja y despensa, así como el haber sido fundada por una señora principal que a la sazón aún la protegía.

Al día siguiente, bien temprano, seguimos hasta donde el carro nos dejaba. Fue una jornada huérfana de sucesos y noticias, salvo el calor que parecía encender el aire, convirtiendo en pavesas los olmos de los prados. Hicimos alto para comer no lejos de un viejo humilladero de piedra, cerca de un manantial que aún aguantaba los rigores de la seca. Allí a la sombra de unas mimbreras, sacó el carrero su vino y pan con media ración de queso que fue partiendo en gruesas rebanadas. Mi compañera y yo luego de hacer nuestras oraciones, y bendecir los recortes de cecina con los que en el convento nos regalaron, comimos al amparo del sol que a esa hora parecía dispuesto a acabar con la mula y aperos.

Al carrero el calor no le quitaba el gusto por la conversación.

—Bien se ve —dijo de buen humor, señalando al humilladero ante nosotras— por dónde van los tiros del Señor que nos quiere abrasar como a ése de la cruz.

Yo no entendía sus palabras y haciendo como si no le oyera, seguí luchando con aquella carne tan recia y dura, intentando saciar el hambre de alguna manera. Pero la motilona, más curiosa o más simple, gustaba de cualquier excusa con que llenar tantas horas vacías y así preguntó:

—¿De quién habla, hermano? ¿Quién es ése al que el Señor quiere abrasar?

—¿Qué? —respondió el hombre—. ¿Nunca oyeron hablar en el convento de aquel famoso padre?

Mi compañera y yo nos miramos sin responder, en tanto el hombre nos señalaba los cuatro escalones a modo de gradas.

—Ahí fue; ahí mismo lo quemaron. De ello dan fe esas piedras como escarmiento y desagravio.

—Pues ¿cuál fue su falta? —preguntó mi compañera.

—Pura y simple lujuria, hermana. Lo que comúnmente se entiende por sollicitación en el acto de penitencia.

Las dos nos santiguamos y el hombre, quizás animado por nuestra congoja, prosiguió.

—A fin de convencer a sus hijas de confesión, solía decir que Dios le había concedido una merced particular.

—¿Qué clase de merced?

—Quitarle los afectos y pasiones del hombre. Así predicaba que nada había de pecado en pedir lo que naturaleza por lo común suele solicitar, sino que antes bien, la unión de los cuerpos unía a los espíritus con Dios, para su mayor honra y gloria.

Mi compañera desvió la mirada sin entender apenas sus palabras y yo misma, barriéndome de encima el polvo y las migajas, me puse en pie para continuar la marcha en cuanto el carrero lo dispusiera. Mas éste, al parecer no sentía gran prisa por reanudar el viaje. Por el contrario, más dispuesto a terminar el vino de la bota que a aparejar de nuevo a su animal, continuó:

—Por aquí suenan poco esas historias, pero en las villas grandes donde suelo rendir visita sin faltar cada año, saben de tales casos más que el Santo Tribunal. Hay ciudad que ni veinte notarios, ni cien inquisidores serían capaces de limpiar, ni tan siquiera de tomar declaración. Tal guerra tienen dentro de ellas confesores, beatas y alcahuetas.

Se alzó a su pesar y fue a buscar la mula, comida por las moscas.

—Así va el mundo —concluyó con tantos padres metidos a galanes y tanto clérigo barragán.

Ya de noche llegamos al final del viaje. Una villa donde pensamos encontrar posada. Pero quizás por la penuria del tiempo o por el miedo al mal, la poca gente que a esas horas velaba, parecía tan ajena y poco amiga que bien pensamos dormir al raso.

Fue Dios servido de enviarnos un siervo pariente del que nos llevaba, el cual nos dio asilo en una casa grande y desbaratada que acostumbraban alquilar a los tratantes en día de mercado. Allí sin otra luz que la de las estrellas dormimos hasta la media noche, o por mejor decirlo dormí yo, porque la motilona quedó sentada en un rincón, entre la paja, mirando la pared como si fuera a aparecer en ella aquel fraile quemado en el humilladero.

A media noche me despertó.

—Hermana, ¿será verdad lo que el del carro dice? ¿Serán los hombres tan esclavos de su cuerpo?

Se ve que el recuerdo de aquel ruin confesor la perseguía, que aún de noche rondaba su cabeza, que motilona y todo, las palabras del carrero avivaban en su interior apagados recelos. Miraba a una parte y otra como si alguno de aquellos hombres a los que tanto al parecer temía, se hallara oculto en la penumbra. Yo le dije que se sosegase, que allí estábamos seguras, que tratara de dormir hasta la madrugada, pues aún restaba largo trecho hasta la aldea de mi padre.

Pero ella volvía a la carga:

—Hermana, si alguno se presentara de improviso ¿qué haríamos solas las dos? Bien se notaba su corazón sencillo.

—Duerma —le respondí—. Y si no lo consigue, cuando ese hombre que me dice venga, despiérteme y trataremos de adivinar sus intenciones. En tanto, es mejor que procuremos descansar las dos porque el sueño es un amigo caprichoso y si una vez se le rechaza a lo peor no vuelve y mañana, andamos todo el día desojadas.

Tal hizo; se tendió a mi lado y no volvió a alzarse hasta que el nuevo día trajo de fuera un rumor de campanas.

Muy temprano vinieron a buscarnos dos hermanas con intención de que pasáramos a su comunidad. Yo traté de explicarles nuestra prisa, pero tanto insistían que al fin cedimos a condición de acompañarlas tan sólo el tiempo necesario para comulgar y buscar otro modo de seguir adelante en nuestro viaje, lo cual tampoco habría de resultar negocio fácil por ser lugar pequeño no tan rico y lucido como el nuestro, más propio de labriegos que solar de linajes.

El convento era pobre también, con la capilla mal retejada que desde dentro hasta el cielo se veía, muy desviado para las limosnas y tan desarbolado que parecía imposible se mantuviera en pie. Aquellas santas que nos querían bien aún quisieron retenernos, mas donde hay prisa está de más la voluntad y la mía era mucha de ver a mi padre que, quien sabe si a aquellas horas ya estaría enterrado.

Sólo un día quedamos con ellas, contestando como siempre a las preguntas sobre el mal que vaciaba los campos, que hacía enfrentarse a señores y villanos sembrando no sólo temor a la muerte, sino disgusto y desazón, triste reliquia de su grave paso.

Unas daban la culpa a nuestros pecados, otras al afán del Señor por castigarnos; yo para mí tenía que cada cual llevábamos nuestra razón a costas, yo sobre todo con el recuerdo de la mentira de mi hermana. ¿En qué paso andaría? ¿Habría dicho la verdad o seguiría tal como la dejé, lejana de las otras, callando, mintiendo su trato con Dios, el favor de aquellas llagas fabricadas? ¿Pensaría aún en mí? ¿Gozaría con mi recuerdo todavía? Duro tormento aquel; recordarla cada noche sin tenerla a mi lado, sin sentir su costado contra mi costado, su piel sobre mi piel, mi oscuro seno sobre el suyo altivo, aquel aliento estremecido nacido de sus labios, sus palabras devotas, sus silencios vencidos.

A veces en sueños el Señor me la representaba, era capaz de oír su voz, sentir sus manos en mis manos, su boca áspera a veces, otras tierna y tranquila, sus migajas de amor soñadas y mezquinas.

O era el mismo demonio, tan buen pintor el que me la pintaba para forzarme luego a penitencia, por si era poca echarla en falta tanto, sentirla lejos tanto, vivir en duermevela permanente.

Así entre el llanto y la memoria pasé el día y la noche junto a mi compañera que no sentía tales cuidados, hasta que, ya rompiendo el alba, pudimos seguir viaje algo

más socorridas y aliviadas.

Señor, y qué duros son los caminos a los que la obediencia nos obliga. Cuánto mejor me arreglaría yo fregando el piso de la sala capitular, sacando brillo al locutorio, o atropando leña para la cocina. Mejor hormiga en casa, perpetua motilona que guardián y compañera de mi hermana, a través del páramo, camino de su casa. El polvo otra vez lo borra todo, los surcos baldíos y los muñones de las viñas, el pan que no llegó a madurar y los racimos secos. La tierra deja escapar un aliento de enfermo, las colinas enseñan sus entrañas coronadas de retamas cenicientas. Muchos álamos muestran sus coronas ralas como si el agua que es su vida, no alcanzara sus crestas y los pinos tan hermosos siempre, dejan caer su pelaje convertido en madriguera de gusanos. Las lejanías muertas, el cristal transparente de las piedras, aparecen inmóviles, no vibran ni se encienden como antaño tal como el nuevo carrero cuenta. La llanura toda por donde nos abrimos paso ni vive ni respira; se secó y para mí que nunca más alzaré cabeza como tiempo atrás, con sus arroyos rebosando y los barbechos convertidos en un mar de mieses y rebaños. Nadie dijera que en estos páramos estuvo el paraíso, que aquí se recogía vino y pan para llenar tantos graneros y lagares, hoy convertido en purgatorio pobre y mortificado.

A no ser por las cruces que aparecen al paso, por alguna venta olvidada, comida por el sol y el viento, sería harto difícil creer lo que el carrero dice: que esto llegara a ser senda alegre señalada no por rastros de adobes sino por las tibias hogueras de los que viven del carbón, por su canto a lo lejos y sus columnas negras. Era la tierra entonces fértil y muy poblada de todos los oficios, de norias y huertas, de iglesias y hospitales. Hoy nada de ello queda, sino barro seco y duro y algún que otro animal medio comido por las moscas que en este ciego mundo campan como señores en su feudo. Todo en torno, cielo y campos y arroyos, pregonan muerte, dejan el ánimo contrito, secándonos también por dentro sin otro alivio ni rumor que el golpe acompasado de los cascotes del mulo.

Mas hete aquí de pronto que en un recodo del camino aparece un lugar muy poblado de verdura, lleno de flores blancas tan hermosas que no sé cómo encarecer y en su centro una figura como de ángel o santo haciendo señas de que nos detengamos.

Quedo turbada y sin respiro, pensando si será nuestro Señor o el mismo Satanás buscando confundirnos, mas la figura no se mueve ni incomoda cuando le preguntamos a dónde va, qué quiere. Cuando el carro hace alto, sube y el animal como si le obedeciera, vuelve a ponerse en marcha sin que nadie le tire de las riendas.

En adelante fuimos cuatro a callar; nuestro nuevo carrero que luego resultó hortelano,

mi compañera y yo y a espaldas nuestras, el fraile, pues tal era, hecho un ovillo en su hábito pardo y roto, magro, enjuto, como descoyuntado. Tenía huida la color, la nariz descolgada, a punto de tropezarle con los labios y la estameña tan ruin y zurcida que mal cubría aquel manojito de huesos mal dispuestos y rancios.

—Hermanas —habló al fin—, no quisiera usar mal de vuestra caridad, pero ¿acaso tendrían un cantero de pan que llevarme a la boca? Ya va para tres días que ando por estos campos sin probar bocado.

Y como ninguno de los presentes contestásemos, repitió de nuevo la pregunta. Al cabo mi hermana motilona ofrecióle unos cuantos higos de los que él dio velozmente buena cuenta, y el carrero algo de vino que tampoco rechazó, aunque bien se notó que le sabía a poco. Aquel día no hicimos alto para comer. El tiempo se nos fue de charla con nuestro fraile metafísico que cuando no pedía un nuevo trago con que calmar la sed, nos regalaba con nuevas de la corte.

Mas a medida que el vino iba menguando con los asaltos de ambos, quedó la corte a un lado, pasando a discutir sobre todo lo divino y lo humano y en esta nueva lid se nos vino a destapar nuestro hortelano como hombre de buen humor y entendimiento muy por encima de cuanto imaginábamos.

—Hermano —murmuraba apurando los postreros tragos—, no seré yo quien condene en esta vida, estos y otros pequeños ratos.

—Ni yo —le respondía el fraile.

—Eso salta a la vista. Aunque tenéis más aspecto exterior de ermitaño que de hombre relajado.

Oyendo estas palabras el fraile enmudeció, pero el carrero no estaba en vena de consentirlo, sino antes bien, dispuesto a proseguir su discurso.

—Relajado o no, se me antoja que sois poco partidario de abstinencias y ayunos.

—Ni de ayunos ni de cualquier linaje de ceremonias exteriores.

—¡Vive el Señor! —murmuró el otro volviéndose a mirarnos— que aquí llevamos uno de esos famosos alumbrados que sólo alumbran buen vino y buena carne.

—Uno y otra son criaturas del Señor y como tal es preciso aceptarlas.

—A tales criaturas me apuntaba yo —respondió el carrero riendo—, a esa pasión carnal que dicen los de la secta que se siente, a esos saltos y ahíncos del corazón que les atormentan, a ese dolor y molimiento con la hembra al lado antes que a los quebrantos de mi carro.

—Bien se ve que andáis corto de fe, o de conocimiento que es lo mismo, pero habéis de saber que muchas veces tales efectos y aun otros, como ruidos y extrañas voces, no son sino misericordia del Espíritu Santo y que uno de esos iluminados que tanto desdeñáis ha presentado al rey nuestro señor un memorial explicando sus razones.

—Milagro será si llega a sus manos.

—¿Por qué no ha de llegar?

—Digo, sin verse molido a palos.

—No creo que tal riesgo le acobarde —insistió el fraile empecinado—, otros muchos mártires pasaron en vida por herejes y pecadores para luego ser recibidos como santos.

—Por cierto que también a mí me gustaría; pasar la vida en este mundo entre beatas, en carnes y pañales, y después de la muerte empezar otra vez, allá en el cielo, pero con menos años, con arrestos mayores.

El fraile con un gesto de desdén se hundió aún más en el fondo del carro como si no sintiera en sus costillas tantos tumbos y saltos, murmurando al cabo:

—Muchos son los que piensan que la vida de los elegidos consiste sólo en holgar y pecar pero, por lo que yo conozco, he de decirles que hay en ese rebaño muchos cuya vida es vivo ejemplo para todos.

—Así ha de ser. Si no ¿cómo se entiende que anden tras de ellos tantos hombres y mujeres, los unos consultándoles sus dolencias y achaques; las otras arimándoles rosarios y arrancando sus vestiduras a jirones?

—Así van, tal como dice, parecidos a abejas de Cristo recogiendo el rocío de sus palabras. Sé yo de alguno al que van a visitar al día no menos de cuarenta coches.

—¡Con menos me conformaba yo! —replicó el hortelano suspirando—, con las limosnas de la mitad sin más.

Mi compañera apenas volvía el rostro hacia el fraile. Sólo a veces se santiguaba escuchando sus razones y aunque miraba a lo lejos intentando abreviar el camino que como a mí se le antojaba demasiado largo, a ratos bajo el toldo, sus ojos se encendían y sus sienes, brotadas de sudor, en la penumbra relampagueaban.

Ya conocía yo aquel otro mal que por entonces se cebaba en nuestra religión, peor que cualquier enfermedad del cuerpo y en nada me extrañaba aquella porfía entre el fraile y el hortelano pues aun entre doctores más avisados, más rectos y más santos, siempre se concluía en las mismas porfías y razones. El uno acusando y defendiendo el otro, pasaron sin pensar las horas postreras de aquel segundo viaje. Ya a lo lejos donde el páramo rompía, se agazapaba la aldea de mi padre más seca que cuando la dejé, más rota y derrumbada.

Las cercas aparecían vacías, los adobes deshechos, las huertas desmedradas, las puertas y ventanas de par en par con el cañizo al aire y las vigas desmochadas. Era como si un huracán se hubiera abierto paso por aquellos solares, sucios y negros, arrebatando al paso vecinos y ganados. Sólo el rumor de algún corral, el golpear de una azada invisible sobre terrones tan duros como cantos, nos avisaba de que alguien quedaba aún entre aquellos ruines muros antaño florecientes, al pie de aquella iglesia cerrada a piedra y cal con su ramo en lo alto.

A pesar de tan recios presagios, de aquel silencio hostil, de los caminos tan secos y borrados, el corazón me llevó al punto ante mi casa, más allá de la plaza vacía y de su fuente exangüe donde tiempos atrás tanto ganado se abrevaba.

Ordené al hortelano detenerse y en tanto quedaba sumido en consideraciones con el fraile, seguida de mi hermana, entré en aquel pobre portal que años atrás dejara yo con buen acopio de lágrimas y promesas. Nadie, ni el perro de la casa, salió a recibirnos y yo sabiéndome el camino a ciegas, fui a dar presto con el lecho de mi padre que sin reconocerme, volvió hacia la puerta la cabeza. Viéndole allí solo, tan magro, abandonado de todos, comencé a llorar como el día de mi marcha, cuando nos separamos. Él debía entender bien poca cosa pues sólo me miraba sin llegar a verme, sin musitar palabra, esperando quién sabe si alguna medicina o limosna. Allí estaba tan flaco y consumido con su barba blanca apuntando en la quijada y el pensamiento huido, sin entender otra cosa que su mal, moliéndole los huesos doloridos.

Luego llegó mi hermana quien me había mandado recado y a poco su marido. Supe por ellos que mi padre llevaba ya más de medio año postrado, con perpetua calentura, sin poder levantarse de la cama.

No sabían si era el mal general que a él por viejo le atenazaba más o enfermedad particular, propia de sus años, pero en vano le habían sangrado con ventosas cargadas de sal que tanto recomiendan para sacar la ponzoña del costado. Todo lo soportaba con aquel humor tranquilo de que hizo gala en vida, hasta que un día comenzó a desvariar y a no reconocer a los que le cuidaban.

Yo les solicité licencia —pues mi casa era suya— para quedarme en ella con mi compañera, para, juntando nuestras oraciones, sino curarle, al menos servirle de consuelo en tan comprometido paso.

El marido que parecía hombre honesto y de razón no puso inconveniente alguno, de modo que el hortelano se volvió al día siguiente y el fraile buscó acomodo, tal como solía, en alguno de los pajares vacíos.

Por tres semanas oramos al pie del lecho de mi padre. Yo, siempre falta de sueño, luego ayudaba en casa, en labores que nunca faltaban o en el poco cuidado que la huerta pedía, tan seca y desmedrada. La motilona dormía en un rincón de la cocina, hasta que la hora de comer llegaba.

De este modo pasó el tiempo que digo hasta que una mañana eché de menos a mi hermana. Pensé que andaría en el corral por razones de las que no suele hablarse, pero el tiempo pasaba y no volvía. Miré por los rincones de la casa, en la huerta y la cohorte y nada hallé, ninguna huella, ni señal de su paso.

Fuera, el pueblo callaba, sólo cigarras y grajos velaban como siempre y el viento andaba calmo como temiendo despertar al sol, barrer de la llanura la calina. Me pregunté de nuevo donde podría estar y de pronto en el silencio del corral vino como un aviso repentino, una llamada del Señor que iluminándome encaminó mis pasos

más allá de la cerca de adobes, rumbo al pajar de los techos caídos donde a nuestra llegada buscó cobijo el fraile. Según me acercaba, más se agitaba mi corazón afirmándose en la idea de que algún nuevo contratiempo me acechaba. Empujé con cuidado el postigo y al punto llegó hasta mí un crispado murmullo, un rumor de sollozos. No me atreví a mirar de frente pero allá, entre el escaso pan recogido aquel año, vi desnudo como Adán a nuestro fraile metafísico, sobre mi motilona.

Era su voz más dulce y elocuente que en el viaje, tierna y melosa como nacida de la carne y aunque mi compañera no hiciera gracia de la suya, suyos eran aquellos suspiros cálidos y profundos, aquel llanto infantil y estremecido.

Me alejé y esperé y a poco vi aparecer en el postigo a aquella pecadora, extendiendo las sayas, cubriéndose, mirando a todos lados antes de saltar fuera, alisándose el pelo que ahora asomaba por bajo de la toca. El silencio la tranquilizó y al fin pausadamente, sin volver la mirada hacia el pajar donde quedaba su amor y compañero, entró en la casa donde presto dormía como si su aventura hubiera sido tan sólo un sueño.

En vano cerré los ojos yo. Por más que quise ocupar mis pensamientos en el estado de mi padre, no se me iba de la memoria aquel hozar entre la paja, su rostro rojo, su paso vacilante por un momento de placer apresurado, bajo aquel hombre enteco, todo piernas y brazos. Tan pronto me veía en su lugar como en los brazos de mi hermana, allá en nuestro convento y era tal la diferencia que no llegaba a comprender cómo mujeres de sentido, hechas a un trato tibio y tierno, podían elegir entre los dos caminos el más áspero y duro, por mucho que los hombres razonaran. A esta mi motilona, compañera torpe y de pocas luces, no debió ser difícil llevarla a ese redil que los hombres manejan a su antojo. Seguramente aquellas historias del carro, tras de tan larga dieta en el convento le mudaron el sentido, haciéndola soñar con ruines placeres y gozosos deliquios. Aún dormía y era su sueño como el de los animales, como el de aquellos hombres que una vez saciados y bebidos, se entregan a esa pequeña muerte contentos y dichosos. Viéndola de ese modo, sentí gran menosprecio de ella y recordando a su fraile, me pregunté qué historias nuevas le habría susurrado, con qué nuevos embustes la habría convencido noche tras noche. Pero a buen seguro que no le había sido preciso esforzarse mucho pues, según antes dije, la voluntad es flaca en la mujer y una vez avasallada por el hombre, sus potencias menguan, los sentidos se hunden y aniquilan las buenas intenciones.

Dejóme aquel encuentro enferma del alma. Apenas hablé a mi compañera en unos días y ella misma pienso que me esquivaba. Parecía más altiva y brava y a ratos se ausentaba por el camino que yo bien conocía. Hasta osaba explicarme que habiendo el Señor expiado las culpas de todos, era tiempo de recoger sus hijos, los bienes que para nosotras sembraron los mayores. Nada era pues pecado para ella. Bien se notaban en sus palabras los consejos de aquel maldito fraile, tanto como en sus

ausencias que a veces duraban toda la noche. Su amigo le tenía sorbido el seso y la razón, afirmando que quien con él confesara, tenía ganado el cielo por muchos yerros y faltas que arrastrara en la tierra.

La convenció también de que era inútil la ayuda de los santos por lo que vino a dar en romper cuantas imágenes encontraba a mano y lo que fue de mayor prejuicio para mí: que los siervos de Dios no debían llevar a cabo trabajos corporales. Así andaba todo el día siguiendo el vuelo de las moscas sin parar en los afanes de la casa, ni en los míos, junto al lecho de mi padre, despierta solo a la noche cuando a todos en casa nos rendía el sueño.

Pero con sueño y todo fuimos sacando el enfermo adelante hasta que el Señor tuvo a bien arrebatárnoslo. Fue cosa de alabar su razón recobrada en la hora postrera, dando buenos consejos a todos, pidiéndonos perdón por las muchas molestias. Tres días vivió aún; para dejarnos una noche de pronto, tan sereno y tranquilo como si fuera derecho al cielo. Y cuando lo llevamos a reposar allá en el cementerio vecino de la iglesia, echamos de nuevo en falta a mi compañera. Yo pensé que estaría con su amigo, pero el fraile tampoco apareció. No volvimos a verles y alguien del pueblo aseguraba luego, en la cena que los de la familia dimos, haberla visto partir muy de mañana, camino adelante, el uno en pos del otro, por los cerros cubiertos de olivos. Según aseguraban, parecían dos piadosos peregrinos, pero yo conociéndolos, me imaginaba el rumbo de su devoción, recordaba sus noches en la casa vecina, sus ausencias y muchos desatinos.

Marcharon si no avergonzados, al menos como huidos. Ni siquiera se acercó a despedirse mi motilona quizás aconsejada por el fraile, temeroso de que a solas las dos, se arrepintiera. Así habían desertado del Señor, más por seguir el camino de la carne que por otra ganancia pasajera. ¡Válgame Dios, de qué bondad dispones con aquellos que así otra vez te crucifican; no con clavos ni espinas sino con sus pecados, con ceguera del alma siguiendo sus apetitos terrenales!

Así dejé también mi aldea yo, como años atrás, con lágrimas, aunque esta vez por razones bien distintas, intentando olvidar aquellos días, rodeada de tanta pena ajena a mí, sin tener con quien tratar de mis tribulaciones, impaciente y a un tiempo temerosa por mi vuelta al convento, por el encuentro con mi hermana verdadera.

Ello fue, más o menos, dos días más tarde, a hora sexta cuando nadie me esperaba. Como un alud vino el convento sobre mí. ¿Cómo andaban las cosas extramuros? ¿Cómo iba el mal? ¿Qué tal pintaban las cosechas? ¿Qué nuevas traía de otras comunidades? Parecía que hubiera ido a la corte como embajadora, no a enterrar a mi padre en su mísera tierra. Traté de explicar que el campo aparecía como siempre, sin apenas peones ni ganado, que cada cual esperaba su hora como el pedrisco antes; tan revueltos andaban los vivos y los muertos. Nada quise contar, sobre todo con la priora

delante, de lo que el amo del carro nos explicó en el viaje, ni mucho menos la aventura de nuestra motilona y cuando se me preguntó por ella, mentí por caridad, asegurando que cayó enferma a su vez y había quedado en casa de sus padres cuidando la salud por unos días.

Tanto me daba entonces su vida o sus ternuras con el fraile, sus herejías que a buen seguro acabaría pagando. Lo que yo más deseaba tras de tanta pregunta, tras de tanta vana respuesta, era saber qué había sido de mi hermana, porque no estaba allí con las demás, quién sabe si otra vez enferma o castigada.

La primera noticia fue en tanto yo me hallaba en la aldea, el capellán la había visitado.

—Bien, veamos —le había dicho en su tono paternal de siempre—. Ante todo. ¿Tiene confianza en mí? ¿Cree que estoy aquí por su bien?

Ella le había respondido asintiendo y el capellán quiso saber entonces cómo habían aparecido las heridas en sus manos.

—Ya lo dije otra vez —había contestado—. Debieron de nacer mientras dormía. Al despertar, el Señor las había señalado.

—Entonces, ¿llegó a verle?

—Yo así lo creo.

—¿En sueños?

Mi hermana había asentido de nuevo, tranquila al parecer, aunque un poco fatigada, cansada de repetir siempre las mismas razones.

—¿Cómo supo que era Él? ¿Lo vio con los ojos del cuerpo?

Al parecer mi hermana no entendía. Entonces el capellán le explicó que los que afirman ver a Dios realmente en esta vida pueden caer en herejía. Ella entonces calló como haciendo memoria, murmurando a poco:

—Con los del cuerpo, no.

—¿Con los del alma entonces?

—No sé; ya digo que fue en sueños.

—Y ¿cómo supo que era Él? ¿Le habló?

—No oí; no sentí nada. Sólo que estaba allí, a mi lado y que con sus dedos me hería en las manos hasta dejarlas como se hallan ahora.

El capellán había dudado mucho, llegando a consultar con la priora, sobre la salud de la enferma y sus males anteriores; luego aquel hombre empecinado había vuelto a la carga más sombrío que en anteriores ocasiones.

Nuevas preguntas y las mismas respuestas, hasta que viendo lo inútil de la lid y sintiéndose a su vez muy fatigado, dejaba el pleito para mejor ocasión en que hallara otro modo de afrontarlo.

En tanto la priora le despedía, las otras hermanas pudieron ver a la santa a través de la puerta entreabierta. Según dijeron, cerca de la ventana que daba a la muralla,

parecía mirar más allá de las nubes del otoño, escuchar una voz que ninguna otra oía, gozar de aquella rara presencia que según sus palabras la asistía, hundiéndola en el mar inmenso de la divinidad, dejando en ella el recuerdo de sus llagas. Era como si el Espíritu Santo trabajara en ella, preparándola para nuevos milagros, quién sabe en qué punto y materia.

Así la vieron muchas veces después, inmóvil, en oración silenciosa, sin ver ni conocer a nadie, sin esforzarse por asistir al coro, ni mucho menos a las tareas de la casa.

Su fama y mortificaciones, su silencio y decoro, así como el trato particular con el que la priora le obsequiaba, iban minando poco a poco el sosiego de la comunidad que andaba ahora revuelta, alborotada. Una tarde cuando el sol se escondía vimos al cielo teñirse de rojo como si la ciudad fuera pasto de las llamas. Todas mirábamos aquel infierno inesperado pensando si sería el final de los tiempos. Unas pedían que la santa intercediera por nosotras, que alzara a Dios su voz, que nos salvara. Otras, por el contrario, aseguraban que toda aquella sangre manchando el horizonte era sólo un aviso que el Señor enviaba a nuestra casa. Aviso de futuros males que aún habían de venir si nos empecinábamos en dar por milagroso el negocio de las llagas.

—¿Y por qué no ha de serlo? —clamaba alguna—. ¿No es este tiempo de favores y milagros? En Toledo apareció un niño Jesús azotado, manando sangre también. Muchos lo aseguran.

—Y en el convento de los Ángeles, una hermana que subió a tender ropa al terrado, vio una estrella en el cielo, tan brillante que cegaba. Aquel mismo mes pasó a presencia del Señor.

Todas quedamos en silencio, mirando más allá de las rejas, el cielo carmesí, más tenue ahora en sus bordes dorados. Ninguna se decidía a marchar ni a rezar, sólo a continuar allí, esperando a que el Señor nos llamara también a su presencia, presas de gran congoja ante aquella amenaza que cada cual explicaba a su manera.

—En Burgos, dicen que ha habido terremotos.

—Y hambre y sequía; lo mismo que aquí.

—Y en Flandes, dicen que los soldados vieron dos ejércitos luchando en el cielo.

—Y en la Mancha se ha abierto un pozo que no tiene fondo.

—Y en Zamora hay un río de turquesas.

—¿Será cierto todo ello?

—¿Por qué no ha de ser cierto? ¿No hay otros que arrastran otro? Yo misma vi uno cuando niña.

Todas quedamos junto a la celosía, temblando, sin osar asomarnos, con los ojos del cuerpo fijos en las demás y los ojos del alma cerrados a la luz de los sentidos. Ya nos veíamos ante el Señor, dando cuenta de nuestros pecados, yo sobre todo a quien en buena parte se debía toda aquella mentira, tanta simulación y fantasía, la fama de

mi hermana a la ya comenzaban a tener por santa.

Hora era pues de llamar a las cosas por su nombre, de romper lo pactado y sacar a la luz la verdad de aquellas manos que, en una noche de desgracia, yo por amor herí y por amor mantenía como verdaderas, con sus dos llagas del color de las rosas por entonces y ahora —según decían— negras y eternamente abiertas.

Llamé a su puerta y nadie respondió. Volví a llamar y la puerta fue cediendo dejándonos de improviso frente a frente. Mi hermana, sorprendida, aparentó no verme y muy despacio, como si se deslizara, fue a sentarse en su lecho. Yo crucé el umbral, murmurando quedamente:

—Puede vuesa caridad alzar los ojos. Soy yo misma en persona.

—Así ha vuelto, por fin.

—Aquí estoy; dispuesta a escuchar vuestras razones. ¿Cuándo diremos la verdad?

Mi hermana suspiró; preguntando a su vez:

—¿Qué verdad? Ni siquiera empezamos. ¿Tiene miedo todavía?

Asentí en silencio. La verdad era que toda yo temblaba viéndome tan vecina a ella, luego de tanto tiempo.

—Me da miedo engañar a las hermanas, oírlas hablar todo el día de milagros.

—¿A qué escucharlas? De todos modos, antes de un año todo habrá terminado.

—¿Un año todavía?

Y ella con su voz calma, como venida de muy lejos, no de los labios de la que fue mi amiga, respondía:

—¿Qué es un año? Bien poco si se mira la salud de la casa.

—No seré yo quien calle tanto tiempo. No podré.

—Sí podrá. Aunque sólo sea pensando en la otra vida que luego nos espera. Me acomodé a su lado, mis manos en sus manos como en otros tiempos, mi cabeza en su pecho, callada, estremecida. De fuera llegaba un nuevo viento cálido que parecía cubrirme toda, pasarme de costado a costado, llenar de lágrimas mis ojos y de sudor mi frente, pero esta vez mi hermana parecía olvidada de mí, dura y hostil a mi ternura. Viéndola tan ajena, notándola tan distinta y apagada, murmuré buscando amparo en su regazo:

—Desde el día de nuestra grave falta, no puedo consolarme. Hora es ya de que vuelva a mí.

Y fue aún más duro el remedio que mi mal pues sus manos se alzaron sobre mi rostro y pude verlas por primera vez bien cercanas. Eran la imagen misma de nuestro pecado, como si aquel que busca nuestra perdición hubiera hundido allí sus uñas arrancando la carne. Como el zaratán deja escapar su ponzoña hasta las heces, así manaban los secretos humores de aquella piel antes tan delicada y suave como las mismas caricias de los ángeles. Bien se notaba que nuestro pecado minaba aquella

carne tan doliente ahora.

—En el nombre de Dios no me toque.

Y mi hermana mirando sus llagas me preguntó, ofendida y extrañada:

—¿Pues qué? ¿Tan presto se avergüenza de su obra?

Por piedad no quise responderla, pero ella entendió bien y volviendo a esconderlas apenas me escuchó cuando le dije:

—Las dos acabaremos en el infierno por su causa.

—Justo; las dos. En el infierno o en la gloria; ahora nadie será capaz de separarnos. ¿Qué más desea ahora?

De nuevo aquel temor me abandonaba, otra vez mi alma era suya, suyo mi cuerpo, mi salud, mi voluntad. Éramos otra vez las dos bajo nuestra estameña, sobre aquella arpillera tantas veces zurcida, remendada, comunes nuestras miserias anteriores, consoladas, amigas, revueltos pelo y toca, suspiros y sollozos en la celda callada, lejos del sueño de las otras hermanas, del silencio tranquilo de la siesta. Nada nos importaba el castigo o la muerte. Ninguna pena rigurosa sería capaz de romper aquel abrazo dulce y firme, aquel nuevo placer apresurado.

De pronto un sordo retumbar llegó de lo alto. Quedamos en suspenso, acongojadas las dos, como si aquello fuera la voz de Dios descargando sobre nuestras cabezas su peor maldición, como si amenazara aniquilarnos. Luego la voz se repitió, rompiendo sobre techos y tejados, alejándose, rodando más allá de las murallas por toda la llanura, espantando los pájaros del claustro. De improviso el campo parecía cambiado, vivo, amenazado. Golpes de viento alzaban pesadas tolvaneras que naciendo y girando, a través del campo, se perseguían hasta alcanzar el cielo tan turbio ahora, cuajado de relámpagos. Uno tras otro se sucedían rompiendo el vientre de las nubes, se perseguían, aniquilaban, ahuyentaban a ratos para tornar a acometernos recios y tercos, atronando la casa.

De pronto una luz más brillante que mil soles se abrió paso en el cielo y vimos allá en el infinito un gran trono dorado. Nadie se hallaba en él, parecía vacío y sin embargo las dos nos asustamos. Alguien desde su fondo nos miraba y juzgaba, alguien que a mi entender parecía amenazarnos con su mano. Era su voz el susurro del viento duro y constante, era su mano como nube sin forma que apenas se la ve y ya cambia, sin poder recordarla, pareja a los vapores de la tierra.

Nuestro valor, aquel fuego interior, poco a poco nos iba abandonando; el alma no animaba al cuerpo que, falto de calor, se dejaba llevar de aquella luz ardiente. Así seguimos, unidas las dos, extrañas a todo lo que no fuera luz y amor en derredor hasta que vino a despertarnos el murmurar del agua azotando la tierra.

Llovía al fin, volvía aquel olor de la huerta y el campo, ya olvidado y perdido, aquel aroma fresco que barría polvo y rastros convertidos en torrente sucio y revuelto. Sonaban por los claustros voces y cantos rogando a Dios que la lluvia o

cesara.

El gotear gozoso de tejas y canales anunciaba otra vez tiempos mejores y tal como pedimos, el Señor nos bendijo con el agua del cielo durante tantos días que la alberca se llenó a rebosar quedando el campo, limpio y brillante, a punto para el grano.

## Capítulo III

La lluvia que arrastró el polvo convertido en lodo por veredas y bancales, se llevó el mal como en otras ocasiones. Poco a poco fueron sanando las hermanas. Era un gozo escuchar el rumor del agua descolgándose del cielo, borrando las murallas, socavando la tierra, devolviendo el lustre a las zarzas y el color a los frutales del huerto.

Día a día el convento renacía. De nuevo el alba nos hallaba a todas en pie con nuestras primeras oraciones, era testigo de nuestra meditación y la lectura de las horas antes de que la misa nos juntara otra vez en la capilla, temblando de frío pero enteras y conformes. Apenas la campana nos avisaba la mitad del día, caíamos de hinojos para nuestro diario examen de conciencia.

Yo siempre salí limpia de él, a no ser en el negocio de las llagas porque nunca consideré pecado amar al Santo Creador en sus humildes criaturas, ni que yo, pobre sierva, fuera capaz de faltarle en nada, como turcos, y herejes y aquel fraile que tendió el hilo de sus redes a mi pobre hermana motilona. Una vez entregado al Señor nuestro albedrío ¿cómo se pueden resistir las tentaciones? En oración perpetua ¿cómo se le puede llegar a ofender, siendo el amor entre sus criaturas más santo que las demás virtudes? Como mi hermana aseguraba, las almas perfectas no tienen por qué llegarse al tribunal de la Penitencia, porque Dios suple los efectos del Sacramento, concediéndoles su gracia para siempre.

Así cuando tocaba confesarse, mentía. Así mentía yo también, juntas las dos ahora en cuerpo y alma todo el día, tanto que la priora, quien sabe si avisada o prevenida, acabó sorprendiéndonos cierta vez, junto a la alberca, a la hora de la siesta.

Nos mandó llamar; nos recordó que andar siempre en la misma compañía estaba prohibido en la casa y acabó amenazándonos si no nos enmendábamos, tras de aquel primer aviso.

Bien recordaba yo las reglas, bien sabía que ninguna hermana debía mantener amistad particular, siendo todas de todas, sin tocar otro rostro ni mucho menos llegarlo a besar, mas sobre todo, veía en la advertencia de nuestra superiora antes que nada un malquerer hacia mi hermana que con el tiempo empezaba a destaparse. Pues en lo que se refiere a disciplina harto lejos estábamos del resto de la comunidad. Nunca dimos cabezadas en el coro como tantas so pretexto del sueño, ni escupimos en la escalera como solían algunas para borrar luego con el pie tal huella de inmundicias corporales. Por el contrario mi hermana y yo, ella a pesar de sus manos vendadas, hilábamos, bordábamos la ropa que enviaban de la ciudad, ahora que de nuevo se celebraban bodas. Bien es verdad que a veces murmurábamos pero ¿quién guardaba silencio entonces? Tan sólo las más viejas ya sin ganas de conocer qué sucedía en el mundo de los vivos, si habían vuelto ya los señores de la corte o tan

sólo hortelanos, dispuestos a no perder la próxima cosecha.

No era aquélla la razón del nuevo humor de la priora antes madre de todas y ahora su juez desde el negocio de las llagas. Puso fin a las charlas de la noche, aunque no volvió por ello el sueño a la mañana. Por el contrario, siguieron las hermanas revueltas y enfrentadas hasta tal punto que disputándose un sitio del coro dos novicias llegaron a las manos.

Las dos sufrieron el castigo inmediato encerradas en sus celdas por toda una semana. Fue cosa digna de ver cuantas intrigas y dificultades fueron precisas para llegar hasta ellas y animarlas, cuanto ingenio para al fin regalarlas con fruta de la huerta.

Tal andaban los negocios de la casa revueltos y mezquinos hasta acabar quebrándose por donde imaginábamos. Ello fue, cierta noche, en que según solía, vino mi hermana a visitarme. Puede que todo fuera escarmiento de Dios, o amor que puso cera en los oídos de ambas. El caso fue que de pronto la puerta se abrió de par en par, como empujada por el viento y en el umbral vimos aparecer a la priora con su luz en la mano, sin dar tiempo a separarnos. Se nos quedó mirando con aquellos ojos cansados, torpes, ahora repletos de ira, como negros relámpagos. Sus palabras fueron cayendo concisas, graves, amenazando nuestro cuerpo, manchando el alma, más que hiriendo, humillando.

Yo como de costumbre rompí a temblar, lejos de aquellos brazos que antes me protegían, pero mi hermana como si no temiera a su enemiga, comenzó a amenazarla a su vez, tan cambiada parecía. Su cólera hacía vacilar a la priora, arrojándole al rostro la incuria del convento, la mala administración de limosnas y bienes, su desidia para cobrar los diezmos cuando los hubo, las deudas contraídas, los montes y heredades perdidos, su abuso de poder en ocasiones.

La priora callaba soportando todo. Sólo cuando mi hermana hubo callado le hizo saber que no era aquel lugar apropiado para tales disputas.

—Lo dicho, dicho queda —respondió mi hermana—. Estoy dispuesta a repetirlo ante la comunidad.

Mas la priora no parecía dispuesta a permitirlo y días después, mi hermana, desnudas las espaldas, pagaba por ella y por mí según las normas establecidas por la Regla.

Allí estaba, de bruces sobre las losas del refectorio, doblemente herida en sus manos y su orgullo, ante los ojos de la comunidad, ante mis ojos bañados en lágrimas. ¿Dónde estaba —me preguntaba yo— aquel amor tanto tiempo pregonado entre unas y otras, tal como Cristo manda? ¿Dónde el perdón, la renuncia a la venganza? Quizás sólo era una prueba más, un modo de señalarnos por encima de nuestra mentira, de borrar cuanto pecado había en aquel falso milagro. Quizás quisiera borrar aquellas llagas con estas otras, tan crueles como ciertas, por las cuales

nuestra enemiga perdía la razón, por culpa de su ira empecinada. Pues según la correa iba cayendo sobre aquellas espaldas suaves y en otro tiempo amables, no sólo mi llanto nacía sino otras lágrimas vecinas ante aquel rostro adusto que parecía llevar la cuenta de los golpes.

Mas aquel camino equivocado se volvió pronto en contra de nuestra superiora, según alzaron del suelo a la santa. Así lo vimos todas; bien presto lo supimos en el silencio con que obedecimos, en el cuidado con que la llevamos, en cómo algunas, como al azar, escupieron en el umbral de la puerta, antes de abandonar el refectorio.

Allí a solas quedaba nuestro juez, hincada de rodillas, murmurando su oración a solas, suplicando un perdón que nunca en vida ya le llegaría.

Aquella espalda enrojecida, rota, fue sanando, con el agua de sal, mi amor y mis cuidados. Poco a poco recuperó su color, se borraron aquellos surcos humillantes, fue volviendo a brotar su vello tan suave como bozo dorado. A pesar del dolor, de la gran desazón que el agua alzaba en las heridas, nunca escuché una queja, ni sentí su cuerpo estremecerse. No parecía herirla aunque abrasaban las grietas de mis dedos, ni los ungüentos y pomadas que luego venían, ni el frío de la celda, ahora que ya el otoño daba paso a sus últimos días.

Algo más sufría yo en mi prisa por ver aquella carne renacida. Si con la mía hubiera remediado los estragos del castigo en ella, de buen grado se la habría ofrecido, sólo por aliviar en algo el dolor de aquel cuerpo que, tras de cada cura, envolvía y besaba, para depositarlo sobre la paja del jergón renovada y tendida.

Según mis labios recorrían aquellos senderos antes azules, ahora rojos, macilentos, tristes; según mis manos buscaban las suyas en el remanso frío de su cuello, según se unían, oprimían, luchaban hasta caer inermes en el oscuro valle de sus senos, otra vez mi hermana renacía siquiera fuera por un plazo breve. Entonces, a esa hora, en tanto las dos luchábamos entre el dolor y el gozo, olvidadas de la priora y de la casa toda, nada venía a estorbarnos la memoria, ni los días pasados ni el futuro incierto, ni siquiera aquellas llagas por donde el mal salía a flor de piel, terco, impaciente, ajeno a dictámenes y médicos. A esa hora eran sus manos abiertas cálices en los que hundir la boca como el Señor en el vinagre y la hiel, encendido rescoldo de nuestro amor a solas. Más allá de la celda donde sólo llegaba el agrio perseguirse de los pájaros, la monótona canción del agua, nada existía, nadie escuchaba, velaba ni sentía; solas las dos al pie del manantial de sus heridas, esperábamos la noche en nuestro paraíso hasta que sobre la muralla las primeras estrellas se encendían.

En guerra abierta ya con la priora, nada importaban sus recias amenazas, ni la mirada de las otras; la suerte se vencía a nuestro lado, según el plazo de la nueva elección se consumía.

¿Qué suponían ya sus tercas palabras, sus velados desaires? ¿Qué podría añadir

que no supiéramos? Todo el placer del mundo se encerraba en un solo momento antes que en mil palabras, tan vacías de amor, huera y secas. ¿Qué supo ella nunca de tales efusiones? Vieja y marchita desde que la conocimos; nunca pudo entender nuestro secreto, ese que nace junto al corazón asaltado por un golpe sombrío que une y rompe el cuerpo dolorido. Su guerra en contra semejaba locura de virago, de hombre ajeno, despechado, vencido. Como todos sus castigos no era sino venganza temerosa, cual si su cuerpo caduco y seco, nunca solicitado, sufriera en nuestro amor todos sus años de abandono y tedio.

Las más jóvenes debían entenderlo así pues una vez que el mal huyó trayendo de nuevo un aliento de vida extramuros del convento, volvieron a mirarnos como quienes comparten penas y goces, ofreciéndonos sus votos a favor, en contra de los viejos días de luto y sumisiones.

De igual modo mi hermana y yo correspondíamos; a ellas y a las de juicio incierto ganamos con aquel castigo y otros más duros que tras él vinieron. Nos hicimos con tantas voluntades que bien presto llegó hasta la ciudad la fama de la santa.

Así un día, casi de amanecida, una sombra rondaba desde muy temprano al otro lado del torno. La portera intentó ahuyentarla, pero luego pensando que se trataba de algún hortelano que volvía a surtirnos como antaño, preguntó:

—¿Qué se le ofrece, hermano?

—Ave María —respondió la mujer, pues tal era la sombra—, vengo a hacer una demanda.

—¿Y qué demanda es ésa?

—Demanda de salud.

—Según tengo entendido el doctor ha vuelto. Vaya con él, hermana, que antes la confundí. A buen seguro que él le encuentra remedio.

—Vea que no lo pido para mí —respondió la mujer alzando el manto en el que se arropaba, dejando ver, vecino al pecho, un fardo de modestas proporciones— sino para esta criatura que ni come ni duerme y a todas horas anda con harta calentura y un mal de sequedad que parece le consume por dentro.

Respondió la portera que pasaría aviso a la priora para tenerle presente en nuestras oraciones, mas la madre no se rendía fácilmente sino que dio en decir, insistiendo mucho en ello, que a la criatura sólo la habían de sanar las manos de la santa.

Así supimos por primera vez cómo la fama de mi hermana se iba fraguando, extramuros, en la ciudad bien dispuesta a creer que aquellas manos que la mujer pedía, habían traído el agua de las nubes y alejado la pasada pestilencia.

Con tales nuevas la ira de la priora fue en aumento. Apenas se dirigía a nosotras y las dos le pagábamos en la misma moneda contando conque el tiempo corría a favor nuestro. Quiso el Señor que la criatura sanara a los pocos días, quien sabe si por

suerte o devoción y la madre arreció en su fe pregonando a quién debía tal acontecimiento. El caso fue que desde entonces no hubo día en que no nos visitara gente de toda índole, humilde sobre todo, con mucho fervor y en número tal que en ocasiones llenaban el portal desde la entrada al torno.

Eran vanas las órdenes de la superiora, los esfuerzos de la portera por mantenerla en silencio, por tratar de contentarla. En un principio creímos todas que los tiempos de la abundancia habrían vuelto definitivamente tras de tantos quebrantos, aquellos días de dádivas y ofrendas cuando la casa rica en viñas y tierras era toda bienestar y abundancia. Pero bien presto vimos que nos equivocábamos. Aquella turba, cada vez más crecida, venía a nosotras con las manos vacías. Ni siquiera el convento les llamaba. Tan sólo la presencia de mi hermana y sus manos capaces de sanar los males, barrer la peste o salvar las cosechas. Sólo por verlas, tocarlas, besarlas, estaban allí, cada cual con sus penas auestas, algunos con su última esperanza en los ojos; otros, venidos de más lejos, con las huellas de algún terrible mal, con su aspecto miserable, lanzando contra el torno su dolor y sus quejas. No venían a dar sino a llevar, no era la suya una actitud sumisa como antes, sino más hosca y agria cada vez que la priora les cerraba las puertas. Así aquella devoción primera se fue tornando en ira poco a poco, hasta estallar un día en la capilla.

Cierta mañana, al terminar la misa, vimos cómo de pronto se volvían quizá acordados sobre el caso y como a toque de campana, se acercaban hasta la red que separaba a la clausura. A pesar de lo grueso de las rejas, mi hermana y yo alcanzábamos a distinguir aquellos rostros mezquinos, desmedrados, insumisos ahora.

—¿Está la madre ahí? Dejen que se acerque, vuestas mercedes.

—Sólo las manos. Que podamos tocarlas.

—Que cure estas tercianas.

—Encomiéndenos al Señor. Salve a este pueblo miserable.

En vano la priora trató de convencerles de que mi hermana no se hallaba entre nosotras. Unos alzaban sus hijos sobre los hombros, otros volvían en el aire sus ojos cegados palpando con fe firme los hierros, buscando a tientas asidero a su milagro.

—No está aquí —clamaba la priora—. La mandó a llamar el provincial.

—No es verdad —respondían—. La tienen en su celda castigada. El Señor no lo ha de perdonar.

Mi hermana y la comunidad entera, callábamos, asistíamos a aquel juicio de Dios, curiosas por saber que fin tendría. De pronto una voz se alzó sobre las otras.

—Yo la he visto en la huerta esta mañana.

Y como un eco sus compañeras volvían a la carga, más tenaces, sonoras y encendidas.

—Deje vuesa merced que vuelva.

—Digo que no puede ser. ¡Ea, acabemos! O cerraremos para siempre la capilla.

Fue la priora a echar la cortina que cubría la red pero no lo consiguió sino a medias. Poco a poco, tal como luchan los condenados por salir del infierno, vimos aparecer entre los hierros un alud de manos que cayendo sobre los paños, a punto estuvo de rasgarlos. Un rumor sordo cubría aquel aliento hostil, aquel murmullo amenazante.

—¿Ya no se acuerdan de cuando esta casa vivía de nosotros?

—No nos echaban entonces a la cara la cortina.

—¿Es esto caridad, hermanas?

—¿Quién alejó la enfermedad?

—¿Quién hizo que lloviera?

—Dicen que ni come ni bebe. Que sólo comulgando se alimenta.

—Que tiene pacto con Su Majestad.

—Que la acompaña la Virgen María.

Mas si las voces no se apaciguaban, la priora tampoco se rendía. Esperaba que aquel fuego se consumiera en sí y cuando los gritos se fueron apagando, mandó echar la cortina definitivamente, cerrando de improviso la puerta. Cuando la iglesia estuvo vacía del todo, tras despedirnos con un gesto, se quedó a solas, de hinojos como solía. Parecía implorar la ayuda del Señor y viéndola allí inmóvil, y a pesar de sus años, tan altiva y tan recia, me preguntaba si no adivinaría la verdad, hasta dónde llegaría su malquerer hacia nosotras y el duro trance que sería preciso afrontar, al menos en lo que a mí atañía, cuando tuviéramos que confesar la verdad, ocasión que, a medida que el tiempo pasaba, se me antojaba más forzosa y temida.

Vino el invierno al fin. Volvió esta vez muy bravo, enfurecido, dispuesto a ganar a la seca por la mano, de tal modo llovía. Rebosaban los manantiales, bajaban los arroyos colmados de la sierra, picaba el agua las lagunas de sendas y carrales, arrancando broza y adobes, musgos y jaramagos. El viento, tibio al atardecer, empujaba negros ejércitos de pesadas nubes que chocando entre sí como redondos pedernales, alumbraban el cielo con repentinas luminarias. Era otro día del juicio, pero no seco, silencioso como antaño, sino sombrío y retumbante, campo de lid, de cajas y atabales. Los pájaros buscaban cobijo ruin en aleros y tejados, se les veía sacudir las plumas, espantando el agua, buscando refugio lejos de sus nidales. Las hermanas miraban las entrañas del cielo, las contadas rachas de luz que desde lo alto venían a apagarse sobre la llanura. También ellas esperaban algo. No salud ni cosechas, sino alguna merced mayor que salvara a la casa de aquella ruina ahora más notoria, de techos al aire y claustros inundados. Nuestro mundo pequeño de tejas rojas y adobes carcomidos sonaba, suspiraba, sollozaba, al compás de la lluvia, según las gotas iban lavando, gastando, derrumbando cercas y muros, sacando al aire el cañizo y la cal, hinchando las paredes manchadas de humedad, abotargadas. Aunque

no apareció la nieve, vino aquel viento helado, cruel, desapacible, castigándonos a toda hora, en especial a la hora del rezo y las meditaciones.

Aquí, a solas, anda mi alma necesitada preguntando ¿dónde está? Grave tormento recordarla, que acrecienta el deseo tanto y de tal modo que, a no ser por la eterna esperanza de hallarla, perdiera el sentido y hasta la razón olvidando el lugar donde residio. Recio martirio este que no admite pensar sino en ella, que lanza fuera de mí todo cuidado y amistad hacia las otras de la casa por más que sean hermanas también, amigas, compañeras.

Sufriendo así, en tal estado, el corazón no entiende, ni quiere sino ir a su encuentro, sólo desea unirse una vez más con el suyo en cuerpo y alma, dejando a un lado temores y rechazos.

¡Quién pudiera hallarse ahora a su lado, bajo esta lluvia que todo lo lava, en estos días en los que el alma sueña, juntas las dos hasta el ansia de la muerte! Su imagen, su memoria, su voz que a veces resuena en el claustro, charlando, dialogando con las otras, me deja seca la garganta, las rodillas vacías y las manos tan yertas que es imposible volverlas a juntar, sobre mi pobre cuerpo castigado.

A veces pienso que si su fama crece y la gente sigue acudiendo a pesar de la lluvia y las labores, pronto nuestro negocio hablará por su boca, desatará sus hilos, llegará a su fin, quién sabe cómo pero definitivamente. Ahora va hacia adelante. Es verdad que aumentaron las limosnas, pero con los caminos cerrados para recuas y carros, sólo gente de a pie viene a ver a la santa que apenas aparece. Seguramente se guarda su favor para mejores peregrinos, para labriegos ricos, hidalgos y señores, mas cuando pienso que con ellos, a poco que el tiempo escampe, puede llegar también nuestro padre visitador, ya me siento morir ante tan duro trance.

Bien podría olvidarla, borrar de mí este amor que me impide velar, dormir, rezar mis oraciones. Quizás tornando a amar a las demás pudiera mejorar mis ánimos. La virtud, el cariño, el genio presto y decidido convida a acercarse a ellas, mas si comparo sus manos con aquellas manos vencidas, su piel con aquella otra piel magullada por el abrazo cruel de las feroces disciplinas, pronto mi corazón no duda, presto se inclina de su parte.

Así quedo yo a solas flotando en el aire, inquieta por su incierto porvenir, temiendo, sollozando. ¿Qué haremos si la gente sigue llenando nuestro portal, el locutorio y la capilla? ¿Hasta dónde llegaremos? Ahora en diciembre, con la pausa del frío aún se puede callar, hacer frente con mentiras piadosas, mas cuando febrero traiga otra vez los días templados, se correrán las voces y las gentes acabarán multiplicándose. ¿Qué hacer entonces? ¿Qué decirle al visitador cuando llegue? Como esas fuentes que al nacer, sólo son un reguero entre las lávanas, pero que luego riegan huertas y valles, saltando sobre el adobe de las cercas, así va nuestro negocio a

medida que el tiempo va pasando. Crece, medra, se revuelve y a buen seguro acabará con nosotras si en plazo breve no nos ponemos a salvo. O quizás no es tal negocio, ni tal simulación. Puede que aquellas llagas urdidas, maceradas, sean ya tan verdad como mi hermana dice, nacidas en un sueño, señales del Señor, pues en un sueño vivimos y medramos.

En las noches tan largas de este invierno tan húmedo y contrario, después de tanta sequedad, esta lluvia tardía a un tiempo azota y se lamenta, llenando de voces la sala capitular, dejando oír a lo lejos el paso del demonio que ha de andar como siempre a su cosecha. Se le oye bufando, huyendo, siguiendo el camino de cuanto vive o huye acá extramuros, o al otro lado, en la vega, entre los álamos. Vida esta dura y miserable. No hay contento seguro ni cosa sin mudanza, ni verdad en la que descansar, salvo el amor que, día a día, me atormenta y acosa.

Aquella noche me pareció que el demonio o el viento me empujaban una vez más hacia su celda, me hacían tomar la capa como en invierno solía y me llevaban pasillo adelante por el camino de costumbre. No iba yo tan alegre y sofocada como en otras ocasiones. El desvío de mi hermana, aquel mirar de lejos sin mirar, su manera de hablar ahora más fría y despegada, su no solicitarme como antaño, iban clavando en mi alma un aguijón de olvido que, poco a poco, se hundía atravesándola.

Era una dulce espina, amarga a ratos, que allá en el coro llegaba a rezumar melancolía. Viéndola en su sitial vecino al facistol tan seria y grave, en tanto las demás murmuraban torpes salmos entre continuas cabezadas, parecía distinta,alzada sobre un trono, elegida por el dedo del Señor, sobre nuestro rebaño revuelto pero aún obediente a la voz de la priora.

Si aquellos que tanto luchaban por verla en la capilla hubieran llegado a contemplarla entonces, hubieran dado la vida por ella como yo misma, se hubieran arrojado a sus pies tal como yo ahora deseaba. Según me abría paso en la oscuridad camino de su celda, el viento arrancaba a tirones los postreros jaramagos derribando con riesgo, restos de cal y pedazos de tejado. Las nubes galopaban barriendo los remates de las galerías, los ojos hueros de la ruin espadaña, haciendo resonar su grave bronce. Era un viento retador, afrentoso, como si el mismo tentador buscara con sus manos, brazos y piernas a través de los pliegues del hábito.

De pronto, allá en un rincón, entre las madreselvas ateridas, acerté a distinguir el blanco vuelo de una capa; la fui siguiendo y poco a poco, paso a paso, llegaban otras a su encuentro buscando amparo en muros y pilares, lejos de aquellas ráfagas que azotaban los arcos. Iban todas luchando con el viento, recelando quien sabe qué peligros, murmurando entre dientes quien sabe qué secretos.

Dividían en dos la oscuridad, las tinieblas del claustro como bandada de palomas guiada por un afán que no pude adivinar, mas que me maliciaba de parecido destino

al mío. Así me puse a su huella, luchando contra el mismo viento, procurando escuchar alguna vaga razón, preguntándome el porqué de aquel cónclave secreto, hasta que fui entendiendo la materia del asunto.

Según escuchaba, según iban llegando voces, palabras y ecos, veía yo más claramente que todo aquel negocio hacia el cual tan en silencio caminábamos, debía de tener alguna relación con el relevo de la madre que hasta entonces había regido nuestros destinos en la casa.

Por tal causa se nos prohibía charlar, juntarnos a la hora de la siesta, hablar durante el tiempo de labor, leer a escondidas o salir de la celda antes de los maitines. Era tiempo de reflexión se nos decía, de unión con Dios que habría de iluminarnos el camino de una más justa decisión en el día de las votaciones.

No convenía que las más veteranas influyeran en las más jóvenes. Sólo el bien del convento importaba antes que el propio bien, que el mezquino beneficio y así, sin otro consejero que nuestro propio sentido y razón, deberíamos elegir a aquella que habría de mandarnos en tiempos venideros.

Bien claro descubría yo ser aquélla y no otra la causa de aquel peregrinar, entre truenos lejanos y amagos de relámpagos. Más aún, cuando a poco, las que nos precedían hicieron alto ante una de las puertas, mirando a todos lados como despiertas centinelas. Sus miradas secretas debieron de tranquilizarlas pues a poco, llamaban levemente con los nudillos en la madera.

La puerta se abrió tan silenciosa como nuestros pasos. Dentro, a la mezquina luz de aceite que llenaba de sombras los rincones, alcancé a distinguir tantos rostros que la comunidad parecía multiplicada. De las más viejas a las apenas conocidas, apoyadas unas en otras, fundidas, apretadas, parecía presente allí toda la orden en el día del Juicio cubriendo muros, ventana, alfombrilla y puerta.

Viéndome allí entre ellas, ajena en realidad, extraña y forastera, sentí que algún recelo grave me asaltaba de pronto en tanto acechaba a las otras. Caída de improviso sin ser invitada, con tantas miradas, gestos y silencios pendientes de mí, de nuevo sentí en mi interior la falta de aquella que me daba vida y fuerza en trances parecidos.

Pero nadie dijo palabra alguna; las que miraban olvidaron al punto mi presencia y como quien ya sabe la razón principal del negocio a tratar, volvieron a sus razones meditadas, a sus susurros tenues. Ajenas al temporal y los relámpagos charlaban, discutían, trataban de llegar a una especie de acuerdo encaminado a sacar a mi hermana por nueva priora en las ya cercanas votaciones. Una tras otra iban saliendo a la luz de aquel oscuro tribunal sus virtudes y méritos, su vocación, sus caridades y finalmente la gracia con que Dios Nuestro Señor la asistió en los últimos meses.

Y una vez más callé; el demonio selló mis labios susurrando en mis oídos palabras de amor, voces, recuerdos de la santa, trayendo a mi memoria aquellos beneficios de que solía hablarme cada día. Triste de mí, en silencio, pecadora,

asintiendo, admitiendo tan grave razón en la que yo misma andaba comprometida.

Cuando al fin, casi sin discusión, aquel oscuro palomar de capas blancas y oscuras estameñas se vació en el silencio espeso de la noche, yo abandoné la celda entre las últimas. De nuevo el corazón se disparaba, otra vez la razón me acusaba pero el demonio soplando en mis oídos su consejo enemigo, quizás para perdernos a las dos, me obligaba a callar una vez más, a seguir adelante con las otras, a un tiempo confundida y olvidada cuando ya la mañana iba alzando el telón de las nubes sobre los muros rotos de la huerta y la acequia.

Llegó el tiempo de la elección, a la vez tan temida y deseada. Unas tras otras ocupamos nuestro sitio en la sala capitular, fuimos quedando en silencio a la espera del sermón de la priora. Atrás quedaban días enteros de cabildeos, pactos y discusiones. Incluso dos hermanas llegaron a las manos por causa de si la santa sería digna o no de regir la casa, de si la vieja priora era causa principal de nuestra ruina ahora, de lo herido y maltrecho que andaba nuestro patrimonio. La una decía que los años y los males le habían vuelto soberbia y perezosa, que olvidaba a menudo cobrar los diezmos de predios y dehesas que, siendo nuestras, por su desidia se perdieron.

Sus sacristanas, es decir sus amigas y abogadas, en vano a su vez arremetían acusando a la santa de embaucadora y milagrera, pues en su mayor parte las de menos edad estaban a su lado.

Tales razones fueron causa de recias bofetadas. Una de las más partidarias de mi hermana llegó a sangrar de las encías a causa de sus acusaciones, en tanto las de más edad reconocían que nunca hasta entonces se habían visto y dado en la casa tantos rencores ni desmanes tales. Pero la empurpurada, con los labios sangrantes y la luz de sus ojos hecha fuego de enojo, se había alzado del suelo y como quien ha sido largamente aleccionada, respondió vivamente que la priora, quienquiera que fuese, estaba obligada a rendir cuentas cada año a la comunidad, cosa aún por ver desde los días en que la antigua salió elegida.

A su voz quebrada, rota en pedazos por exceso de razones, se unió pronto un rosario de protestas: que la priora había vendido tierras de la comunidad, anticipando sumas a cuenta de obras que jamás se realizaron, tomado decisiones que alteraban la paz de la casa. Como bandada de cuervos blancos se abatieron sobre aquella mujer que, vieja y todo, no debía de ser tan mala superiora como sus hijasregonaban. Sus miserias ocultas y sus faltas pequeñas fueron sacadas a la luz, estudiadas como las entrañas de un enfermo, tendidas al sol, desde las más cercanas hasta las más remotas, olvidadas de tan viejas.

Hasta vino a desenterrarse el viejo pleito de aquellas navidades en las que autorizó unos pasos de baile con que honrar el nacimiento de Jesús, acordados con unos comediantes que, vestidos de reyes y acompañándose de laúdes y guitarras,

vinieron con algunos vecinos de la ciudad a traernos un poco de alegría en fecha señalada por el Señor como tiempo de gozo. Eran tiempos más propicios entonces, con el convento rico, mejor aparejado, con grey más numerosa. Eran los años primeros de la priora, tan vieja ahora, pero ni aun así parecían dispuestas a perdonárselo. El diablo —decían— es el padre de todas las danzas y la carne su madre. Uno y otra procuran arrastrar con ellas a los mortales y por tal causa siempre fueron prohibidos en la comunidad, sobre todo en presencia de seglares.

Oyéndolas, me preguntaba yo de qué virtud especial gozaba mi hermana para lejana, grave, muda, sin razón alguna a su favor, ganar así las voluntades de las otras. Qué secreto valor encerraban aquellas manos por mí rotas, capaz de desatar tan secretos agravios, antes de comenzar las votaciones. Seguramente y aparte de mí, tan sólo dos personas en la casa estaban seguras, cada cual a su modo, de conocer la verdad; aquellas dos que a ambos lados de la mesa, donde tendría lugar el recuento de los votos, aparentaban no mirarse, ignorarse, pero que frente a frente, ponían en la lid, unido a su desdén aparente, un afán escondido de dominio.

La primera en llegar fue la priora con cuatro o cinco de sus fieles y su hermana de confianza, aquella que le ayudaba y asistía cuando las fuerzas le faltaban. A pesar de los años, y los graves negocios de los últimos meses, era su caminar altivo y ordenado y aun ayudándose siempre de su negro bastón, parecía poco dispuesta a abandonar su puesto y magisterio a pesar de sus graves achaques y del nuevo rencor de sus pupilas. Se acercó por su paso, sin ayuda alguna, hasta su sitial y apartando de sí el puño de plata se arrodilló solicitando de lo alto, luz para todas en ocasión tan principal. Algunas de las presentes oyendo aquellos ruegos, viéndola tan sumisa, hundida de rodillas en el polvo del suelo, pensamos si no sería decisión miserable apartarla de su grado, relegarla para los pocos años que aún pudieran restarle, a la común condición de las otras hermanas de su edad, al oscuro rincón de las cosas inútiles. Viéndola allí, como quien dice a nuestros pies, con el rostro invisible cubierto por la toca y las manos, se diría que pedía no por sí misma, sino por la comunidad, por sus hermanas amigas o enemigas, porque la paz no se rompiera, porque siguiera como hasta entonces por unos años más, quizás hasta la hora de su muerte. Y yo, a la vez, también me preguntaba si toda aquella piedad era sincera, si sus ruegos no nacerían de su orgullo, si realmente serían capaces de borrar en el ánimo de las demás hermanas tanto abandono y desatención, tanta penuria de las cosas más pobres como para tener que vivir como quien dice de limosna yendo a comer aquellas que podían a casa de sus parientes en la villa.

A poco se alzó y quedó sentada orando, dejando pasar las cuentas de su negro rosario entre los dedos deshechos por la humedad, los rezos y los años. Un rumor menudo, intermitente, era la voz de su oración apenas musitada, pues sus labios apenas se movían; era una voz de espera, tal vez de ira contenida en tanto su rival se

demoraba y los ojos de todas apuntaban en la penumbra a la puerta entreabierta.

De pronto la voz de la priora se contuvo; quedó el rosario inmóvil y el ánimo de todas pendiente del umbral que ya se animaba con otros pasos, con murmullos nuevos.

La puerta se oscureció y una tras otra, fueron pasando aquellas que faltaban, como cortejo humilde y silencioso, rebaño fiel bien distinto del que yo conocí en noches anteriores. Envueltas, defendidas en sus capas, nadie diría que poco antes todavía se enfrentaban tan vivamente con las allí presentes, nadie sería capaz de imaginar sus airadas amenazas, incluso aquella lucha de gañanes, con las tocas revueltas y el honor por los suelos. Viéndolas tan sumisas y ordenadas cualquiera esperaría una elección tranquila como tantas, con sus votos secretos ya sabidos de antemano, una tranquila sucesión en el cargo más por razones de salud y edad que por otro cualquier motivo violento.

Sin embargo aquella causa principal capaz de echar por tierra la concordia de la casa aparecía ya, recién llegada, en medio de las otras, con sus manos vendadas y el velo sobre el hombro mostrándonos así su rostro verdadero. Era ese rostro que yo antes conocía, que tantas veces tuve entre mis manos, más pálido y delicado ahora, con un gesto de orgullo vivo y valiente como reina entre damas según venía a su sitio entre el revuelo de sus compañeras.

También ellas rezaron aunque por breve rato. Luego sin darles tiempo apenas a sentarse, murmuró la priora:

—Está bien; empecemos.

Lanzó una mirada en torno como pastor atento a su rebaño y cruzando los dedos como una piña urdida y prieta entre sus manos comenzó:

—Señoras, madres y hermanas. Me parece que sobran los discursos. Todas sabéis la razón de hallarnos reunidas. Hace tres años me volvisteis a elegir por cuarta vez priora de esta casa nuestra y en tal plazo he procurado siempre servirla y servirlos en la medida de mis fuerzas...

Se interrumpió por un instante, meditando las palabras que vendrían luego. Nadie expuso razón alguna en contra, ninguna de las acusaciones explicadas tan prolijamente en aquellas nocturnas reuniones. Nadie prestaba demasiada atención a aquel discurso que todas conocíamos, puro adorno y ceremonia, prelude de la votación en la que habrían de medirse realmente las fuerzas, a favor o en contra de la superiora.

—... Pero el tiempo pasa más a prisa de cuanto esperamos. No hay plazo que no cumpla, ni tiempo que perdone. De igual modo no existe contento seguro, ni razón sin mudanza. Tres años no son nada, aunque en estos últimos tiempos hayan sucedido en esta nuestra casa hechos fuera de lo común y en cierto modo extraordinarios. Pero ni ellos ni ninguna otra razón ajena al bien de la comunidad debe guiar la decisión

que vamos a tomar ahora. Aquí estamos para elegir nueva priora; una priora digna, capaz y piadosa que sepa llevar las riendas de este rebaño para gloria de Dios y mejor honra de todas.

Se adelantó unos pasos hasta el centro de la sala donde se hallaba depositada la caja de madera y tras de la oración acostumbrada, fue pidiendo los votos. Uno a uno fueron llegando y a cada nombre que leía, el color de su cara se hacía más claro y sus dedos menos diestros. Una voz pidió que se leyeran en alta voz las votaciones pero no fue preciso; a media elección ya la santa era nueva priora, entre el gozo y el batir de palmas de sus sacristanas. Las otras como cercadas y abatidas habían formado corro en torno de la antigua, a la sazón tan iracundas como ella. Por un instante temimos un nuevo enfrentamiento, preludio de batalla, como días atrás, pero al fin todo quedó en denuestos aunque eso sí, bien graves, más propios de rufianes, en tratar de mentirosa a mi hermana y en torpes amenazas de denunciarla al obispo, si no renunciaba. Pero ella ni las temía, ni parecía escucharlas. Por el contrario, muy tranquila y segura entre sus partidarias, por encima de todas, lejos de mí que no osaba acercarme, daba gracias a Dios por tan inesperado honor tanto tiempo deseado.

Desde entonces muchos días transcurrieron en los que mi alma anduvo cansada y mortecina. Su nueva ausencia me partía el corazón dejándome tan afligida y sola que ni oración, ni coro, ni labores, eran capaces de hacerme olvidar aquel nuevo y pesado purgatorio. El amor, como el fuego, cuando es grande no se apaga tan presto, antes crece en los trabajos y adversidades pues cuanta más fuerza se pone en acallarle, más se agranda y hace profundo sin que valgan lamentos y oraciones. No es palabra vacía, sino dolor, crudo tormento y desamparo.

Así eran vanos mis esfuerzos y pasión, ni aventajaba nada maltratando mi cuerpo cuando ya mi alma andaba macerada. Con sólo cerrar los ojos presto se me aparecía, vestida con los atributos de su nuevo rango, haciendo gala de su reciente jerarquía. Su nueva dignidad me hacía a la vez gozar y sufrir como antaño su hermosura, comenzando a tenerla por santa verdadera, capaz incluso de todos aquellos milagros que la gente extramuros cada vez le pedía con mayor insistencia.

Viéndola tan apartada de mí como deben de estar los elegidos del Señor de los demás mortales, di en pensar que sería mejor dejar a un lado aquellos caimientos de mi corazón y enfrentarme con ella como antes.

Esta vez acudí a su celda a pleno día, a la hora en que las demás andaban en la huerta. Fui a llamar a la puerta como solía pero un rumor de palabras violentas me dejó muda y quieta. Al otro lado reconocí la voz de la antigua priora enfrentada a mi hermana, enojadas las dos como si entre ambas hubiera estallado por fin aquel secreto rencor tanto tiempo madurado. Según llegué a entender la santa había sorprendido a la priora buscando algo entre sus ropas y le había ordenado salir de la celda, pero la

anciana se resistía. A medida que las voces se alzaban, según mi hermana la amenazaba y maldecía, las palabras de la vieja priora se volvían más lentas y villanas cargadas de pasión, lanzadas para herir más que cargadas de pruebas y razones. Pronto entendí lo que andaba buscando: aquel cuchillo pequeño con que yo misma di comienzo al engaño, puede que el medio de impedir que más tarde se cerraran y a su furia por no hallar nada que probara sus sospechas, venía a unirse la vergüenza de haber sido sorprendida.

—Yo digo a vuestra caridad —clamaba— que no ha de ver esta elección confirmada. Yo misma escribiré al provincial. O poco valgo o he de verla rea de excomunión por mentir ante Dios y las hermanas.

—En lo que a mí concierne, puede tomar la pluma ahora si ello le place. La elección ha quedado confirmada y ni el provincial ni una nube de preladados serán capaces de borrar lo que los votos decidieron.

—Haré que la destierren a otra casa.

—¿Tanto le duele verme en ésta?

—Me duele que se engañe de este modo a la comunidad.

—Esas palabras ni me ofenden ni me dañan. Es más; se las perdono de buen grado. No tengo tiempo que gastar ahora escuchando amenazas. En tanto, vuelva con las demás hermanas.

Todo quedó en silencio al otro lado. Luego llegó a mis oídos un rumor de lamentos sofocados. Temerosa, impaciente, empujé la puerta. A mis pies se hallaba la priora como pintan al demonio a los pies de Nuestra Señora, rota, llorosa, envuelta en polvo y lágrimas. Viéndome ella a su vez, apenas supo levantarse con hartazgo, rechazando la ayuda que le brindaba. Se sacudió el polvo del hábito y tornándose a tocar y a amenazar con la mirada a mi hermana que parecía olvidar ya aquel enfrentamiento lo mismo que las palabras anteriores.

—Toda esta farsa de sus llagas durará bien poco —murmuró alejándose—. Aunque me sea preciso recurrir a Roma.

Luego sólo escuchamos sus pasos borrándose y más tarde, como siempre, el rumor de la acequia y las voces lejanas de la ciudad que llegaban en el viento. De nuevo frente a frente mi hermana y yo, no sabía si abrazarla como antaño o si su nuevo cargo nos separaba aún más que los días anteriores. Pero ella viéndome dudar, rompió aquel mudo protocolo y viniéndome al encuentro, echó sus brazos en torno a mí, cuidando de cerrar la puerta. Muy contenta me dijo cuán orgullosa y satisfecha estaba de mi modo de guardar nuestro secreto, de cómo andaba nuestro común negocio capaz de prosperar y alzar hasta las nubes a la comunidad, capaz de procurarnos toda suerte de favores.

Por primera vez desde mucho tiempo atrás la veía contenta y animada y para mi desgracia, dispuesta a seguir su camino adelante.

Me contó que desde tiempo atrás, desde que era voz común el asunto de sus llagas, el alma le vacilaba en dulces arrebatos. Quedaba como ausente y tan ajena a todo, que apenas distinguía en torno ni los rostros de las demás hermanas, ni otra cosa que sus propias manos. Así pasaba días enteros, como perdida la razón, en medio de una gran soledad, con el alma sin volver en sí, presa de dulces arrebatos.

Yo pensé que sería obra del gran embaucador, siempre a vueltas con sus alucinaciones, que nunca ceja y que ahora aprovechando los duros tiempos que el convento corría, intentaba de nuevo separarnos. No bien dije tal cosa, de nuevo vino a mí, ahora sollozando y una vez más en aquel rincón de paz, volvimos a encontrarnos, a ser una las dos, renuevo de pasión inmarchitable.

El mundo se borraba, el claustro huía, el ansia apresurada de mis pulsos y sienes tanto tiempo escondida, parecía romper sus cauces naturales al son oscuro de su respirar, al compás de su dulce y tenue roce. Mi alma enferma de amor buscaba en el templado refugio de sus brazos, su habitual medicina, su razón principal que la elevara de los otros amores terrenales. Nada esta vez me detenía, ninguna red o puerta me estorbaban. No era carga pesada ya mi carne sino vuelo liviano en busca de nidal donde sembrar caricias y ternura. Cuerpo y alma se unían, regalaban, en un juego secreto que como duro dardo, nos alzara y uniera de por vida.

El recuerdo de tantos días lejanos ya, de tantas noches en el suplicio de la espera, se alzaba en torno, no penoso y violento sino alegre y amable, fundido en la persona de la santa. Allí a sus pies determiné servirla, obedecerla, noche y día en el tiempo que viniera.

Luego vino una paz tranquila, sosegada, un reposo del cuerpo, un despertar del alma como el que debe sentirse en el cielo. Pero así como el alma alzada en el amor, por encima de olvidos y quebrantos, viene pronto a caer en este valle de miserias, así volvía la conciencia a acusarnos, echándonos en cara aquel amor feliz, aquel tiempo afortunado. ¿No era ofender a Dios gozar sin sufrir, sentir sólo el lado feliz de nuestra carne miserable? Grave pecado parecía hacerle compartir nuestro amor en el dolor, nuestro placer en el castigo de la carne. Sólo así llegaríamos —acostumbraba a predicar la santa— a compartir esa unión tan deseada con aquel que, siendo padre y siervo nuestro, sufrió pasión y lágrimas, amando y padeciendo.

Así otra vez como tantas, sin murmurar palabra, mi hermana se inclinó sobre el lecho. Una vez desnuda su espalda desde la cintura donde asomaban las puntas del cilicio, me tendió sus disciplinas de cáñamo, suplicándome que procediera como de costumbre. Y otra vez como tantas, como cuando la antigua priora nos condenó a castigo parecido, aquella tierna carne suya y mía, jardín de gozo, camino de dolor, se iba volviendo campo de surcos rojos. A cada golpe, cuerpo y lecho se estremecían; yo misma cerraba los ojos sintiendo en mí el dolor de los finos ramales, su rastro amoratado que tanto tiempo duraría en aquella suave carne. Y sin embargo, poco a

poco, crecía la furia de mi brazo. Era luchar amor contra amor, dolor contra dolor, mortificar, aborrecer su cuerpo para hacerle nacer de nuevo, raro placer, vano castigo a la espera de sentirlo en el mío, de aquellas manos aferradas a la madera del jergón luchando por aguantar inmóviles el sordo murmurar del castigo en el aire.

Cuando el rojo cáñamo se volvió contra mi espalda, cuando las manos de mi hermana se convirtieron a su vez en deleite y verdugo de mi carne, ambas a dos quedamos más unidas en gozo y alma que antes, fundidas en un solo sollozo, como llama de amor que nos llevara más allá de este mundo de mortales.

Después mi hermana se acercó al quicio del ventano que daba a la muralla y de entre el polvo sacó un puñado de vidrios rotos y afilados. Se los llevó a las palmas de las manos y por unos instantes estrechó éstas, cerrándolas como en oración hasta quedar exánime. A poco, un hilo oscuro corría entre sus dedos mezclado al polvo, convertido en río de lodo o manantial de sangre. Luego volvió a guardar su arma escondida en el alféizar y de nuevo, juntas las dos y las vendas en su sitio, vestidas, sosegadas, nos alejamos en silencio cómplice por el camino que señalaba la campana.

## Capítulo IV

En los primeros tiempos después de la elección, poco cambió la vida de la casa. En cambio sí creció la gloria de mi hermana. Iban a más visitas y regalos, nunca faltaban devotos al otro lado del torno y en ocasiones grupos bien apretados que pedían algún recuerdo, un fetiche, un retrato de la santa. Ella a veces les favorecía con su presencia, a veces dialogaba con mujeres y enfermos, mas todavía se negaba a ser tocada con medallas y cruces o a prometer salud, a riesgo de desengaños.

Sin embargo aquellas navidades fueron ya diferentes. Aun sin poner remedio a techos y ventanas, llovían sobre nosotras, frutas y carnes, vino dulce con tiernos mazapanes que nos hicieron volver a más felices épocas. Hasta la iglesia volvió a verse tan animada como antes. De la ciudad llegaban como en peregrinación, apretadas hileras, devotas caravanas, en parte por cumplir sus devociones y a la vez con la esperanza de ver, aunque fuera de lejos a la priora nueva, cuya fama de recta y milagrosa crecía presurosa día a día. Llegaban pobres y nobles, enfermos y sanos, gente de a pie y humildes azacanes. Cada cual en demanda de su gracia, en busca de salud perdida a lo largo de meses de tercianas.

Como viento de enero, medroso y constante, llegaba toda aquella vencida tropa, soportando el aliento de la nieve, alzando hogueras con que secar ropas y huesos y a la vez sitiándonos en espera de mercedes. Los más acomodados solían recibir pronta respuesta volviendo al anochecer a su hospedaje, siguiendo luego hacia cualquiera de los cuatro vientos, pero los otros, que eran los más, quedaban extramuros, muchos temblando de fiebre, arropados unos con otros, aguardando estremecidos a que mi hermana se mostrara, para tocar su ropa siquiera fuera por un instante, oír su voz, tentar, asir el firme filo de sus manos que harían hablar a los mudos, conocer a los ciegos y alzarse a los tullidos.

Cierto día muy de mañana recibimos una visita inesperada. Pronto corrió la voz y unas con risas, otras con lágrimas, supimos que sumisa y dolorida como hija pródiga, había vuelto aquella motilona compañera mía del viaje a casa de mi padre. Venía desconocida y rota como recién salida de necias aventuras, abandonada según supe después, de aquel fraile procaz que nos la arrebatara. La portera apenas la reconoció, ni la vieja priora, ni mi hermana la recién elegida, ni yo misma, tal era su apariencia desatendida y tosca. Nunca se vio tal desventura. Todo fue humillarse, llorar, caer de bruces ante la santa suplicando se la volviera a admitir de nuevo. Era cosa digna de ver el humor y la extrañeza de las otras, no sabiendo qué graves faltas rogaba se le perdonasen, qué nueva absolución venía a demandar de nuestro confesor y padre.

Yo nada había dicho. Sólo muy a la ligera y como de pasada que allá quedaba en casa de sus padres, mas las hermanas, sin saber por qué, parece que adivinaban sus necios avatares y una vez conocidos, gozaran recordándolos. Le llamaban la nueva

Magdalena, huida al desierto para lavar sus pecados, para gozar a solas contemplando a su Amado. «¡Qué dulces ratos —le decían alzando la voz a sus espaldas—, qué alegres sobresaltos entre riscos y breñas! ¡Qué recias noches, tan vecina al cielo, desnuda de carne mortal, durmiendo en las moradas celestiales!».

Mi amiga motilona no sabía si reír o lamentarse, tan avieso era el tono de las otras, tan de burla sus gestos, tan llenos de caridad en apariencia. Se la volvió a admitir encomendándole los trabajos peores: barrer lo que ninguna barría, vaciar lo que ninguna vaciaba, aligerar, lavar las bacinillas que dan alivio a las enfermas. Todo lo aceptó sin queja alguna, sin ninguna protesta, ni siquiera cuando las compañeras, teniéndola cerca de sí, con un golpe imprevisto, derribaban por tierra el caldero del agua, volvían a pisar los recién fregados suelos o cruzando a su lado disimuladamente, dejaban caer polvo y terrones sobre la ropa puesta a secar en los árboles de la huerta.

Cada una de aquellas pruebas era para ella batalla silenciosa que ganaba humillándose más, hundiendo entre los hombros la cabeza, fregando, sacando lustre a pomos y candelabros, ajena a las palabras, como reconfortada por tanto sacrificio.

Cierto día compadecida de tan ruda y continua penitencia le pregunté si extramuros no viviría mejor, olvidando sus malos pasos anteriores. De todas formas no todo el mundo era como su amigo el fraile; aún debía quedar gente piadosa con la que unirse y servir al Señor sin tener que sufrir castigos tales. A fin de cuentas aún no tenía cumplidos sus votos mayores y por tanto era dueña de marcharse.

Mi buena motilona hizo un alto en el camino a la cocina antes de contestarme. Descargó el haz de leña que llevaba y alzando apenas los ojos, murmuró:

—Por mal que aquí me traten, no volvería otra vez a ese mundo de fuera aunque tuviera que juntar al día cien cargas como ésta. Mejor oficio pobre que vida ruin. En todas partes nace gente vil pero en mis días no encontré ninguna peor que aquel fraile que vuestra caridad conoce.

—Sin embargo, en aquella ocasión no se lo parecía.

—Es verdad, como necia que soy, pero incluso los necios escarmientan. Miseria por miseria, según viene la edad y la experiencia, cada cual sabe en donde su zapato le aprieta. En cuanto al fraile que dice, espero que el Señor no le haya perdonado y a estas horas se pudra en los infiernos.

—Eso, hermana, es faltar a la caridad.

—¿Caridad, dice? —se volvió de nuevo, esta vez más airada—. ¿Es caridad reunir en torno un rebaño de mujeres lo mismo que el Turco? Tal caridad hizo conmigo después de que dejé esta casa por seguirle, un lugar donde al menos hay cama limpia y comida caliente y hasta un hueco para mí en un rincón del cementerio.

—Pues ¿qué? ¿Con él no tenía todo eso?

—Compartido con otras muchas, como digo. Ésa fue la razón que colmó mi vaso

que, aunque simple y pobre, también tiene su medida. No fueron sus palabras que nunca entendí, ni me importaron, sino aquello de juntarme con otras como puta en serrallo.

Quedó en silencio, suspirando, como pensando en sí por un instante, antes de que la carga grande y desbaratada, le hiciera desaparecer bajo sus brotes de abedul, entre un bosque de carrascos que le arañaban el rostro sembrando de hojas su estameña.

De pronto pareció olvidar sus trabajos, el fraile, la casa y las crueles compañeras y en tono tranquilo, con una voz que venía de tantos días perdidos, de tantos malos tratos y miserias, me fue contando cómo su vida se fue tornando purgatorio con el fraile, que acabó abandonándola, cambiándola, por el calor de otras más jóvenes. En voz queda, sin fuego ni pasión, sin punta de rencor ni asomo de tristeza, me fue contando aquel día y en siguientes ocasiones, cómo tras mucho peregrinar de día y holgar de noche, mendigando comida y acomodo en conventos y casas seculares, fueron a dar a una ciudad donde su compañero tenía buen alijo de amigos viejos, medio exclaustrados unos y otros, alzados, huidos de sus comunidades, campando por sus fueros.

Unos y otros llevaban en el mundo una vida templada en apariencia, sometiendo el cuerpo a duras disciplinas, a todo género de mortificaciones, predicando ayunos y oraciones para luego a solas, reunidos en gavilla como bandada de cuervos lujuriosos, sacar a la luz su verdadera condición ante discípulos que día a día se les iban juntando.

Todos unidos, clérigos y seculares, las más de las veces en lugar sagrado, sin distinción de sexo, edad o linaje, usaban de su cuerpo, hasta que entre desmayos y figuraciones, les venía un recio dolor, un derretirse en toda clase de amores y pasiones que les hacía caer exánimes, bañados en sudor, maltrechos de placer como demonios satisfechos, como lascivos animales.

Noche tras noche, entre homenajes de mujeres que se les juntaban y sermones que apenas entendía, entre juegos y secretas ceremonias, la vanidad de su amigo creció, llegó a ser tan notoria que se habló de enviar un memorial al pontífice para que autorizara aquellas ceremonias. Tal era su firmeza, tanto su orgullo que se comparaba a los santos mayores. Pero antes de que enviaran tal petición ya el Santo Tribunal se les adelantaba, indagando, poniendo a buen recaudo sobre todo a los clérigos que bien pronto delataron a sus alumnos mejores.

Y fue el Señor sin duda el que mira por el bien de los que no quiere ver perdidos para siempre, quien separó a mi amiga del fraile, volviendo en contra suya sus sutiles maniobras, permitiendo que solicitase a una de aquellas mujeres que acudían a escuchar de su boca despropósitos tales.

Pronto fueron uno del otro, viviendo, pecando, abandonando a las demás que a la postre quedaron más como siervas que como compañeras. De tal modo que cuando

los secuestros y procesos comenzaron, la motilona ya andaba libre en tanto nuestro fraile junto a los otros clérigos, dejados de la mano del Señor, recibía los primeros azotes del tormento; buena muestra de la divina providencia y a la par grave riesgo de quien confía en la palabra de los hombres.

Pero aún había otra razón pareja a la anterior para volver a esta su casa nunca del todo perdida ni olvidada. Y era una nueva desolación que amenazaba tras los alegres días del final de la seca. Viendo alejarse el mal y arribar las lluvias deseadas, se alzaron por doquier cánticos y oraciones, se volvieron a guardar los santos y la tierra pareció revivir en una sola y encendida acción de gracias.

Mas cuando llegó la primavera, sucedió como en otras ocasiones. Pronto se pudo ver que nadie se había cuidado de sembrar, que unidos tedio y desengaño, viendo cuán poco el cielo se cuidaba de ellas, las gentes preferían pedir a sembrar, mendigar el pan del que no se cuidaron, recordando otros años en los que nada cosecharon. Y por si fuera poco aquellos que poseían la semilla apretaban más en el precio justamente por la falta de diezmos, con lo que los caminos y ciudades se poblaron de hombres al sol, unos escasos de ánimo, otros faltos de recursos.

Aquella nueva miseria universal de ricos con simiente y tierras yermas y pobres sin grano, se hacía más patente ahora con el agua reventando en manantiales, en terrenos baldíos cubiertos de hierba inútil en vez de espigas y ganados. Era aquél un imperio de limosnas que, muy temprano, cada mañana, venía a verter sus quejas ante nuestro portal y que una vez saciadas sus necesidades, a duras penas seguía camino adelante orientando el rumbo hacia otras casas de misericordia. A veces, muy de mañana, la portera encontraba alguna criatura abandonada allí por sus hermanos o padres, algún anciano a punto de entregar su alma a Dios o impedidos de toda condición y edad cuya sola demanda era un rincón donde esperar su final definitivo.

En poco tiempo y como si de improviso los antiguos males fueran sólo preludeo y anticipo de éstos, el mundo en torno volvió a ensombrecerse. Cuando más esperábamos un merecido alivio se nos tornó de nuevo hostil y hasta cruel porque según decían las hermanas viejas, las plagas del Señor siempre se repetían antes de abandonarnos definitivamente.

Sin embargo no todo era lo mismo que antes. Los caminos no aparecían desiertos ahora sino repletos de mendigos, gente de vida airada y hasta falsos profetas que arrastraban tras de sí a los más débiles.

Se les podía oír desde las celosías, hablando a grandes gritos a aquella pobre tropa. Siempre les prometían una vida feliz tras de la muerte a cambio de un acto común de confesión. Y yo me preguntaba en qué habría ofendido a Dios aquella grey de ciegos, cojos y locos, qué pecado, por leve que fuera, estaba al alcance de sus manos, qué debían a nadie sino la vida, ese cruel suceder de sus días, sin caridad en torno, esperando sólo en su fe, cuando no en su ira. Pues otros profetas no miraban al

cielo, sino a la hacienda de los ricos, a su despensa, a sus vestidos de que aún hacían gala por las fiestas. Alguno hubo que arrastró a sus fieles hasta los muros de la ciudad, quemando casas, atropellando cuanto de valor hallaron a su paso, asaltando graneros y colmados hasta que gente de armas venida de la corte, consiguió expulsarlos no sin antes ahorcar a sus cabezas principales.

El camino real también permanecía. Por él cruzaban, dejando atrás nubes de polvo, viajeros solitarios, cortejos que al caer la tarde dejaban resbalar sobre los campos sombras enormes como grandes pájaros.

Camino de la corte pasaban los correos reales, deteniéndose apenas en la villa, atentos al jinete y caballo que al punto deberían relevarlos. Apenas desaparecían bajo el gran arco de la puerta, cubiertos de lodo y cansancio, y ya a poco surgía el compañero, valiente sobre los estribos y la silla, recién alzado de la mesa o el sueño, cortando el aire de la tarde con su ademán apresurado, defendiendo el sombrero con la diestra. ¿Qué noticias traerían para el rey? ¿Qué le dirían de estas tierras muertas?

Allá se alejaban cabalgando, empujados por la brisa de la noche, por los rayos de un sol a punto de ocultarse, en pos de otros caminos y otros muros no de adobes ni piedra sino de plata y oro, de tantas casas nobles.

Pero aquellos correos que en sus pliegos sellados llevaban a nuestro rey noticias de sus pueblos también tenían oídos con que oír, ojos para atisbar, lengua con que comunicar a los amigos lo que más acá o más allá de la corte sucedía. Así supimos que aquellos lances de los profetas falsos no eran fáciles de extinguir con la soga y la hoguera, que ahora hasta los de un modesto pasar se negaban a pagar tributo, huyendo en partidas armadas a los montes.

Cada cual según su necesidad, según se viera acosado por el hambre o los recaudadores, escogía a su mejor entender una de estas dos únicas veredas. Y aún se corrió la voz de que algunos preferían morir a manos de la tropa, que ver llegar la muerte, semana tras semana, sin que nadie fuera capaz de socorrerlos, rodeados de amigos y parientes, viviendo de limosna al arrimo de conventos como el nuestro.

Estando así las cosas recibió mi hermana carta del duque nuestro protector. Al principio temió la comunidad que con ella acabaran sus favores pero pronto, llamadas a capítulo, vinimos a saber que no sólo los mantenía sino que los mejoraba con su presencia que para pronto prometía. Después de tanto tiempo de abandono, de ser tan sólo una cuenta más en el rosario de sus devociones, la razón de acordarse de nosotras no podía ser otra que la santa cuyo nombre debía haber llegado a la corte ya, quien sabe si en la voz de algún vecino ilustre de la villa. Él así lo reconocía en unas letras mal añadidas debajo de la firma, haciéndonos saber que de buen grado besaría sus manos.

Presta y arrebatada, como la buena nueva, corrió la voz tanto extramuros como en

las mustias calles de la ciudad. A lo largo de toda una semana los vivos se olvidaron de los muertos, los desvalidos de su vida ruin, unos y otros de sus pasados pleitos. El tiempo de ira o de oración se convirtió en jornadas apretadas de barrer, encalar, remendar, sacar al sol reposteros y tapices, en tanto más allá del río, sobre almenas y orillas, al igual que en anteriores ocasiones, artificieros venidos de otros pueblos preparaban sus castillos de fuegos, morteros y cohetes.

Según se avecinaba el día señalado, crecían la prisa, las órdenes de la nueva priora, el entusiasmo de sus hermanas más devotas ya y el despecho del resto, los denuestos encubiertos de la vieja. Venían a acusarla de querer ganar la voluntad de nuestro protector a costa del sacrificio de la casa, del hambre de tantos pobres puestos por Dios Nuestro Señor bajo nuestra protección, de buscar gloria y fama a costa de sus llagas.

En pocos días quedó limpio el convento, aderezada y dispuesta la capilla, prevenida la sala capitular. De la ciudad llegaban muestras diarias de sus atenciones: perdices, pavos, carneros y gallinas con que obsequiar a nuestro favorecedor, tocino, capones de leche, conejos y buen acopio de doblones. Todo ello en tiempo de tal necesidad ofendía a algunas de nosotras pero nadie ni aun fuera de la casa, murmuraba, tan pendientes nos hallábamos todas de aquella visita inesperada, desde la motilona hasta mi hermana, a la que nunca había visto tan segura de su autoridad, tan viva y azacana.

Cuando a ambos lados del río todo estuvo prevenido: arcos, cohetes, guirnaldas y vituallas, quedó despejado el camino real, vacío de jinetes y carretas. Los rebaños se mantuvieron en las cimas, con el pastor avizorando, al igual que los clérigos en sus torres y los vecinos en los tejados de sus casas. Todos según su interés o sus necesidades, esperaban la gran nube de polvo o los fuegos peregrinos si el viaje era de noche, anunciando que la gran comitiva se acercaba.

Tal espera resultó inútil a lo largo de una semana. La venida se retrasaba y aquellos protegidos de nuestra caridad que buscando más pingüe beneficio, habían cambiado nuestros muros por las orillas del camino, volvían a importunarnos con sus lamentaciones.

Mas al octavo día, las campanas de la villa amanecieron repicando, obligándonos a dar fin de mal grado a los maitines para irnos a apostar a las ventanas.

Por el camino principal ya se acercaba un cortejo a lento paso. Largo y pesado debió de resultar el viaje porque sólo a la tarde, ya vencido el día, nuevo arrebató de campanas y un rumor de cascos anunciaba la llegada de visita tan esperada. Según aparecía, la comitiva iba creciendo, estirándose como una brillante procesión de jinetes vestidos todos de colores, de uniformes marchitos por el polvo.

Tal como los gusanos en la huerta, así de perezosa se arrastraba aquella hermosa caravana, llenando el camino de brillantes armas, poblando cimas y muros de vecinos

como nunca vimos. Parecía como si el mismo Rey Nuestro Señor llegara con toda su majestad, que la corte entera con sus ministros y consejeros viajara rodeándole; parecía que el campo, la ciudad y el convento estuvieran también a punto de cambiar a su paso, tal era su pompa y ceremonia.

Las campanas volteaban como en el cielo, el viento llegaba tibio y plácido, el rumor de los vítores y el rodar de los carros se alzaba sobre el rumor solemne de los cánticos. Cuando el cortejo desapareció tras los muros de la ciudad, los cerros vecinos se despoblaron súbitamente, las orillas del río vieron crecer su cauce con el paso de los que lo vadeaban y el camino real quedó chico, incapaz de recibir la gran avalancha de gentes que luchaba por acercarse a las murallas.

Aquella misma noche ardió entera la ciudad en el gran artificio de cohetes alzado en la plaza mayor. Luego fueron quemados otros muchos castillos en el río, dejando en la brisa un olor a cañas y pólvora que quitó el sueño a muchas hermanas no acostumbradas a tales espectáculos.

Tras de cada estallido, preguntaban:

—Y aquí. ¿Cuándo vendrá?

—¿Por qué se retrasa su Excelencia? Es esta casa la que ha de visitar, la que le hizo venir. ¿No somos antes que la villa?

—¿Quién sabe? Seguramente tendrá otros negocios que tratar allá. Dicen que se niegan a pagar las tasas.

—¿Y por qué viene tanta tropa con él?

—Trae la que acostumbra siempre.

—La que le corresponde.

—No, hermanas, yo nunca vi tanta gente de armas junta.

—Tampoco le vio vuestra caridad sin ellas.

—Eso es verdad. Es la primera vez que se acerca por aquí desde que estamos en la casa. De todos modos hace mal en preferir la ciudad. La santa está aquí, mal que les pese a otros, y por muchos negocios que le tienten, tarde o temprano tendrá que olvidarlos.

Tales palabras llenaban la espera y ocio del convento. El tiempo se nos iba en tales tratos y eran vanos los esfuerzos de mi hermana por apartarnos de las celosías. A las preguntas de las más jóvenes sólo sabía recomendar paciencia, prometiéndoles que a buen seguro nuestro señor acudiría y no precisamente con las manos vacías, sino dispuesto a realizar las generosas promesas de su carta.

Mas al día siguiente tampoco apareció. En vano también esperamos a lo largo de toda la mañana, en vano dejamos pasar la tarde ojo avizor, atendiendo de mal grado las labores. Ni siquiera mi hermana era capaz de mantenerse largo tiempo en la silla, sin buscar un pretexto para acercarse a la ventana, sin preguntar por la noche a nuestra motilona por las nuevas que pudieran llegar de la ciudad donde, a lo que

parecía, se sucedían los honores ante el visitante. Así supimos de su llegada a la iglesia mayor, a su propio palacio donde por todo un día, recibió a cuantos se le acercaron con quejas y demandas, poniendo a prueba su devoción y caridad para otras funciones que al parecer en la ciudad, gozaban de primacía sobre nosotras.

En lo tocante a nuestra casa, tan sólo una razón le empujaba: ver, tocar, besar las manos de la santa, pedirle suerte y valor para las empresas de toda índole que el rey Nuestro Señor le encomendaba, sobre todo para aquella que más allá de la villa, parecía la principal de todas. Pues corría el rumor de que alguna provincia aún más pobre que la nuestra, esquilada por el hambre y la alcabala, se resistía a pagar cualquier impuesto real y alzada en armas, prefería asolar sus propios campos a sembrar la tierra para pagar jinetes y soldados con los que mantener otras guerras más duras y lejanas.

Al fin, al tercer día, nuestro valedor cumplió tal como avisó en su carta. Muy temprano se nos vino a anunciar la esperada visita y otra vez fue todo confusión mientras la nueva priora vestía su mejor hábito y la iglesia lucía engalanada. En tanto la aprestaban, rogábamos porque el duque no se volviera atrás de su propósito y el Señor debió escucharnos pues ya cerca de la hora tercia, el sendero que cruzando el río, llegaba hasta nosotras, quedó sembrado de forasteros y vecinos dispuestos a presenciar el paso del cortejo.

Salió a recibir a nuestro dueño la priora rodeada de la comunidad, las unas de buen grado, obligadas las otras. La santa se adelantó a ofrecerle, tal como se suele en ocasiones tales, las llaves de la casa, pero el duque las rechazó con un vago ademán de humildad exagerada. A este lado de la cerca quedamos luego todas viendo pasar a nuestro valedor camino de la sala capitular donde fue a orar ocupando el lugar de la priora. Desde el coro espíabamos la gala y donaire de sus acompañantes, la alegría de los rostros y uniformes, la figura maciza, ya puesta en carnes del duque nuestro señor a pesar de su ropilla adornada de encajes. Sus mangas y brahones, sus flancos de terciopelo acuchillado se ceñían de mal grado al vientre prominente en tanto los mostachos apuntaban al cielo y los azules ojos abiertos de par en par, pasaban revista asombrada a las grietas del techo o al blanco manto de cal que la humedad hinchaba en las paredes. Más que señor de corte parecía capitán de tropa, tales eran sus gestos y señas, tal su modo de moverse, arrodillarse, de alzarse entre los que le rodeaban. Más parecía señor de batallas que de paz, olvidado del altar y el coro, pendiente de campañas venideras. Así le vimos suspirar contento cuando, una vez concluida la acción de gracias, dejando a un lado séquito y alguaciles, le dimos paso hasta nuestra sala particular donde se había previsto un refrigerio. Allí mi hermana, en nombre de la comunidad le dio las gracias por hallarse en su presencia.

El duque la miró despacio, seguramente buscando sus manos escondidas en las

vueltas del hábito.

—El caso es —murmuró—, que también yo deseaba hace tiempo esta visita; sobre todo desde que llegó a mis oídos el rumor de los prodigios que en la casa suceden. ¿Sabes que se habla de ellos en la misma corte?

—¿En la corte? —un murmullo estalló a lo lejos—. Aquí llegan pocas noticias de fuera.

Nuestro valedor sonrió por un instante y apurando el vaso de malvasía que nuestra motilona, temblorosa, de cuando en cuando le llenaba, añadió a su vez:

—Pues así es y repito que por mi gusto ya me habría acercado pero aquellos que nos debemos a Su Majestad no siempre somos dueños de nuestras decisiones. Nuestro tiempo se lo debemos por entero, sobre todo en tiempos de guerra.

Esta vez nos miramos unas a otras medrosas. En la penumbra, más allá de los muros desconchados ya creíamos escuchar el paso de la tropa, el rumor de los saqueos en los que ni los conventos se salvaban, tantas calamidades sufridas por muchas de nuestras casas. Era verdad que tales avatares sucedían siempre contra turcos o herejes pero los gajes de tal condición corren veloces como las malas nuevas. Mas ya nuestro padre y valedor calmaba estos temores. El enemigo no le espantaba el sueño. Se trataba tan sólo de un puñado de míseros labriegos que se negaban a pagar las cargas de la Hacienda.

—Son años duros —murmuraba mi hermana.

Y aún podría añadir yo —bien que lo recordaba—, las razones del hortelano aquel que nos llevó en su carro a mí y a la motilona, camino de la aldea de mi padre.

«El que labra —decía—, tiene que sustentarse a sí mismo y al señor de la heredad y al señor de la renta y al que recauda el diezmo, porque prelados, grandes y señores, los que recogen el pan en grano que los demás sembramos, no pagan cosa alguna; sólo reciben lo que los otros trabajamos. No pagan las alcabalas porque las cargan sobre nuestras espaldas».

Aunque mujer y sin estudios, sin saber otra cosa que aquello que la vida enseña, bien presente tenía ahora aquellas palabras escuchando en silencio las razones del duque.

—Para la hacienda real no hay años buenos ni malos —replicaba—, sino vasallos dispuestos a cumplir con ella o a escatimarnos su ayuda en las cargas del Estado, en las guerras que su Majestad mantiene por la Fe en todo el orbe de la tierra. La salvación de la Cristiandad bien merece se le dediquen esas cargas pequeñas.

—No tan pequeñas, excelencia.

—Diría mejor livianas pues poco son comparadas con otros capitales que de más lejos llegan. Pero, pobres o no, han de ser recabadas pues no es justo que unos pueblos ayuden y otros se nieguen por más fuerza que hagan y más cortes que junten.

—Pero éstos siempre pagaron en los años buenos.

—Ya digo que eso no ha de excusarles —replicó nuestro valedor esta vez impaciente—. Pienso salir mañana mismo a encontrarme con ellos.

¿Qué pensaría mi hermana, ahora asintiendo en silencio, como todas? ¿Se acordaría de sus padres desheredados? Sólo callaba, escuchaba al duque, su voz monótona explicando cómo hubiera preferido rendir una plaza o luchar en el mar antes que servir a su señor en empresas tales.

—Tanto honra servirle en las humildes como en las altas o especiales. Excelencia, ésta es vuestra casa. Disponed de ella y de su comunidad como siempre.

—Ésa es otra de las razones que me traen hasta aquí —respondió el duque, ufano, desviando por un instante la mirada de la santa para abarcar la sala toda—. En atención a los prodigios que hasta mí han llegado, es mi intención legarla con sus heredades a la comunidad, librándola a perpetuidad de toda clase de gabelas y cargas.

Un rumor sorprendido volvió a extenderse en la penumbra. Nuestro capellán, en silencio hasta entonces, se abalanzó a los pies del duque, pero éste retiró las manos atajando con un gesto su repentina devoción.

—Excusad las gracias. Poca cosa es donar cuatro paredes cuando en ellas han sucedido acontecimientos tales. Fuera yo mal cristiano si no renunciara en beneficio de estas santas mujeres a aquellos privilegios que, venidos de la mano de quien todo lo da, no hacen sino volver a ella por camino diferente.

Maravilladas quedamos todas ante tal declaración. Nunca pensamos que un hombre tal, tan caballero, curtido en las miserias de la corte fuera capaz de expresarse en términos tan generosos, pero aún su recia voz nos deparaba sorpresas mayores.

—Yo también en mi juventud tuve intención de abandonar el mundo tal como dicen los libros santos, y dedicar mis días a la oración en soledad.

Al amparo de aquella suave luz, pugnaba yo por representármelo con el tosco sayal del ermitaño, viviendo de la caridad, durmiendo entre las rocas, bebiendo agua de nieve en el cuenco carnosos de su mano. Su figura demasiado redonda, demasiado grande, demasiado imponente en nuestro círculo de mantos y tocas, no se avenía bien con tales intenciones, con las miradas que debía descubrir en torno, en el silencio que respondía a sus palabras. Como si hiciera a nuestro capellán intérprete de nuestras dudas y sorpresa repitió volviéndose hacia él:

—Así es. Una hermosa vocación que mi hija ha heredado. Ello y la fama de esta casa le han decidido a profesar.

—¿Piensa hacer votos?

—Tal es su intención por ahora.

—¿Y dónde piensa ingresar, excelencia? —preguntó el capellán—. ¿En algún convento de la corte?

—No por cierto. Quiere ser monja en esta casa.

—¿Por qué en ésta, precisamente?

—¿Y dónde mejor, si se para a pensar? Por una vez, me parece muy juiciosa su decisión.

—No seré yo quien afirme nada en contra; tan sólo expresaba mi sorpresa.

—¿Y por qué esa sorpresa?

El capellán había quedado en silencio, mudo, incapaz de responder al duque. Fue mi hermana la que en nombre de todas, tomó por él la palabra, murmurando:

—Nos sorprende y nos honra a un tiempo. Nos sorprende porque la juzgamos demasiado pobre para tan alto huésped. Nos honra porque tal linaje nunca ha buscado amparo entre nosotras.

Y en tanto hablaba rompió marcha la santa alumbrando ante los ojos del duque los techos donde el cañizo asomaba su trama carcomida, el yeso roto, las grietas por donde el hielo se convertía en lluvia apenas la primavera se iniciaba. Todo se lo ponía ante los ojos como muestran los cirujanos las diversas partes de un cuerpo herido, las llagas de un enfermo, las entrañas de un animal después de la matanza.

Según la luz del candelabro iba entrando en todas y cada una de las distintas partes de aquel gran esqueleto castigado por tantos años de calor y heladas, iba nuestro señor torciendo el gesto, volviéndose más grave, acariciando con su diestra su cinturón de cuero como ante un duro y solemne contratiempo, como dispuesto a entablar batalla, no con torpes labriegos alzados contra el rey, sino contra el huracán, el granizo y las tormentas. Su cólera creció aún más cuando tuvo noticia del informe del Provincial que tanto temíamos.

—¿Y quién es él para decidir si el convento debe cerrarse o no? Yo proveeré lo que sea necesario, y si es preciso he de escribir a su Majestad de mi mano. Duerman en paz, que esta casa no ha de cerrarse mientras viva.

Hubo un nuevo rumor en torno, mezcla esta vez de llanto y bendiciones. Las hermanas presentes daban gracias a Dios en tanto el capellán y la priora, sin saber qué decir, se miraban en silencio como quien ve cumplidos sus deseos. Al fin la santa fue a arrodillarse como todas, pero el duque no se lo consintió.

—Soy yo quien debe hacerlo. Dejad que, a cambio de tan pobre merced, muestre mi devoción besando vuestras manos.

Sentí mi corazón hundirse en lo más hondo de mi pecho, cerré los ojos para no ver el gesto de mi hermana asintiendo, para no oír el susurro de su manto. En un silencio de momentos vacíos en donde los suspiros restallaban como truenos nacidos de los destellos de la lámpara, escuché cómo aquellas dos manos fariseas volvían a la luz entre los pliegues ordenados del hábito, cómo el resuello se mantenía en suspenso más allá de los rostros enlutados.

Venía de fuera el vago alzarse de palabras y gritos, con que llenaban tiempo y pasión peregrinos, mujeres y soldados. Sus voces llegaban de otro mundo ajeno, cordial, vivo, no estremecido y solemne como el nuestro. Fue entonces cuando

escuché por vez primera aquella voz cantando el romance de la nueva santa, una historia con sus sucesos principales que desde entonces habría de perseguirme en la noche, que llegué a aprender en todas sus palabras, llenas de devoción, cargadas de famosas invenciones. Fue entonces cuando oyendo su nombre más allá de las parras, de los patios y rejas, algo vino a decirme dentro de mí que la santa de mí se separaba, que su vuelo era otro, alto, pausado, atento, menos simple que el mío.

Así atentas, pausadas, lentas, sus manos de nuevo aparecían. Poco a poco, afiladas como de gavilán, más viejas y más sabias, a ratos transparentes y a trechos macilentas, surcadas por aquellas venas tantas veces besadas por mis labios en su tibia maraña cenicienta. Aquellas manos dulces en el amor, hirientes, torvas cuando ese amor llegaba en las horas oscuras de la noche, sabias cuando tendidas, muertas, soberbias, reconocidas al primer tacto, frías eternamente, solemnes, doloridas. Ahora volvían a nacer bajo el cerco de velos agitados, que apenas celaban la ansiedad, cierta angustia curiosa y vacilante.

Allí volvieron como en la última ocasión ante la vieja priora, allí se mostraban tersas, brillantes, pulidas con sus huellas gemelas, trabajadas por el polvo y los cristales. Allí estaban dispuestas a sangrar de nuevo si era preciso, a impartir bendiciones, a dividir en dos la comunidad, a la vez ofendida y sometida pero dichosa al fin ante los buenos tiempos que aquella ceremonia prometía.

El duque, por su parte, rodilla en tierra, aguantando el sombrero con la diestra, alzaba con la siniestra mano aquella carne muerta hasta sus labios, creyendo quizás librar la esencia de un hecho extraordinario, besar las llagas del Señor, beber su propia sangre milagrosa. Tal era su devoción, su fe, su éxtasis profundo como de niño que besa la punta de los dedos de la madre, tanto su gozo, su placer, su orgullo cuando, tras levantarse, parecía hacer suyas las heridas, la casa toda a la que habría de ceder para siempre aquella hija en sazón, futura hermana nuestra.

Una vez de vuelta, con el séquito que aguardaba ante el portal, se repitieron las ceremonias de la llegada, esta vez para rendirle gracias por su visita. También se repitieron las promesas anteriores y a poco, su cortejo se perdía en el polvo, dejando tras de sí un convento conmovido, en lágrimas. Cuando subió al coche pareció resucitar en su adusto ademán, en su ceño, grave y pesado, acostumbrado a más altas empresas, a más altos empeños.

Atrás quedábamos nosotras espiando, acechando a través de tapices y celosías, esperando nuestra modesta gloria, un tiempo cierto, de fe y bendiciones que adivinábamos en la mirada de la antigua priora, en el gesto de mi hermana, en su nuevo porte, alejándose del cuarto, colmada de ventura y parabienes.

¿Dónde quedaba ahora su amor por mí? ¿Dónde aquellos silencios solaz de los sentidos, aquella ausencia en que nuestra melancolía nos llamaba y guiaba por claustros y pasillos hasta fundirnos en lo más hondo del cuerpo y alma como

hermano y hermana con aquella pasión de nuestras cautas horas? Aquella llama grande que parece que abrasa y aniquila no volvería más; nuestra común riqueza que nos daba calor y vida, bien se veía que estaba a punto de morir, tan apagada aparecía, borrada por su gloria, herida por su nueva jerarquía. ¿Quién sería capaz de acercarse a ella ahora, posar las huellas en sus huellas, morir con ella cada noche, mecida por su oscura voz, velada por sus sueños? Miserable de mí, polvo de nada, más infeliz que todas, abandonada, sola, sin otro amparo que su recuerdo y mi aflicción, recogidos por mí en el corazón, en el antiguo desván de mi memoria.

Fue aquella misma noche o poco tiempo después, cuando nuestro enemigo vino a visitarme. No era su aspecto abominable como siempre, desde muy niña, me dijeron, no vi llamas en torno, naciendo de su cuerpo, ni sentí olor a azufre, ni otra cosa que me lo revelara sino sus ojos que sin saber por qué me recordaban a mi hermana y su boca afilada como tallada de un solo tajo. No había nada torvo en él y sin embargo mi mano temblaba en busca de mi cruz. Él me dijo que no me esforzara, que peligro no corría y era su voz amable y sonora como de padre que habla a un hijo rebelde para aconsejarle. Él me recomendó que no me esforzara, y con voz y ademanes de caballero se interesó mucho por la salud del convento y por la mía en particular, como si no quisiera entrar en materia principal sin contar con mi venia.

Yo apenas contestaba. Cuando movía los labios, unas palabras atropellaban a las otras y borradas al punto, sólo pensaba en el momento en que aquellos dos ojos sobre la boca cruel callada ahora, abandonarían la penumbra, dando forma a su rostro para acercarlo al mío.

Y vino a suceder, como temía, que a poco, adivinando que las fuerzas me faltaban, se llegó muy lentamente haciendo temblar la madera a su paso. Un viento de terror y a la vez de pasión se desató de pronto en mi cabeza como en tiempos atrás camino de la celda de mi hermana. Pensé ahogarme; quise gritar pero su mano helada me selló los labios a punto de hacerme perder el sentido, rendida de dolor, de una aguda punzada que a la vez que me hería me halagaba. Aquel dulce puñal hundido en mi costado acabó con mi razón. Era tal aquel nuevo dolor, mezcla de amor y goce, que finalmente la angustia estalló en mi pecho, rompiendo las cuerdas de mi voz en un lamento que retumbó más allá del silencio del claustro.

Cuando de nuevo abrí los ojos, la penumbra aparecía negra y vacía como antes, pero animada de ecos y voces que desde fuera se venían acercando. Las unas preguntaban si el lamento había salido de alguna de las celdas; otras pedían luces, las más lo achacaban a un mal sueño, como queriendo volver al suyo interrumpido, como teniendo miedo al propio miedo.

Finalmente la puerta se entreabrió. Al resplandor que una mano extendía, el umbral se pobló de susurros y preguntas discretas. Y entre todas, otra vez acechando, creí de nuevo distinguir a mi enemigo. Luché por prevenir a mis hermanas pero no

me escuchaban, intenté levantarme mas según me apoyaba en el jergón, mis piernas se doblaban bañadas de sudor, extenuadas.

Gritaba, me parecía sentir en torno una grande y ardiente claridad, un profundo deseo de ir al encuentro de aquella sombra amiga. Aquella llama, aquel fuego a un tiempo deseado y enemigo, borraba mis palabras, mis quejas, mis dolores, aquella angustia de morir, aquel atormentarme. Le sentía tan cerca que podía distinguir sus ojos. No eran hoscos, enfermos o crueles, sino por el contrario húmedos, serios, tristes, como mirando más allá de la muerte, quien sabe si su propio infierno o la gloria perdida en el principio de los tiempos.

Ahora, de pronto se calmaban los dolores, el miedo a morir, la angustia del alma, la náusea de la carne. Ahora una paz donde nada existía, hasta donde nada llegaba salvo la claridad y esa tristeza dulce y suave, me rodeaba, penetraba en mí, limpiaba mi sudor, parecía resucitar mi cuerpo tan maltratado antes.

Nunca como en aquella ocasión sentí volver de nuevo a la triste soledad de la celda, nunca la temí tanto a pesar del afecto de mis demás hermanas que, como tierra abonada, me regaban con el agua bendita traída de la iglesia.

Ahora sobre mi cuerpo, el remedio se mezclaba a mi sudor, a la espuma que, poco a poco, según entendía, mi enemigo había hecho brotar por los rincones de mi boca.

«Ya vuelve en sí», clamaban. «Ya se fue el tentador», y según me lavaban y servían yo alcanzaba a distinguir a la antigua priora empeñada en alejar a las demás, metiendo prisa por acabar más presto.

Una vez limpia y con la ropa en orden, quedamos las dos a solas. Fue cerrarse la puerta y comenzar a consolarme, reprochándome mis gritos y mis llantos, queriendo conocer la razón de tan grave lance. Y mirando a sus ojos descubrí de pronto ser los mismos que antes pensé ahuyentados. Allí estaban de nuevo, gastados, vacíos, no vivos como antes, heridos no de angustia sino de gran desánimo. Miraban más allá de mis hombros la pared, el crucifijo, los secretos rincones de la celda.

—Jesús sea con vuestra caridad —comenzó por fin—. ¿De qué se lamentaba antes?

Ante trato tan frío y ceremonioso no supe que responder.

—No hay nadie aquí —insistió—. Nadie puede causarle ningún daño. Vamos, seréne y responda.

Pero mi alma, aunque muda, velaba. Mucho más teniéndola ante mí tan altiva y lejana como si nada hubiera sucedido, como si aquel secreto entre mi hermana y yo fuera cosa de poco, traída a colación ahora tan sólo por llenar mi silencio hasta el definitivo sueño.

—¿Qué vio vuestra merced? —tornó a preguntar—. ¿Qué le tiene tan inquieta esta noche?

No pude sino negar con la cabeza, fingiendo un sueño que no sentía, palpándome

la frente, el costado, las sienes, todas aquellas partes de mi cuerpo doloridas.

—¿No vino nadie entonces? ¿Ni soñó? ¿Ni tuvo apariciones? Entonces, ¿cómo fue? ¿Qué acaeció?

—Nada que pueda recordar ahora.

Me miró desconfiada todavía, murmurando para sí no sé con qué intención:

—Habrà sido el espíritu de Dios que se aleja sin dejar señal de su paso. —Luego ya cerca de la puerta, añadió—: Vamos, levante ese ánimo; recuerde que el Señor sólo aprieta hasta donde sus criaturas pueden sufrir. Por algo afirman que su causa es la causa de los débiles. Yo espero que al final la verdad acabará por revelarse y o mucho me equivoco o las marañas que el demonio ha tendido en esta casa, han de quedar deshechas, dando paso a la luz y la obediencia.

—Así será —repuse.

—Yo así lo creo. Tiempo vendrá en que los justos recojan el fruto de sus humillaciones. En tanto procure dormir. La priora le dispensará de los maitines.

Pero el sueño no vendría aquella noche, no volvería mientras cerrara mi corazón a la razón, mi boca a la verdad, al camino de mi salvación por el buen nombre y el interés de la santa. Quizás la antigua priora no fuera mi enemiga como yo pensaba, puede que a fin de cuentas, sólo quisiera lo mejor para mí, a cambio de mi confesión, de unas pocas palabras. Quizás viniera a ser mi nuevo valedor, mi compañera en aquella nueva soledad, en aquel tiempo de inquietud tan amargo.

Ahora su voz era la voz de mi padre que en gloria estaba, de mi madre que acá abajo sufría, la voz de mi conciencia que a la vez me llamaba y reprendía. Viéndola así, sintiendo de ese modo, pensé de pronto no poder sufrir más aquel postrer trance.

—Hermana —la llamé—, vuelva acá.

—¿Qué le sucede ahora?

De nuevo junto al embozo del camastro me tomó de las manos como en tiempos la santa.

—No me deje sola antes de que amanezca.

—¿Quiere que llame a la priora?

—Llame mejor a nuestro confesor.

—¿A estas horas?

—No quisiera morirme esta noche.

—¿Quién habla de morir ahora que vienen para esta casa tiempos mejores? Descanse, cierre los ojos y procure dormir. El sueño dicen que espanta los recuerdos graves.

Pero yo no cejaba. La tomé del manto y como quien no quiere perder su salvación, le supliqué de nuevo no me dejara a solas. Ella viendo mis lágrimas, debió entender por vez primera lo grave del negocio, cómo yo estaba dispuesta a confesar aquello que tanto deseaba. Debió entender con su buen juicio, que a pesar de los años

no le faltaba, por donde iban los tiros de mi alma, hacia qué persona apuntaba aquella comezón, el deseo de aliviar mi conciencia quedando de algún modo redimida y a salvo.

Iba a explicarle que deseaba hablar de la nueva priora y ya mi hermana surgía en el umbral como llamada por mi pensamiento, como arrastrada por mi llanto. Mal vestida, calzada a medias, en un instante pareció hacerse cargo de mis dudas, del interés de su enemiga, de mi momento de debilidad con ella. Con su sola mirada selló mis labios, con un solo ademán hizo que su predecesora se apartara con gesto suave y dócil aunque no de buen grado.

De nuevo las dos a solas, intentaba otra vez solicitarme con palabras de miel, con su voz que recordaba viejos lances de amor, noches sinceras, castigos compartidos, duros y amargos lazos. Debía pensar que el tiempo sólo contaba para ella, pero sus llagas no sólo habían cambiado aquellas manos suaves, sino su cuerpo todo desde los pies a su semblante, su mirada ya no hermana de la mía, su misma voz mucho más dura ahora, no vencida en el trance del dolor, en las horas en que el amor nos fatigaba.

Debía de pensar que para mí, a la postre, el tiempo no contaba, que estaría dispuesta a obedecer, a responder como siempre en cuerpo y alma a la antigua prisión de sus brazos amigos.

—¡Por Dios santo! Déjeme —le dije, y como se extrañara de aquel trato, añadió entre lágrimas—: ¿Qué quiere más de mí? ¿Qué puedo darle que no le diera ya en su día, en abundancia? Sepa que quiero marchar para siempre de aquí.

Apartó de mí sus brazos y me miró sorprendida.

—¿A dónde quiere ir?

—A otra casa —respondí vivamente—, al mundo. Donde pueda olvidar mis pecados.

De nuevo quedó pensativa, mirando el suelo ante mis pies, como juzgándome. Luego murmuró más para sí que para mis oídos con voz pausada y monótona:

—A veces los pecados son el medio de que el Señor se sirve para santificar el alma. ¿Qué pecado es el nuestro? ¿No es nuestro cuerpo espejo, asiento y reino de Dios? ¿Qué hay de malo en imitarle, señalando en él las huellas con que le hirieron en el Monte Calvario? Si queremos que él vuelva y bendiga esta casa, es preciso tenerla sosegada y tranquila, vacía de temores. Sufrir y esperar; ir a su encuentro con los ojos cerrados porque sólo la fe nos salva por encima de nuestras buenas o malas acciones.

No la reconocía en aquellas palabras nuevas, en tan nuevos conceptos y tales vaguedades. No comprendía que me hablara a mí, simple oveja del rebaño de Cristo con aquellas palabras que más parecían encubrir nuevos engaños que honradas intenciones. Según hablaba, según oía su discurso, en lugar de sentirla cercana, me

parecía que se alejaba al compás de sus juicios y razones.

—Los pecados, como vuestra caridad los llama, ¿qué son sino pruebas para hacernos sentir nuestra bajeza? En el pecado se temple el alma si nos ponemos en manos del Señor. Nada somos sino semillas miserables lanzadas al azar por él, las unas aventadas sobre campo yermo, las otras sobre campo abonado para multiplicar su gloria.

—Pero es pecado mentir como lo hicimos. Engañar a la comunidad.

—¿Engañar? —me miró con lástima—. ¿Quiénes somos nosotras para juzgarnos, para afirmar lo que es falso o verdadero? Sólo aquél en cuyas manos estamos, puede decir si mentimos o no, sólo él puede medir la gravedad de nuestros pasos.

A medida que la conversación se prolongaba, un viento de ira se levantaba en mí. No sólo pretendía enmarañarme con sus falsas palabras, sino que me afrentaba tomándome por necia.

—¡Ah, no! —le dije—. Esas razones serán buenas para otras pero no para mí que rasgué la piel de esas dos manos, que fui por tantas noches su amiga y compañera. ¿No me recuerda ya? ¿Tan pronto se borró de su memoria tanto arrobos y deleite, tanto dulce desmayo, tantos tratos tan suaves? No necesita vanas palabras para despedirme si es tal su voluntad, dígamelo recto, llano y derecho que yo jamás volveré a importunarla. No le hablaré, ni volveré a mirarla, pero déjeme ir donde no tenga que cerrar los ojos en el coro para velar mi miedo y mi vergüenza. No volverá a saber de mí y tenga a buen seguro que nunca nadie sabrá nada por mi boca porque jamás seré capaz de denunciarla.

Y ahora sí que sus lágrimas corrían, ahora sí se mezclaban con las mías, a solas abrazadas. Una vez más y a mi pesar, nuestro amor volvía a renacer sobre sus tibias cenizas mortecinas.

## Capítulo V

Un año más vino el otoño con su corte de vientos y sus cielos de nubes afiladas. Otra vez cada cual se apresuró a buscar cobijo junto a su vino y leña, esperando la última estación del año, la que arrastra las vidas y consume el final de las cosechas. Los correos cruzaban por el camino real bien embozados, curtidos por el último sol, por el cristal de las primeras heladas. Su paso intermitente marcaba el de las horas más justo que nuestra espadaña; el rumor de los ciegos rebaños nos alzaba bajo la luna para buscar en la penumbra el cilicio, cuando no el manto o las sandalias.

Nada cambió durante un tiempo, desde que nuestro protector rodeado de su tropa y séquito, se alejó camino de aquella guerra o rebelión que sus armas y jinetes anunciaban.

A medida que las noches crecían, los días se tornaban grises, aplomados y el sol caía roto, como un cristal amarillento que al alba renacía, lanzando la mirada sobre los campos muertos. Renacía al compás de las horas, más testigo que juez, acechando como las estrellas indiferentes, la suerte definitiva de la casa, adivinando nuestro destino aquí abajo, quizás preguntándose que mal padeceríamos. Viéndole alzarse, anunciarse primero en los despojos de las nubes, en los penachos de los olmos, en las sombras crispadas de las lomas, parecía la mirada del mundo, los ojos del Señor pendientes de nuestro destino. No traía en sus rayos, como en otro tiempo, cálidos días sino largas tardes de melancolía en las que nuestras horas se prolongaban torpes y vacías.

Y cuando ya el desánimo tornaba, llegaron finalmente las cartas tanto tiempo esperadas, por unas olvidadas y por otras temidas. Aquellas nuevas que tan presto acabarían por dividirnos anunciaban la llegada próxima de la hija de nuestro protector, aquella hermana singular por el padre avisada y prometida.

Fue preciso aviar una de las celdas mayores, aderezándola con reposteros y tapices, cambiando el pobre esparto por lana y terciopelo, ordenando traer de la ciudad una cama de roble con que nos socorrieron. Poco a poco llegaron tras ella, sillones tapizados de raso, blandos cojines, un brasero con chambrana dorada para los fríos que ya amenazaban y lámparas con que alumbrar alacenas y rincones.

Día tras día, espiábamos el camino por donde vino el padre, por el que habría de aparecer también la nueva novicia. Hora tras hora acechábamos la lejanía más allá de la vega, pero aparte de mansos carros y rebaños soñolientos, nada nos revelaba el horizonte, el golpear de los cascos o los agudos silbos abriéndose paso rumbo a las cohortes.

Otra vez vino el tiempo de esperar, de impacientarse, aún más estando ya la celda arreglada y la comunidad dispuesta. Y como nada en este mundo es inmutable, también para la santa llegaron las primeras quejas, no demasiado hostiles pero

echándole en cara tantas atenciones. Nada importaba, según algunas, el linaje de la que esperábamos. Era ofender a las demás preparar tanto agasajo aunque el recuerdo de nuestro protector así lo aconsejara. Alguna apuntó también que quizás nuestro valedor cuyos buenos oficios aún no se habían hecho sentir por cierto, no volviera jamás de aquella guerra cuya suerte nunca conocería. Quizás como él, la hija tampoco llegara nunca y todo quedara en lluvia de verano, como esos ríos que se funden en la tierra y nunca llegan a renacer, sorbidos, secos, muertos.

Era inútil, de poco respeto para la casa, suspender las labores apenas la motilona descubría a lo lejos un modesto tiro de mulas o un grupo de jinetes.

La que más tiempo echaba en tales sueños y desilusiones era justamente nuestra hermana portera, montando sufrida guardia en el zaguán cuando no en la espadaña, siempre dispuesta a tocar a rebato apenas sus ojos acertaban a descubrir algo en la lejanía, aunque fuera una tribu de gitanos.

Hasta que un día nuestra impaciencia tuvo su recompensa en la llegada de un grupo de caballeros. Debieron de hacer noche en la villa porque muy de mañana, antes de que la motilona se instalara, ya tocaban ellos cortésmente a la puerta, llamando a la portera. No conocían el país, ni la villa, ni siquiera la comunidad, mas por las señas que les dieron acertaron. Venían de la casa de nuestro valedor para saber si la celda de la hija se hallaba dispuesta. La priora procuró entretenerlos con un refrigerio lo más largo y solemne que pudo hasta que, notando la impaciencia del más viejo, les invitó a cruzar el claustro tras prevenimos de que veláramos el rostro y hacerles presentar la carta en que el obispo autorizaba la visita.

El más viejo, seguido de dos secretarios, obedecieron con desgana, como gente no acostumbrada a tales menesteres, escuchando de mal grado nuestras informaciones, volviendo presto a sus cabalgaduras para perderse otra vez camino adelante por donde ya nuestra huésped se acercaba.

Salió al zaguán, a esperarla, la comunidad. Poco faltó para que repicaran las campanas, pero apenas echó pie a tierra, declaró no desear nada fuera de lo usual en la casa, haciendo tales protestas de humildad que a todas nos dejó maravilladas.

Durante unas semanas, su vida se ajustó en todo a las normas habituales. Apenas se notaba su presencia, tan suave era su trato, tan acordes con los de las demás sus modales. Su obediencia le hacía aparecer mayor, siempre dispuesta a acudir a donde la necesitaran. Tanto fue su celo en aquellos días, su interés por no destacar sobre las demás que sus nuevas hermanas ya empezaban a olvidar su jerarquía, las más amigas, complacidas, las más hostiles, a su vez, desengañadas.

El caso fue que ninguno de los graves lances temidos llegó a darse pues la recién llegada parecía en todo una novicia más y ya hubo quien viendo en ella tales gracias, propuso que tomara el velo antes de lo pactado, previo permiso especial que a buen seguro nuestro Visitador no negaría.

Mas bien se ve que en este mundo no hay contento seguro, ni bien permanente. Tal gozo, aquella paz inesperada duró poco, según fueron llegando nuevos envíos y equipaje. Su celda antes humilde como todas, se fue cambiando en lujosa habitación, en almacén de afeites, galas y muebles. Incluso vino una doncella para servirla y cuidarla con el pretexto de que también con el tiempo, pensaba profesar, y a escondidas nos maravillamos, viendo con qué dulzura se trataban las dos, no como ama y sierva sino como entre amigas.

Llegó a tal extremo nuestra pasión por conocer aquella vida nueva tan distinta a la nuestra, que a veces nos turnábamos para mejor saber sus gustos y aficiones, inventando pretextos torpes para visitarlas.

Nuestra huéspedada apenas madrugaba ya, el alba no volvió a conocerla, nunca volvió a saber de los duros cristales de la helada, ni de la tibia oscuridad del coro ni de la eterna querrela de los grajos. Apenas el sol rompía, tan aterido como sus propios rayos, la doncella comenzaba a preparar sus vestidos, encendía el fuego y avivaba las cenizas del brasero. Comenzaba a arreglar sus ropas ya con la luz asomando a la ventana. Ahora rechazaba el hábito, tal como si su celda se hubiera convertido en propio reino donde su servidora, ante el espejo de plata pulida y vieja, componía muy cuidadosamente pelo y cejas en torno a la constelación de sus lunares. Más adelante sujetaba sus crenchas con agujas largas como puñales y con un pomo que escondía en el bufete, la enjalbegaba toda, volviéndola blanca, desde garganta y seno, hasta las hondas palmas de las manos. Luego, ante nuestros ojos atentos y encendidos, sobre ese baño, hacía surgir un rojo tenue en labios y mejillas, hasta quedar satisfecha la señora con el otro rostro que la plata devolvía. Todo en silencio, por sus pasos contados, con ademanes medidos, como una ceremonia, ayudada por su sombra, prolongada hasta ya entrado el día.

Cuando yo vi tales trabajos, comprendí cómo podía conservar su cara tan viva y fresca hasta la tarde, al lado de nosotras que junto a ella parecíamos demonios sucios, zurcidos, rotos.

Por entonces mi hermana me rogó la acompañara a visitarla no sé si por sentirse más amparada o porque su salud se resentía, débil por no decir maltrecha. Juntas fuimos las dos y aunque una sola era la invitada, yo acudí como si fuera su doncella.

Mi devoción fue bien recompensada. Nunca había visto yo en detalle, ni seguramente mi hermana tampoco, aposento más gracioso, rico y cómodo, digno de tal huésped. Cuando entramos, ninguna de las dos, sierva o señora, se molestó en interrumpir su trabajo. La doncella acababa de sorber una buena porción de agua de rosas y soplando entre los dientes, bañaba el rostro de su ama con una lluvia perfumada, llenando el aire de aroma como en la fiesta del Corpus. Sólo cuando aquel aguacero terminó, una vez la piel seca de nuevo y el frasco en la alacena, se volvió la huéspedada a preguntar a la priora:

—¿Al fin se decidió a visitarnos? Se diría que le tienta menos esta celda que las otras.

—Más que celda se diría palacio —murmuró mi hermana, hundiendo la mirada en el bufete de palosanto repleto de pomadas.

Aquella reina infantil rió brevemente.

—¡Qué idea tan pobre tiene de tales casas!

—Yo nunca visité ninguna.

—Yo conozco unas cuantas. Incluso la de su Majestad.

—¿Y a él? ¿Le conocéis?

—¿El Rey? —antes de que mi hermana respondiera, replicaba con su voz alegre—: viene a ser como todos los hombres. Tiene dos manos, dos pies, dos brazos, y según dicen, tantas tierras y dominios que cuando el sol se pone en unos ya está en los otros asomando la cabeza. —Y notando que la atención de la priora se fijaba en el vestido que la doncella le ofrecía, añadió aún—: veo que a pesar de la regla, tampoco desdeña estas galas del mundo.

—Justamente porque la regla lo prohíbe, debiera prescindir de ellas.

—Sólo es cuestión de días, esté tranquila. Hasta que llegue el hábito que encargué y que ya debe andar listo si no me equivoco. Tenga por seguro que, una vez profese, cumpliré como la mejor de mis hermanas y aun he de ser en todo la primera.

La priora calló. Tal vez no quiso entender o yo me imaginé más de lo que aquellas palabras anunciaban. Miró por última vez a nuestra reina y antes de dar por terminada aquella visita entre hostil y fugaz, preguntó a su vez, aludiendo a la doncella:

—¿Y qué haremos de vuestra camarera?

—El día de mis votos, ella piensa hacer otro tanto.

—¿Tanta es su vocación?

—¿No ha de tenerla? Su mayor deseo —insistió de buen humor—, es servirme en todo. Su vida por ello no cambiará gran cosa.

—Mejor sería escuchar su opinión.

—Tanto da. Llevamos tanto tiempo juntas que no será preciso forzarla en absoluto. —Se volvió hacia la muchacha—. ¿No es verdad?

—Como digáis, señora. Sabéis que mi vida depende de vos. Mi vocación depende de la vuestra. Disponed de mí que yo he de obedeceros en todo.

Quedamos la santa y yo maravilladas ante tal devoción y nuestra reina aún más altiva, complacida con tales palabras, mirándonos desde la cima de su orgullo. Mi hermana nada supo responder aunque, conociéndola, supuse que guardaba sus razones para más adelante, para su segundo encuentro inevitable. En su celda dejamos a las dos y una vez en el claustro, la portera vino a nuestro encuentro. El médico pedía licencia para entrar.

—¿Hay otra vez enfermos de cuidado? —pregunté.

—Cosa de poca monta —respondió la santa, en tanto autorizaba al doctor—. Esta vez soy yo quien lo necesita. Venga conmigo. No digan que hago caso omiso de la regla.

Su paso vacilaba, sus ojos parecían ascuas bajo el velo; parecía un pájaro enfermo, herido, esperando al médico, escondiendo sus manos en las oscuras vueltas de su manto.

Pero aquel hombre honrado, apenas tocó su frente, le pidió se las mostrara. Muy pronto adivinó lo que yo más temía, que el mal venía por el camino de nuestro pecado. Cuando al fin las llagas salieron a la luz, pudimos ver que había caminado rápido. El médico acabó de deshacer las ataduras y, según avanzaba, el color huía del rostro, dejándola tan pálida a mi hermana que fue preciso tumbarla sobre el lecho.

—Mejor descanse un poco. No hay razón para apurarse ahora.

La priora en tanto, luchando por mantenerse firme, intentaba murmurar unas palabras:

—No le hice venir antes porque ya en otras ocasiones conseguí espantar estos dolores. Pero ahora es diferente. Hay noches en que ni velo ni duermo; son como dos puñales que me pasaran de un lado a otro huesos y tendones.

—Veamos cómo están.

De nuevo nuestro doctor volvió a la carga y acabaron de caer sobre las mantas las vendas que quedaban. A medida que el mal iba saliendo a la luz, según su roja traza aparecía, el lino se volvía cada vez más oscuro y un hedor en un principio moderado, se iba alzando desde la encarnadura de las manos. El ceño del doctor corría parejo al gesto de dolor de la priora, cada vez más sombrío, oscuro y preocupado, según sus dedos corrían cada vez más cercanos a la piel roída, a la sangre convertida en caminos de recios cuajarones.

Cuando finalmente una de aquellas manchas, en un tiempo limpias, salió a la luz en todo su color de podredumbre, ninguno de los allí presentes musitó palabra, ni siquiera mi hermana que a duras penas aguantaba temerosa el veredicto. Se contentaba con mirar al médico, con espiar como yo el sentir de sus ojos, de sus labios inmóviles, de sus dedos que, poco a poco, tentaban los bordes muertos, los haces de venillas rotas, procurando no llegar a rozar aquel gran ojo sombrío, negra laguna donde nacía la ponzoña.

—¿Hace mucho que se hallan de esta suerte?

—No recuerdo. Puede que un mes, unas semanas.

—¿Unas semanas solamente?

—No lo recuerdo bien. Pongamos dos, un mes. Cuando no hay calentura se me olvidan.

El médico quedó de nuevo pensativo, tan en silencio como antes.

—Sería mejor llamar al capellán.

—El capellán —le replicó mi hermana— no tiene por qué entender en esto, no es doctor.

—Ni yo entiendo en causas sobrenaturales. Mi ciencia, como bien sabe, la aprendí en el mundo, sobre todo en los campos de batalla. No quisiera yo enmendar la plana a los que ya indicaron la causa de estas llagas.

—La causa importa poco ahora —replicó mi hermana—, sólo pido que cese el dolor.

—Intentaré poner remedio en lo que pueda, aunque ya la prevengo de que no ha de ser cosa de poco. El dolor sólo con dolor se cura y para el caso de estas manos milagrosas yo no hallo mejor ayuda que el cauterio.

Las palabras del médico hicieron a la priora estremecerse. En tanto le dejaba comprobar en torno a las heridas los progresos del mal, parecía encomendarse a Dios nuestro Señor para que el veredicto fuera favorable. El médico a su vez, había sacado del estuche que le acompañaba una aguja de plata, larga como un suspiro, afilada como el temor que, paso a paso, se nos iba metiendo cuerpo adentro. Con ella iba tentando las palmas, el pulpejo, los dedos, los brazos hasta el codo, sin dejar de mirar a los ojos de mi hermana buscando en ellos una respuesta más cierta y franca que la que de sus labios le llegaba.

—¿Siente vuestra merced alguna cosa?

—Nada...

—¿Y ahora?

—Ahora menos. Tampoco.

Retiró la aguja guardándola en su lecho de forrada madera, concluyendo al cabo:

—Está bien. Será preciso probar con el cauterio. Pero ya la prevengo que es remedio de soldados.

La santa se estremeció antes de preguntar:

—¿Cuándo lo haremos?

—Lo antes que pueda, antes que el mal la debilite demasiado, porque le serán precisas todas sus fuerzas.

—A buen seguro que el Señor me ayudará.

—Eso espero. —Dudó un instante volviendo sobre sus pasos—. Aunque hay algo que no alcanzo a entender en este caso. ¿Con qué ojos ha de ver que se le quiera enmendar su obra? Es voz común que estas llagas son merced suya a este convento.

Mi hermana quedó en silencio por un instante. Luego respondió con débil voz, dudando:

—Es cierto. Un don que cada día agradecemos. Yo sólo pido que me aparte el dolor y que el mal no progrese si es que su ciencia alcanza a ello.

El médico, en tanto la vendaba, movió la cabeza.

—Raro modo de discurrir es ése. Separar tan claramente el dolor y el riesgo, del

milagro; lo corporal de lo sobrenatural. Se diría que ve muy claro lo que tantos doctores discutieron en vano. Lo que el Señor envía es preciso aceptarlo no sólo en lo que nos place, sino en lo que nos duele. ¿Qué sería si no por ejemplo de los mártires? Aunque yo le prefiera, por supuesto, antes santa que muerta y antes que santa, viva y saludable.

—¿Cuándo lo intentaremos, entonces?

—No pase cuidado. Mandaré aviso con tiempo suficiente. Queden con Dios.

—Que él le acompañe.

Estando la priora de tal guisa, con fuertes calenturas, atormentando el cuerpo, con aquellos recios ardores en sus manos y el espíritu ajeno, pendiente de tan cruel remedio, me rogó la supliera por un tiempo. Otra vez arreciaron las murmuraciones habida cuenta de que su antecesora pensaba que por edad y rango a ella debía encomendarse en tales ocasiones; otra vez la vieja procuró agitar las ya poco tranquilas aguas de la casa sacando a la luz nuestra antigua enemistad con ella tantas veces castigada. Todo ello unido a los recientes privilegios concedidos a nuestra nueva huésped, su doncella y vestidos, aquella celda tan limpia y alhajada eran otras tantas heridas en su carne por las que la melancolía se le entraba cuando no el dolor de tan ajenos goces que apenas le dejaban tiempo para el descanso o la oración empujándola cada día a nuevas y más enconadas murmuraciones.

De tal guisa andaban los negocios de la comunidad cuando cierta mañana, rayando el mediodía vimos una vez más animarse el camino real. Era una pequeña tropa. Ya a punto de entrar en la ciudad, se desgajó junto a la misma puerta un galope apretado de jinetes que vino a detenerse a pocos pasos de la nuestra. El más joven de todos echó pie a tierra presto.

Ya todas acudíamos a conocer la novedad, ya espiábamos desde las celosías aquel buen ramo de gallardos soldados cuando unos cuantos aldabonazos asolaron la casa.

Estando la priora en cama, a mí correspondía recibir a los recién llegados. Así, preguntándome la razón de su venida, qué nos vendrían a ofrecer o más bien, qué pedirían, me eché el velo a la cara y ordené a la portera que abriera. No era cuestión de escuchar por el torno a tan cumplido retén de caballeros. No andaba equivocada. En el umbral aparecían cuatro oficiales a los que la fatiga del viaje no hacía merma de sus dones naturales. Bien dijo aquella santa reina que más le placía obispo en ceremonia y caballero en armas que cualquier otro género de hombres. El sol brillaba en los arreos de sus cabalgaduras, en sus frenos y espuelas, aligeraba sus espaldas y menguaba el contorno de sus pechos.

Juntos los tres que aún restaban a caballo, a espaldas del que llamó a la puerta, semejaban arcángeles, a la vez hermosos y terribles, enviados por Nuestro Señor hasta este limbo humilde. Cuando por fin pude recuperar los ánimos y recibirle con

nuestro habitual Ave María, el de a pie se acercó hasta mí, barriendo el polvo del zaguán con el florón de plumas del sombrero.

—Nunca pensé, hermana, que tuvieran en los conventos el sueño tan pesado —comenzó; a lo que yo repuse:

—No es hora de dormir sino de oración y labor.

—¿Y qué tarea es esa que entorpece de tal modo los oídos?

—Una tarea no tan dura que no pueda soportarse con la ayuda de Nuestro Señor, ni tan ruin que no merezca el respeto de aquellos que le temen.

Quedó sin responder el capitán por un instante, fruncido el ceño y un tanto contrariado; pero luego con medido ademán y más suaves modales, pidió mi venia para hacerme saber la razón de su visita, que no era otra sino hablar con nuestra huésped.

Yo bien sabía que allá en la corte se usaba y usa de tales entrevistas, aun después de los votos; por ello no puse reparo alguno que bien se me alcanzaba de poco habrían de valer, a condición de que tal entrevista o conversación tuviera lugar en nuestro locutorio, a través de la red y en mi presencia, tal como se solía en tales casos.

En todo consintió el recién llegado, a todo se avino no sin algún reparo pero, ganado al fin por mis razones, despidió a sus amigos en tanto yo subía a avisar al objeto de su afán y mi cuidado.

Nuestra huésped oyéndome, no pareció inmutarse, quizás fingía o se hallaba advertida de antemano pues con gran calma, sin premura alguna, comenzó a vestirse y alhajarse como si se tratara de una visita habitual en el protocolo de la casa.

Servida puntualmente por la doncella, se colocó pausadamente sobre la camisa blanco jubón y falda recamada, ceñida por un bordado cinturón. Más que hermana, parecía prometida a punto de desposarse, dama camino de palacio, reina en traje de ceremonia, tales eran sus galas y ademanes.

Antes quiso saber el nombre de quien preguntaba por ella y como me excusara, fingiendo a su vez no conocerlo, insistió de nuevo:

—Dijo sólo —le respondí— que se trata de un buen amigo vuestro.

—¿De dónde viene?

—Parece de la corte.

Las últimas palabras aceleraron el afán de la doncella y ya a punto de seguirme, preguntaba todavía:

—¿lo sabe la priora?

—Sigue enferma en su celda. De todos modos preferí preveniros antes. Como de todos modos le llegará la noticia, será mejor apresurarse.

—Tiene razón, hermana —sonrió por vez primera, ya camino del claustro—, recuérdeme que le debo este favor.

Tal dijo y tal sentía viendo ya a través de la red a nuestro capitán, tan dispuesto y gallardo, aguardando impaciente. Adivinando presto en la penumbra el objeto y razón de su espera, se abalanzó sobre los barrotes, besando a su través las manos que se le ofrecían. Suave misterio este del amor que une los cuerpos y las almas aun a través de tan crueles barreras, dulce veneno que lleva a desearlo hasta a sus mismos fiscales y jueces. Cómplice de aquel encuentro era yo, nunca supe si por afán de medro o por gozar en cierto modo de tan alegre magisterio. El caso es que viéndoles allí a los dos adivinándose, hablándose, tentándose, a un lado y otro de los barrotes erizados de puntas como espinos, el corazón se me iba tras las palabras de ambos, tan dulces y sentidas, sobre todo en boca del capitán que murmuraba como pidiendo perdón por algún reciente y secreto pecado.

Según charlaban el enojo de nuestra huéspedada cedía. Ya sus palabras no eran cortantes, secas, ya a veces sollozaba aunque no claudicaba todavía. Hablaban de la guerra del padre que, semana tras semana, llevaba camino de perpetuarse y a la que el capitán con su tropa acudía; le echaba en cara que, a no ser por tal ocasión, nunca se hubiera acercado a visitarla, a lo que respondía el galán con protestas de amor, de que en su ausencia, ninguna otra persona o afición le requería.

Poco a poco al calor de las palabras olvidaron bien presto mi presencia, la distancia a que la red les condenaba. Aliviado de todo respeto y miedo pugnaba el galán por besar todo cuanto de su dulce mitad adivinaba: dedos, ojos, encajes y cabellos como si se tratara de un talismán o relicario tanto más perseguido cuanto más negado. Ninguna prevención, ninguna advertencia parecían capaces de frenar su fiebre, ni siquiera la noticia de los futuros votos de nuestra nueva hermana.

—¿Tú profesar? ¿Tú esclava? —clamaba a media voz el capitán.

—¿Qué hay en ello de raro? Se diría que ya no me conoces.

—Al contrario, porque sé como eres te lo digo. Y aún más añadiré que me parece juego necio este de ahora de jugar a conventos.

La voz de nuestra huéspedada volvió a tornarse grave.

—He decidido servir a Dios Nuestro Señor.

—¿Quién dice nada en contra? Cada cual lo hacemos conforme a nuestro rango. Pero tu condición no te consiente quedarte aquí encerrada para siempre.

—Ésta es mi casa.

El capitán lanzó en torno la mirada.

—Una casa bien pobre en mi opinión.

—Pienso arreglarla con la ayuda de mi padre. Alzarla de nuevo. Pronto será tan famosa y visitada como los otros conventos de la corte.

—No digo que no, ni seré yo quien intente aventar tales propósitos. Sólo vine —añadió en el dulce tono de antes— a decirte que me tengas por tan devoto como siempre.

De nuevo el capitán se acercaba a la red como si fuera a abrirla con sus furtivas manos. Ahora su rostro más pálido que antes aparecía vagamente por la trama sombría de la reja, en tanto su voz llegaba más tenue y apagada.

—De todos modos —insistió ¿por qué no escoger otra casa mejor, más cómoda? Todas están abiertas para ti. Todas conocen la riqueza de tu dote.

—Aquí tengo cuanto puedo desear.

—Además existe otra razón —añadió el capitán dudando.

—¿Qué razón puede haber tan importante?

—Allí podría visitarte a menudo. No sería preciso esperar a que una nueva guerra me aleje de la corte.

—Vanas palabras —replicó la amiga—, necias promesas. Hace sólo unos meses ¡cuántos días y noches me hiciste esperar con pretextos y razones parecidas!

—Si falté fue en contra de mi voluntad.

—¿Por qué no decir la verdad?

—La verdad es que la guerra mandaba entonces como ahora.

Nuestra huésped se alzó violenta como animal herido por la espuela.

—¡Santa y bendita guerra! ¿Por tan necia me tomas? Tus guerras las conocen todos. Tus batallas se libran siempre en lechos y alcobas.

Y al compás de acusación tan grave, se volvió de golpeando la espalda al visitante. Un rumor de seda y cordobanes le acompañó hasta la puerta del locutorio que dejó a sus espaldas, abierta de par en par como velado desafío al capitán cuya sombra se adivinaba dolorida. Aún la memoria de su ira retumbaba en el cuarto y ya su amigo se alejaba en derrota con grave caminar, pasillo adelante.

Raro destino el de aquellos amantes: volverse así la espalda, odiarse, desdeñarse en la mejor edad, cuando las ansias del amor aprietan, cuando el viento, las flores y los pájaros, la voz del cuerpo, la soledad del alma, invitan a gozarse lejos de rejas y razones, de olvidos y quejas. ¡Quién tuviera ante sí compañía tan apuesta, pasión tan sazónada, razón tan fuera de razón, al tiempo tan rebelde y sumisa! ¡Quién supiera mostrarse a un tiempo cauta y arrogante, ceder sin arriesgar, permanecer, huir, dejando tras la espalda la red tendida para el día siguiente!

Bien claro se notaba que nuestra nueva hermana era maestra en aquel arte donde el alma se entrega y abandona sólo tras un combate certero y doloroso, en el que el cuerpo nunca debe ceder al envite primero sino permanecer en guardia aun transido de amor y deseos venales.

Ahora tan sola yo, al lado de la red desierta, vacía en mí, más triste de lo que suponía, dudaba si volver a rendir cuentas a mi hermana o pedir albricias a mi nueva amiga. Sin saber qué partido tomar, corrí las cortinas de la red y las ventanas, apagando el locutorio.

Iba aún recordando aquel amor tan mal aprovechado cuando llegó hasta mis oídos

una voz queda y airada en la que al punto reconocí a la santa, a la que contestaba la hija de nuestro protector en el tono altanero que solía. Ésta le echaba en cara haber estado escuchando, dejar el lecho adrede para ello, aun hallándose enferma, tan sólo con el fin de entrometerse, dominándola como si se tratara de una hermana más cuando en verdad era la dueña de la casa.

—Escribiré a mi padre —murmuraba—, la mandará cerrar. Esas manos famosas no serán capaces de cambiar mi decisión si se me antoja provocar su ruina.

—Baje la voz. ¿No le parece bastante escándalo para un solo día?

—¿Qué escándalo? ¿Qué nueva ley es esa de prohibir por decreto las visitas?

—Algunas solamente.

—¿Es acaso vuesa merced mi confesor? ¿Quién le dio venia para absolverme o castigarme?

La priora no contestaba, mas desde fuera, hasta donde el oído consentía, se alcanzaba a notar el desdén de la una desde la cima de su orgullo y el rencor de la otra desde la cumbre menos estable de su reciente jerarquía.

—Su merced hará mejor pensando lo que dice antes de hablar así. Mejor recójase y medite y luego volveremos a tratar de este negocio si le place. Pero en tanto esté aquí y yo sea la priora, sepa y no me fuerce otra vez a repetirlo, que no pienso obrar con blandura o miramiento sino que iré hasta el mismo Padre Provincial si ello fuera preciso para que él decida lo que estime oportuno.

Dicho esto, salió más presta de lo que a buen seguro, su salud y fortaleza permitían. Tan vivo era su paso que apenas reparó en mí. El vuelo de su manto espantaba la madre selva en las paredes, los nidos muertos de moscas y gusanos, el polvo de la cal, la piel marchita de las hojas muertas.

Y yo me preguntaba qué razón formidable la había vuelto de aquel modo a la vida, tan repentinamente, qué causa defendía, qué ganaba en aquel negocio enfrentándose a tan recia enemiga.

Quizá se maliciaba el propósito de nuestra nueva hermana: erigirse en dueña y señora de la casa. Quizás, tras la sospecha primera, hubiera llegado a la certeza de que su cargo peligraba y quién sabe si su fama con tanto riesgo y trabajo conseguida. Puede que todo fuera un juego para empujar extramuros a nuestra nueva hermana, para ceder a los ruegos del padre y obligarla a un tiempo a renunciar, mostrándose en extremo rigurosa. No era difícil entonces entender su afán por alzarse aun enferma, su escuchar para luego delatarse, su voz no tan segura como aparentaba y aquel no verme al salir, esperando seguramente que la informara como correspondía.

Y yo. ¿Qué haría yo, partida en dos; por un lado mirando al corazón de mi hermana, por el otro a un futuro provecho si la causa de nuestra nueva huésped prosperaba?

Pero bien dicen que Cristo nos amó, de manera que si no le imitamos, no somos

como Él, ni en las acciones ni en el rostro, sino pobres, ciegos y mudos, porque sólo el amor hace vivir al hombre. Amémonos pues, hermana mía, por encima de cualquier bienestar o beneficio, amémonos y seremos semejantes a Dios, suframos juntas nuestras ansiosas soledades, suframos una en otra. No te traicionaré, yo no te venderé como un nuevo Judas por la gloria de la casa, por alcanzar fama y prebendas a la sombra de tus enemigos. Nada me importa sino tú, dentro de mí, en torno a mi cintura, con tu voz, tu aliento y tus sentidos. Juntas las dos, vengan en buena hora olvidos y desdenes que en nada prevalecerán contra nosotras. Gocémonos hermana en nuestra clara prisión de amor, en tan sublime cárcel compartida.

El cauterio es como un brazo tenso, cruel que apuntando, nos llama para rechazarnos dejándonos a la vez transidas y aliviadas. Su extremo más robusto, enrojecido como un ascua, invita y amenaza, hace temblar la pobre carne dolorida removiendo las recias calenturas de la santa. Sobre la ruin cocinilla que ha traído el doctor para hacer la cura en la misma celda sin llamar la atención de la comunidad, más parece instrumento de tortura, de los que, según cuentan, se aplican a los relajados, que alivio de males al servicio de la tropa.

El médico le hace girar sobre el vaho del carbón a fin de que tome su grado justo, en tanto mi hermana reza a sus espaldas, de rodillas junto a su cama ya ordenada para recibirla, procurando darse ánimos en tan difícil trance, pidiendo al Señor fuerzas para afrontarlo si es que aún quiere favorecerla. Ninguno de los tres hablamos, ni cruzamos la vista, ni escuchamos otra cosa salvo nuestro corazón y el duro crepitar de los carbones. De fuera sólo llega el rumor de los vencejos y alguna voz de la ciudad que en el silencio de la mañana parece resbalar sobre la vega.

El camino real vive en su rumor de cascos, en ruidos de carretas, en relinchos prolongados. Más acá de estos benditos muros nuestros se diría en cambio que todo el mundo calla; la huerta, el coro, la cocina y el taller en donde las novicias tejen sus cestas y serillos. Nadie murmura o ríe, no suenan voces, se diría que hasta aguardan inmóviles las golondrinas revoltosas y los sombríos grajos. Se diría que, al igual que nosotros en la celda, enmudecen, unos por miedo al propio temor y otros por el dolor de esas terribles manos.

De repente, perdida en tales cavilaciones, oigo junto al hornillo la voz del doctor avisando que el remedio está presto. Es cierto. A su lado espera tendido, rojo, casi blanco. Mi hermana al fin se ha alzado, se ha vuelto hacia él y mirándole temerosa, con voz quebrada y corta, murmura:

—¿No podríamos esperar un poco?

—Tranquilícese. Tenemos todo el día para llevar esta empresa adelante.

Al doctor se le nota su afán por quitar hierro a su trabajo pero de nada sirve hurtar el rostro al mal cuando éste se nos revela inapelable. Y aún para la casa entera sería

más notoria la operación aplazándola. ¿De qué sirve retroceder si el mal está ahí, negro, royendo, rezumando? Mejor atacarlo antes que esperar a que medre y estalle.

El médico, a su vez, callado también, sigue el correr de sus cavilaciones. De cuando en cuando aviva las brasas y el golpe del fuelle pone en la carne calofríos que arrastran la mirada hacia las manos ya libres de vendajes. Ahora podemos verlas sucias y oscuras como el limo del pozo, como tierras de pan en otoño, cortadas, rotas, sembradas de terrones.

Cuando mi hermana se ha visto ya desnuda de manos y brazos, con el hábito remangado, dejando al aire todo cuanto la regla permite en estos casos, de nuevo se ha sentido vacilar y ha sido necesario mantenerla en pie para no acabar con sus huesos en tierra. Abrazándome a ella, he luchado por hacerle revivir, por intentar comunicarle parte de mi valor, tan escaso y débil pero lleno de amor, dispuesta a padecer en mí sus recios dolores. Ella ha vuelto hacia mí los ojos, sintiéndome tan cerca y ha cedido a mis ruegos dejándose sentar en un sillón aparejado a propósito. Entonces nuestro doctor ha sacado de su valija una delgada varilla de madera colocándosela entre los dientes.

—Cuando el dolor arrecie, es mejor que la muerda. Ella le aliviará.

Y ya sin darle tiempo a más dilaciones, ha ligado sus brazos a los del sillón, tan rápido y seguro que, sin apenas notarlo, la santa ha quedado inmóvil de manos y piernas, esperando a su enemigo que ya se acerca por el aire, alumbrando con su tenue resplandor el aire a su paso.

—¡Dios mío; cómo serán las llamas del Infierno! —murmura la santa desviando la mirada, bañada de sudor, torpe de lágrimas.

—Ya le avisé que era remedio duro.

—¿No lo descubrirán mañana?

—Tranquílcese, hermana. Nadie sabrá nada. Haré un vendaje aún más sólido que el anterior.

Me he apartado un instante de los dos, abriendo con cuidado la puerta. Fuera no se ve nadie. Sólo se oye el murmurar del agua por los senderos ocultos de la acequia. Un ventazo de otoño estremece de pronto los troncos de las parras, las sombras de la hiedra, pero al cabo todo se torna suave y blando. Nada vive o se mueve, sólo mi corazón desbaratado que, de vuelta a la celda, corre más presto aún, viendo la lengua roja en manos del doctor, avanzar al encuentro de su víctima.

En un instante toda la celda se llena de olor a carne chamuscada, de un grito amordazado. Mi hermana parece a punto de romper sus ligaduras pero al cabo las fuerzas la abandonan y su cabeza derrumbada viene a decirnos que ni ve ni siente. Yo procuro alzársela, no para que contemple cómo el doctor espera junto a las brasas, sino por tenerla más viva en mi regazo, en tanto la lengua de fuego se vuelve otra vez blanca y terrible.

Ya torna el médico con el cauterio en alto, ya lo tiende, lo inclina y aplica con aquel mismo hedor, con chirrido apagado y seco que parece calar hasta los huesos. Él debe estar acostumbrado a manejarlo porque apenas roza la piel como evitando dañar más de lo necesario. Después comprueba el rastro que ha dejado tras sí y lo apaga en un cuenco de agua. Atrás quedan, sobre la piel, dos nidos horribles como la boca del infierno y ese aroma que sin saber por qué, recuerda a la muerte más que las tumbas de nuestro cementerio. Luego es preciso vendarla otra vez, devolverla al lecho y esperar a que el doctor salga para, con gran cuidado, desnudarla. El doctor, por su parte, anuncia que si el remedio se halla en manos de la ciencia, las manos en un mes estarán sanas y una vez recogida su herramienta, sale al fin con su ademán acostumbrado cuando me ofrezco a acompañarle.

—Ella la necesita más. Procure que descanse. Es preciso ayudar a la naturaleza.

¿Qué vería mi hermana en sueños? ¿Con quién hablaba a voces? ¿A quién se dirigía cuando se revolvía entre las sábanas? Noches enteras suspirando, clamando a media voz, herida nunca supe por qué, por quién, si en el espíritu o en sus manos.

A veces llamaba al padre, aquel hombrecillo ruin, color oliva, magro, que apareció por la casa un día, trayéndola de su mano. Un hombre que hablaba como los caballeros pero que vino a pie, sin otro séquito que unos pocos parientes cubiertos de barro, toscos y silenciosos. En su mirada a un tiempo altiva y maltratada, poco franca y hostil se les reconocía como gente de bien venida a menos, seguramente arrasada como tantas por las calamidades de los últimos años. Se les veía recelosos dejando entre nosotras a la hija, a pesar de las protestas del padre sobre su vocación. Triste deseo, dañosa vocación la suya tal como podía leerse en aquellas gastadas ropas, en sayas y jubones que amontonaban entre sí tantos años y leguas como el maltrecho camino que los trajo.

Ante que hidalgos parecían peones de los más pobres y abatidos, de los que sólo ven pan de centeno, migas y carne mortecina, siempre embutidos en pellizas y zurrones que mal cubrían largos ayunos, hacienda abandonada y días perdidos en inútiles pleitos.

Seguramente a ellos gritaba mi hermana en sueños, tal vez de su recuerdo huía, viéndolos tan cercanos en torno de su lecho. Tal vez la madre se le adelantaba, la besaba como en aquella ocasión, se le postraba de rodillas esperando tal vez su bendición como aquellos que extramuros seguían agolpándose, luchando por una brizna de pelo suyo, por un trozo de tela ensangrentada.

Pero ni a ella ni al hombrecillo ruin se dirigían las palabras de la santa. Muchas noches, velándola, quise saber la razón de sus protestas. En tanto cerraba la puerta para que no llegara hasta el pasillo el rumor de los gritos, intentaba encontrar en la maraña de sus voces, algún nombre que reconocer pero siempre su voz enmudecía

dejando mi atención en blanco.

Nunca llegué a saber quién era su enemigo en aquellas noches inciertas; tal vez otras tuvieran mejor suerte que yo pero en lo que a mí toca fueron inútiles mis horas con el invierno ya avisando, barriando la llanura con sus cortinas de retamas y cardones. El invierno venía en aquella breve luz tan apurada que acongojaba el alma, que me hacía llorar sobre el cuerpo de mi hermana, aquel cuerpo tan florido y suave en tiempos, hoy flaco y dolorido, abandonado de todos salvo de mí, que allí le devolvía su amor en caridad, sus pasados silencios en gozo renovado lejos del mundo, fuera y dentro de la casa.

En un principio, en los primeros días, algunas hermanas se asomaban a la puerta.

—¿Está en pie la priora?

—¿Ha vuelto de su sueño?

—Oímos decir que en este tiempo las llagas se borraron. ¡El Señor no lo permita!

—A buen seguro que no querrá perjudicarnos.

Yo tan sólo asentía apuntando con un gesto a las manos cuyas vendas cambiaba cada día y ellas más confortadas, marchaban satisfechas como si su interés se hallara más en los beneficios del milagro que en la salud de la santa por la que preguntaban.

También la huésped vino a visitarnos. Tal como acostumbraba, entró sin anunciarse ni vacilar, seguida de su eterna doncella. Desde su altura a la que nunca renunciaba extendió la mirada por la celda, examinando las paredes rotas, los ruines muebles, los desnudos suelos tan diferentes de los suyos. Luego bajó los ojos y nos estuvo examinando en silencio. Viéndola así tasarnos, medirnos, a mi hermana sobre todo, se diría que era ella la priora y no la santa.

—¿Duerme? —me preguntó.

—Al menos descansa.

—¿Cuánto tiempo lleva de ese modo? —y cuando le iba a responder, me atajó como acostumbraba—: ¿Cuánto hace que no la ve el doctor?

—Pierda cuidado, le estamos esperando.

—¿Para cuándo?

—Para uno de estos días. Hasta entonces nos recomendó paciencia.

—Un remedio bien propio de médicos. Lo grave es que no cura sino algunos males. Si éste no cede y seguimos sin gobierno, será preciso acordar nuevas votaciones pues como dice el libro, no es bueno que ande el rebaño solo, sin pastor, no sea que se separe y pierda.

Yo nada respondí, pero ella, a punto de salir, añadió:

—Incluso esas mismas llagas pueden llegar a malograrse y aun volverse en su contra si el Santo Tribunal se fija en ellas.

Salió con su sombra detrás, dejándome contrita y preocupada, recordando su tono de voz, temiendo ya su intromisión en nuestro fraude, en el que iba ahora, no sólo la

paz de la casa sino el riesgo de prisión, frutos parejos de su mismo huerto.

Quizás ella no era tan necia como las demás, ni tan interesada. A fin de cuentas venía de la corte, no de tierras de saya y abarca, lejos de otros lugares más ricos y mayores. Quizás sabía distinguir entre las cosas de este mundo y los prodigios del otro, entre los dones del Señor y los milagros de tejas abajo destinados a satisfacer humildes sueños.

De ella debió nacer aquel funesto lance que se inició con la mejoría de la santa, cuando ya su razón volvía, cuando alcanzaba a reconocer mi voz, cuando su vista se alegraba otra vez escuchándome.

Volvía a correr en sus entrañas el flujo de la sangre y salvo tenerse en pie, parecía tan viva y sana que sólo esperábamos la venia del doctor para sacarla al claustro, cuando cierta mañana le sorprendí de plática con nuestro capellán. Ambos tenían el gesto grave y preocupado. No entendí sus palabras pero al pasarle recado a mi hermana, vi que perdía su humor de los últimos días.

—¿Qué le sucede? —le pregunté procurando animarla—. ¿De nuevo le vuelve la fiebre? No nos tenga el doctor por flojas.

Pero a pesar de mis palabras, su valor de días anteriores flaqueaba. Le fue preciso volverse a acostar.

—Después de tantos días postrada, no es de extrañar que se fatigue.

—¿Tan mal estuve?

—En ocasiones sí.

—¿Dije entonces alguna cosa inconveniente?

—Ni una sola palabra que pudiera entenderse en tanto estuve yo a su lado.

—¿Quién más me veló?

—Unas y otras según el turno que establecimos. Incluso la priora pasó en la celda muchas tardes. De todos modos lo que ahora cuenta es que no tiene fiebre.

—¿Vino el doctor también? —insistió.

—Tan sólo recomendó descanso. Ya ve cuán acertado estuvo en su remedio.

A poco, como respuesta a sus preguntas y mis dudas, sonaba en el pasillo la campanilla que anunciaba la visita del médico.

Apenas tuvimos tiempo de echarnos el velo a la cara y ya entraba anticipándose a nuestro saludo. Ahora su tono era bien diferente de cuando hablaba con el capellán, como sus ademanes más firmes y suaves en tanto comprobaba la mejoría de la santa que, en su opinión, preludiaba una completa mejoría.

Parecía en extremo interesado por ver a la enferma en pie, tanto que la visita no duró la mitad que las anteriores. Quedó en volver más adelante y fue a medir su opinión con la del capellán que ahora avanzaba, entrando en la celda, acercándose a mi hermana, más dispuesto a confesarla que a atender a la salud de su cuerpo.

—¿Es verdad que empieza a sentirse bien?

—¿Por qué me lo pregunta de nuevo?

—Porque vimos y oímos a su merced en trances tales que pensamos si no habría perdido la razón definitivamente.

—Al contrario; nunca estuve más cuerda que ahora. De todos modos ¿qué desea de mí?

El capellán callaba. Se alejó del lecho y lanzó una mirada al crucifijo como esperando ayuda o quién sabe si respuesta. Luego miró hacia la puerta entornada y al fin, en un suspiro, comenzó:

—Para nuestra desgracia corren días aciagos para la casa.

—¿Aciagos? Nunca los vio mejores.

—Yo sí los conocí, por ello afirmo lo que digo. Todo en ella anda revuelto desde su enfermedad. Incluso vuestra huéspedada parece mal dispuesta. Habla de abandonarnos.

—¿Y qué se me da a mí de tales enojos? Puede irse en buena hora.

—¿Y perder la casa el favor del padre?

—Antes de que viniera, salimos adelante. ¿Por qué no hemos de prevalecer ahora?

De nuevo el capellán calló; de nuevo el rumor de sus pasos midió el silencio de la celda.

—De todos modos —confirmó, en tono más grave todavía— no es ésa la razón principal de mi visita. Vengo ante todo para informar acerca del estado de su salud.

—¿Mi salud? Y ¿a quién debe informar?

—A alguien fuera de la casa.

—¿Y quién puede interesarse en ella?

De nuevo aquel silencio. Luego la voz clara como la luz, tan suave como un dardo que poco a poco atravesara el aire.

—Al Santo Tribunal. Hace tiempo que recibió una denuncia en contra de las dos —nos envolvió en el mismo ademán y concluyó—: el Santo Oficio no acostumbra a informar de quién la cursó ni siquiera de a qué materia se refiere.

—Bien lo sé. Aunque maldito si hace falta. A buen seguro que esa denuncia salió de esta casa.

—En atención a su enfermedad, se nos ordena que quedéis recluida. En cuanto se reúnan los testigos, se seguirá el proceso acostumbrado.

—¿Tardará mucho aún? —pregunté temblando.

—Tenga paciencia y ruegue al Señor. No pierdan la esperanza. Siempre salva a los que en Él confían. Si es cierto que han pecado, no hay otro juez mejor.

Vanas palabras, razones necias. Tal como yo temía nuestro destino se precipitaba. Apenas salió el capellán fui a encerrarme entre los brazos de la santa. Por vez primera desde que nuestro negocio se mantuvo en pie la sentí estremecerse y no era para

menos. Sólo oír el nombre del Santo Tribunal hacía enflaquecer el ánimo.

—Hermana, van a quemarnos a las dos por nuestros pecados.

—No tenga miedo —respondió intentando animarme—. Si nuestra falta es grave, el perdón es también infinito.

—No el de los hombres.

—Incluso en este mundo ha de haber justos poderes.

Puede que fuera a causa de la enfermedad, pero perdido su temor, era ella quien debía mentir, intentando alzar mis ánimos, espantar mis lágrimas.

Bien conocíamos los pasos que ahora vendrían en cuanto que el doctor diera a su enfermedad por concluida, a la santa por sana.

Para nuestra desgracia el plazo se cumplió harto breve y antes de una semana allí estaba de vuelta con dos familiares del Santo Oficio. Sin respetar su estado, tras mucho preguntar a la antigua priora y a las demás hermanas, señalaron un plazo para que les acompañáramos. De nada sirvieron nuestras protestas y consideraciones. Grande fue la satisfacción de algunas, de la antigua priora sobre todo, de nuestra huésped, de un grupo reducido que en torno suyo, presto se había alzado. Mayor el desconsuelo de las otras que acusaban al Santo Tribunal de dar oídos a denuncias anónimas.

De pronto, en unas horas, aquella calma aparente de anteriores jornadas, aquel silencio cargado de pasiones y hieles, pareció estallar como mina cebada, sembrando la casa toda, desde la puerta al coro, de odios temibles y rencillas constantes. La espada del Señor pareció dividir a la comunidad en dos mitades, las que aún tenían por santa a la nueva priora y las que en pocos días, ya osaban motejarla de impostora. Así andaba en suspenso todo: rezos, trabajos, visitas, colaciones. Hasta el sueño se perdonaba con tal de ceder o condenar, de asistir a los diversos capítulos que, en las celdas, cada noche, tenían lugar hasta que el día amenazaba. No se trataba ya de sus llagas que parecían barridas, olvidadas. Sus repentinas valedoras, en su afán por salvarla, descubrían ahora nuevos prodigios que añadir al molino de su fama y que una vez extramuros, crecían y se multiplicaban.

Según tales avisos, la virgen y los santos a menudo la visitaban. Hasta el mismo Jesús bajó una noche para confortarla, dejándole como recuerdo de su paso una espina clavada en la sien arrancada de su corona en el monte Calvario. Afirmaban muy rotundamente que no tomaba alimento alguno, salvo la Santa Eucaristía, que era capaz de sacar del infierno infinidad de almas, salvando más de cien de un solo golpe. Y aún más, se remontaban a los días lejanos de su infancia, asegurando que ya de niña, con sólo poner las manos sobre los enfermos, les hacía recobrar la salud como nuevos lázaros arrancados de la tumba.

La noticia de tales prodigios llegó incluso hasta el oído de sus padres y fue cosa sonada su vuelta apresurada, su afán por dar testimonio de todas aquellas maravillas,

asegurando muy cumplidamente que ya de niña mi hermana obraba prodigios tales.

Allí estaban esperando el final de su aventura sin querer entender otra cosa que su propio interés, sin importarles la suerte de la santa cada vez más incierta y apurada.

Vestidos con sus viejos trajes, quién sabe si sacados del arca para tal ocasión desde el día de los votos, llegaban bien temprano cada mañana, solicitaban visita que por lo común la portera les negaba y volvían a la ciudad, maltrechos en cuerpo y alma pero sin darse por vencidos.

Nuestra huésped, en tanto, no perdonaba momento ni ocasión de arruinar la fama de la santa, afirmando a su vez, y quizás era cierto, que en cuestión de estigmas y llagas el país se hallaba tan sembrado de ellas que podían recogerse como el pan en verano, llenando los graneros de todo el reino. Entre éxtasis y arrobos raro era el convento que no contaba con su prodigio particular y hasta seglares y beatas se los atribuían sobre todo las féminas por hallarse su sexo más flaco de cabeza, por soñar más que los hombres y confundir las ilusiones del Demonio con avisos de Dios y las cosas del alma con los tratos del cuerpo.

De tal modo creció la guerra entre unas y otras que el rumor de sus lances saltó los muros del convento alcanzando la villa. Cundió la voz de que querían desgajar de la casa a la priora y una turba airada vino a sentar sus reales ante la puerta. Era cosa digna de oír la tormenta, el huracán de voces que desde el romper del día llenaban de ecos las celdas y los patios, pidiendo que no se le dejara marchar, amenazando con acudir al Padre Provincial, al rey nuestro señor, unas veces gimiendo y otras amenazando.

La iglesia se poblaba de rostros que apenas seguían el curso de la misa, las palabras del sacerdote, tan a menudo se volvían a mirar a la red, luchando por distinguir, más allá de los barrotes, aquellos brazos blancos, vendados, que tanto recordaban, prenda de salvación a punto de ser perdida para siempre. En vano el capellán solicitaba su atención, intentaba tranquilizar a los presentes con promesas de una inmediata vuelta. Aquella turba falta de compostura y devoción, sólo sabía sollozar, suspirar y a ratos agraviar a media voz al Santo Tribunal y sus callados tratos.

Y aún vino otra plaga más a caer sobre nosotras en los pocos días que aún antes de partir restaban. Fue ésta la de las cruces, medallas y reliquias que invadieron la explanada ante nuestro zaguán, pregonadas, vendidas, veneradas, restos quizás de otras antiguas devociones pero que una nutrida grey de falsos peregrinos pregonaba como pasadas por las manos y ropas de la santa. Hombres y mujeres de todo rango y edad arrebatában aquellos trozos de paño, mechones de cabellos, pedazos de carta, los unos pagando cuanto les pedían, los otros suplicando hasta llegar a usar de la violencia.

Y aún resultaba más extraño el silencio de mi hermana cuando por mi boca

llegaba a tener noticia de tales arrebatos.

—Deje que corra la voz de esos prodigios, hermana —me decía—. Han de favorecer nuestra causa ante los jueces.

—Pero las dos sabemos que son falsos.

—¿Qué sabemos lo que es falso o no? ¿Qué sabemos de la naturaleza? Lo que hoy es cierto, mañana no lo es. Quien hoy vive no sabe si llegará a alcanzar el día de mañana. La vida, hermana, es como un río al que no es posible contener. Pensamos desviarlo, dominarlo, usarlo a nuestro antojo, pero él sigue sin que ninguna fuerza del cielo o de la tierra sea capaz de hacerle caminar hacia atrás, detenerse o morir. De igual modo estamos hechos los humanos. Sólo el Señor en su inmensa sabiduría, puede juzgar o condenar; nuestro destino sólo depende de sus manos.

—Pero las dos hemos mentido —insistía yo, perdida en tales vaguedades—. Nunca desde el principio, dijimos la verdad. Ni siquiera ahora.

—No hay nadie en este mundo capaz de juzgarnos.

Quizá la enfermedad, el sueño, hubieran turbado su razón, borrado de la memoria nuestro fraude inicial, cuyas primeras consecuencias tocábamos ahora. O todo era ilusión, figuraciones mías, quizás eran mi razón y memoria las que ni razonaban ni regían. Quizás aquellas dos oscuras manchas tan turbias y hediondas bajo la lengua roja del cauterio eran tan sólo ensoñaciones mías, no provocadas por mí, cortadas vena a vena. Tal vez para mi hermana ningún riesgo existía puesto que ella sólo debía postrarse ante nuestro juez eterno y natural. Pero sí para mí que ya me veía ante nuestro temido tribunal de tejas abajo, con sus terribles jueces y sus modos de arrancar la verdad a tantos otros herejes, embusteros y relaxos. ¿Qué sería de mí si mi hermana y mi Señor me abandonaban? ¿Sería capaz de callar la verdad o arruinaría su buen nombre perdiéndome en ella?

## Capítulo VI

Marchamos hacia la ciudad en donde el tribunal debía examinarnos. La salida fue más que a puro arrebató, a tempestad cumplida de carreras y gritos. Las mujeres querían estorbar el paso; los hombres, por más fuertes, arrebató a mi hermana del interior del coche, los tullidos se lamentaban y la gente de la ciudad de santiguaba en silencio murmurando oraciones. Nuestros celadores luchaban por mantener despejado el camino, pero la multitud, en ocasiones, amenazaba encerrarnos, haciéndonos volver atrás, buscar refugio en los muros que dejábamos. De la villa frontera, de otros muchos concejos y lugares se juntó tal multitud que, tomando la llanura por suya, parecía aquello un nuevo juicio de Dios antes que devota despedida.

Y sucedió que apareciendo el sol tan rojo como en aquella estación solía, alguien dio en murmurar que sangraba como las llagas de la santa, viendo a ésta de tal modo atropellada. Un llanto universal comenzó a alzarse entre sus devotos tornándose a poco en coro de enojos, a un lado y otro de las rejas. Allá en la casa, tras de las celosías, se adivinaba la congoja de las demás hermanas frente a la muda alegría de las otras, preludio de la guerra que a espaldas nuestras quedaba a punto de romper apenas nuestro coche se alejara.

Nunca hubiéramos conseguido seguir adelante a no ser por los alguaciles y una punta de tropa que haciendo una salida, espantó a los más débiles, manteniendo a raya a los más firmes dejándoles por asustados o maltrechos. Mas no fue así, tal como presumían, porque la multitud vuelta a juntar tras de la carga, nos seguía y alababa, pugnando por tocar siquiera las ruedas del coche, cuando no las maderas de la caja. La santa se asomaba de cuando en cuando, a despecho de sus celadores y era de ver cómo de nuevo la multitud se apretaba y crecía, obligándonos a acomodar el paso al lento caminar de los más ancianos.

Yo, frontera a mi hermana, mirando más allá de las cortinas, me asustaba viendo cómo a la mentira se añadía el escándalo, preguntándome si su espíritu pertenecía todavía a su carne mortal o arrebatado por la enfermedad, caminaba por la senda de la eterna locura. Quizás su orgullo vivía ahora sus días más felices, entre aquellos que a nuestro paso la aclamaban colmándola de halagos, encomendándole sus hijos, sus males y sus vidas, olvidados del todo nuestros días primeros en la casa. Tal vez su gloria estaba allí por un día, unas horas, en el rumor que de fuera llegaba, en el tumulto de las voces, en aquel mar de gloria alborotada, a solas, olvidada de mí, de aquellos padres de los que ni siquiera llegó a despedirse, de la vieja priora, de nuestra huéspedea que apenas se dejó ver en aquellas jornadas, de la casa toda donde quizás ninguna de las dos volviéramos.

Ahora el mar no nos sigue, nos precede. Desde la villa próxima, lejana en una legua, todavía viene una nueva tempestad que presto se une a la que nos envuelve. Aún antes de alcanzar a distinguir otra cosa que su campanario, se diría que el lugar se vacía y a paso lento, con cruces y pendones, viene a unirse a nosotras. Al fin unos y otros se confunden. Parecen los mismos pero éstos llegan menos cansados, más enteros y firmes. De tal modo nuestra fama crece hasta donde ni mi misma hermana llegó a pensar. Así este viaje más que asustarla le hace crecerse, la afirma y asegura. Aun como ciegas, sin ver otra cosa que lo que las cortinas nos permiten, bien se aprecia que el mar que nos envuelve crece y arrecia, se hace más sordo según vamos cruzando la calle principal, según retumban en ella los cascos de las mulas y las voces.

A ratos miro, más allá del velo, al celador que nos acompaña. Él también a su vez desvía los ojos hacia el vuelo de tafetán que nos defiende del sol y el polvo. Su gesto adusto se torna preocupado. Su ademán parece que quisiera avivar el paso de los animales.

A cada aldea que cruzamos, según las ansias y las voces aumentan, debe temer que intenten detener el tiro, tomar al asalto el carruaje, arrebatarnos a las dos, para llevarnos no sé si al cadalso o a los altares. Así vamos sin detenernos a comer o a matar la sed, sin un alto en el que satisfacer las comunes necesidades corporales. Vamos sedientas, al menos yo, entre curiosa y asustada, sin recibir noticia alguna del país que cruzamos, ni de la suerte que allá, al final de tan atropellado viaje, nos espera. Viajamos en volandas, llevadas sin tocar el suelo por una fe capaz de arrasar villas y montes, seguirnos largo rato de rodillas, besar las huellas que los cascos dejan y luchar por alcanzar los estribos del coche a riesgo de morir aplastados por las ruedas.

Cada vez que las oraciones se alzan en torno, que algún coro en agraz trata de hacer sonar sus voces recias y atropelladas, me pregunto qué sería de nosotras si aquellos que hoy nos honran y acompañan descubrieran la verdad, si llegaran a saber cómo y cuándo empezó esta historia. Será como dice nuestra huésped, que raro es el convento sin estigmas o apariciones o beatas pero mucha debe de ser la necesidad de estas gentes cuando tras de nosotras vienen, sometidas a tales sacrificios. Mucha fe deben necesitar, mucha esperanza sin satisfacer, mucha miseria del cuerpo y el alma cuando así se niegan a que les arribasen a su santa, cuando así la honran y sirven, en cuanto los celadores lo permiten, en lo poco que el Santo Tribunal consiente. Pobres gentes, arrastradas de tal modo, tan confiadas víctimas de dos mujeres malhechoras, la una llevada por un orgullo disfrazado de devoción, la otra arrastrada por ciego amor, capaz de acompañarla hasta las mismas gradas de la hoguera.

Aparte Dios de mi vista tal visión. La una frente a la otra, sobre nuestros tronos

de leña y paja, a punto de ser prendidas por la yesca. ¿Quién dirá si son más suaves las llamas de este mundo que aquellas otras de la eternidad sobre esta carne tan maltrecha ya, colmada un día de pasión, ayuna de todo amor ahora? ¿Cómo será la ausencia del Señor comparada a esta ausencia? ¿Cómo su eternidad con esta espera prolongada mecida por el vaivén del coche,alzada hasta las nubes por el rumor y los cantos que nos llegan de fuera? Milagro del amor que así perdura y permanece, alimentado apenas, gozado en silencio, llave que cierra el paso a todo mal y hace buscar refugio en unos años donde el recuerdo medra. Allá, frente a frente, sobre el solemne estrado, estaremos las dos. Puede que juntas. Mejor así pues, como en vida, el mismo fuego nos consumirá. Irá subiendo desde los pies monte arriba, carne arriba, hasta tus manos, por el sendero que las mías tantas veces descubrieron. El mismo fuego vendrá a unirnos también en esta ocasión tal como entonces y a la par, nos hará perder sentidos y razón, morir, hundirnos juntas, dejándonos ya unidas para siempre.

Ya apuntando mediodía hicimos nuestra colación pues con la tempestad de la partida, nadie acordó servirnos bocado a la mañana. Nuestro carruaje se detuvo y con él la multitud que nos seguía, estrechándose en torno por ver bajar a la santa. Apenas puso pie en tierra de nuevo la sufrida grey se abalanzó sobre su persona luchando por conseguir su ración de hábito o manto o pasar por sus pies algunas de las reliquias que traían. En vano el alcalde mandó despejar. Como mies en verano, aquel mar de cabezas renacía, hasta que al fin alcanzamos el zaguán cruzando aceleradamente el patio. Allí en el aposento que se nos reservaba entre unos cuantos cañizos viejos, una mesa y dos sillas carcomidas, ante platos con restos de olla, queso y pasas, luchamos por engañar el hambre que desde mediodía nos rondaba. Más que aposento asemejaba prisión, con tan fuertes barrotes, tan cerrado y sombrío, alumbrado por un mustio velón de aceite.

Quedamos las dos frente a frente, sin saber qué decirnos, sin mucha gana de romper nuestro ayuno del día, como si, una vez solas, nos sobrarian de pronto comida y silencio. A pesar de encontrarnos sin testigos volvía a verla tan lejos, tan ajena como siempre en los últimos tiempos, indiferente incluso a los temidos días que a buen seguro de inmediato vendrían.

Yo, en cambio, lloraba dentro de mí pensando en el castigo, en cómo habría de llegar tal nueva hasta mis familiares. Recordándolos, sintiendo la carga que iba a echar sobre sus hombros si tal como temía nos condenaban, de buen grado hubiera roto a suspirar, pero el silencio de mi hermana a la vez que me asustaba, me contenía. Así sólo supe murmurar al cabo:

—Hermana, mala suerte nos espera.

—No tenga miedo —respondió—, no podrán nada en contra. Nadie es capaz de torcer los designios de quien vela por nosotras.

—¿Y cómo sabe que vendrá a socorrernos?

—Porque el Señor ayuda a los que creen en él, sencilla y llanamente.

—¿Es así como le ama su merced?

—De esa suerte. Es inútil lo que intenten contra mí mis enemigos. Mi respuesta consiste en dejarme aniquilar por su bondad. Él hará lo demás. Sabrá luchar por mí, como esposo y amigo.

Tales palabras eran nuevas para mí. Poco entendía pero en lo que adivinaba, veía que el Señor o por decirlo de otro modo, su orgullo le cegaba cada día más a medida que iba subiendo los peldaños que bien podían llevarla al palo de la hoguera.

—¿Qué es el alma sin tormento? —proseguía—. Es barro como el cuerpo. Bien poco vale una vida sin riesgo. Para alzarnos de la tierra es preciso sufrir en ella toda suerte de mortificaciones. ¿Qué importa el fuego si otro fuego de amor abrasa y quema el alma?

Yo en cuestiones de amor tan sólo conocía la llama de aquel otro que antaño nos unía. ¿Qué me importaban humillaciones y desprecios? ¿En qué se honraba al Señor con tales privaciones? Tanta humildad nacía de su secreta vanidad cada vez más crecida según nuestro destino se venía acercando. Aquel triunfo que tanto pregonaba, no lo era para mí, seguramente porque el Señor no da a todos el mismo entendimiento, pero mis luces aún alcanzaban a iluminar el camino de su sinrazón que, poco a poco, de mí la iba apartando.

«Mi gozo está en unirme al Señor», aseguraba y yo, pobre de mí, sentía la desazón de los celos unida a una cruel soledad que a ratos me aconsejaba huir, abandonarla, en aquel nuevo laberinto.

—¿Y el Infierno? ¿Y la muerte? ¿Tampoco les teme su merced?

Me miró en silencio, respondiendo al cabo:

—En la muerte está la vida verdadera, la mayor sabiduría, el perdón de nuestras más graves faltas, el camino más cierto hacia los cielos.

Mal entendía yo aquellas novedades. Antes se me antojaban pretextos simulados para abandonarme, ahora quealzada en su pedestal, ni me temía ni me necesitaba. Bien poco se me daba de su nueva arrogancia, de aquella nueva sabiduría tan particular, bebida quién sabe dónde, aprendida en quién sabe qué páginas.

Así, bajé los ojos asintiendo en silencio a sus razones, intentando matar el hambre que apretaba, en lo que ella me imitó, hasta que nuestra olla quedó tan vacía como mi corazón poblado de preguntas.

Ya se acerca sobre los montes otra noche que se adivina cruel que, cuanto más avanza, más nos acerca al día en que se ha de librar nuestra común batalla con el miedo. Los campos callan bajo la brisa fría que comienza a agitar las retamas, los mantos y frazadas. Los que nos siguen callan ateridos, con los pies doloridos, aunque

su devoción resista todavía los envites del viento y la fatiga de todo un día a la huella de los carros. Su fe se adivina en el rumor de sus pasos, en los murmullos cuando alguno, sin poder tenerse en pie, entierra la cabeza en el polvo o sale del sendero a tumbarse entre las hurces junto a sus familiares. En ocasiones llega de más allá de las cortinas un estallido de voces turbulentas, pugnando por apurar la marcha, incluso blasfemando, pero pronto muere, cede, vuelve a su ser monótono, al compás de los pasos que reemprenden la marcha.

Nadie es capaz de detener nuestro cortejo, ni siquiera la punta de tropa que tanto se apura sin saber para qué, ni el sol del día que aún derriba a los más débiles, ni esta brisa que corta a la noche el resuello a los más viejos. Ellos, todos, siguen tras de la santa, cantan y rezan, se cuentan milagros fabulosos. Nadie debe escuchar a nadie pero, como dispuestos a enfrentarse con algún enemigo singular, sus propios gritos y protestas les animan a seguir adelante, levantando sus corazones. Ésta debe de ser su fe, bien distinta, por cierto, de la que a solas predica la santa. Ésta debe de ser aquella de la que se dijo que mueve montañas, según empuja en torno, estos montes de sombras.

Ahora nuestra grey calla, guardamos silencio todos: peregrinos, soldados, celadores. Mi hermana ha cerrado los ojos y duerme o finge dormir. Quién sabe si en su interior el miedo hace su nido. Puede que en lo profundo de su corazón también ella cuente las jornadas que restan. Quizás llora para sí ya que no por mí, quizás tiembla en la noche. A fin de cuentas su suerte sigue incierta. Ahora la santifican, luego el Señor dirá si acabaremos como tantos, encerradas, muertas en vida, recordadas sólo en rezos y medallas, vendidas en los mercados entre coles y aceite y banastas de nueces.

Pero de pronto tales presentimientos huyen como barridos por el viento. De lejos llega el rumor de una campana más, cuya voz bien sabemos lo que dice. Un pueblo, otra aldea nos recibe. Mi hermana abre los ojos y suspira.

—¿Llegamos al fin?

Luego, atendiendo al son del bronce, entiende como yo, que se trata de algún lugar pequeño.

—Quiera el Señor que encontremos aposento.

—Ya lo sabrán buscar los celadores.

Pugnamos por mirar más allá de la cortina pero ya es noche cerrada y al resplandor de una medrosa luz que va y viene muy lejos, apenas se alcanza a ver sino las mismas siluetas que nos acompañan por el día, que ahora avivan el paso, adivinando la presencia de las otras que vienen a su encuentro.

De nuevo nos hallaron un aposento grande y desbaratado. Más que invitarnos a entrar en él, quedamos encerradas como si dos mujeres, solas y pobres, después de una

jornada como aquélla, fueran capaces de elegir entre marchar o descansar siquiera esa noche. Y sin embargo el corazón no cesaba de empujarme a huir, haciéndome ver bien claro el peligro que las dos corríamos en cuanto concluyera el viaje.

Mis ojos no cesaban de mirar a una y otra parte pero mi hermana aparecía sosegada. Viéndola así, tranquila, me pregunté qué sería de mí si algún día me faltaba y aún andaba buscando la respuesta cuando del otro lado de la puerta, llegó un rumor de voces en las que reconocí a nuestros celadores.

Tal como si de reos se tratara, hablaban de nosotras. Uno preguntaba si no sería mejor esperar a la noche para entrar en la ciudad, evitando toda suerte de efusiones; alguno respondía que no había razón para proceder de tal modo como si al Tribunal le fuera preciso ocultar sus juicios de la luz del día. A pesar de sus muchas dilaciones nada acordaron, antes bien aplazaron la decisión hasta la llegada de un correo que desde la ciudad debía venir a encontrarnos rayando el alba.

Todos fueron cayendo rendidos por el sueño, los unos en el aposento frontero al nuestro, otros por los muchos desvanes de la casa. Sólo quedamos velando nosotras dos, a pesar del cansancio que maceraba nuestros huesos, hasta que en el cielo, las estrellas más altas se borraron y el sueño pudo más y allí juntas las dos, quedamos sobre el mismo lecho como antaño.

Nuevamente en pie, otra mañana parecida se nos vino encima con nuevos cánticos y pláticas, con los mismos cerros a lo lejos que, una vez la niebla despejada, se iban poblando de nuevos devotos. Ya los campos y huertas avisaban de que no andaba lejos la ciudad, así como las eras doradas y las tapias, el mayor celo de la tropa y la nube de carros que en este punto nos acompañaba. Sin saber cómo, de los senderos diferentes y vecinos surgían puntas de sucesivas caravanas, haciendo rechinar sus ruedas, moviendo sobre el polvo sus pesadas siluetas. Mulas, gente de a pie, caballos y soldados se fundían como dispuestos a reñir batalla. Ya chocaban con el ejército frontero, sumándose los dos, agrupados en torno a nuestro coche, asolando a su paso canales y sembrados. Ya una voz extendida por toda la llanura crecía con la luz de la mañana, repetida sin compás ni orden por tantos ecos como aldeas y tantas voces como torres y espadañas. Ya se acallaban canes y pájaros, asustados por aquel canto prolongado, no de gozo, como mi hermana suponía sino de mal augurio, de secretos temores.

Por un momento la tropa hubo de intervenir amenazando con una descubierta que dio en tierra con los más adelantados, abriéndonos paso durante breve trecho. Una vez franco el camino, alcanzamos a distinguir la ribera del río y el puente que lo cruzaba hasta la villa. Allí la cruz del humilladero se me antojó nuestra cruz y un campo abierto pajizo y solitario, el lugar donde los autos de fe debían celebrarse. Nadie me lo avisó, nadie me señaló aquel solar triste, cruel, desamparado, pero mi corazón me lo anunciaba corriendo aún más, según cruzábamos el río, a medida que

nos acercábamos a la gran puerta de la ciudad que ahora se me antojaba el paso a la antesala del infierno.

Y sin embargo, en la ciudad, qué júbilo, qué sonar de campanas, qué gentío esperando en las calles, espiando en las ventanas, qué racimos de rostros encaramados a balcones como en tiempo de bodas o bautizos reales.

Nunca supe si esperaban vernos libres o en el palo, si nuestra vida o muerte serían para ellos aviso del cielo o señal de redención. Mi hermana, demudada, callaba sin atreverse a mirar más allá de las cortinas y por primera vez en el viaje, la veía vacilar, escondiendo las manos bajo el manto.

Yo no quise ver más y abandonando en las del Señor nuestra suerte, cerré también los ojos dejando a mis oídos convertirse en correos de cuanto afuera sucedía. Las campanas, las voces, se estorbaban de tal modo que era vano escuchar. Así debimos de recorrer gran trecho, medidas por los golpes y los gritos, hasta que el coche se detuvo y la luz nos inundó de pronto, avisándonos de que nuestros celadores nos invitaban a echar pie a tierra.

Allí volvió aquel combate singular, la abierta pugna por adivinar los fieles quién de las dos era la santa. Los ojos y las manos nos buscaban, nos registraban y oprimían hasta dar con los brazos vendados. Disparóse la multitud entonces, luchando por llegar al manto de la santa, arrancándole el velo, besando como podían sus sandalias.

A buen seguro que jamás ni en sus sueños de gloria, esperó tal frenesí, fama tan agitada. Otra vez fue preciso despejar, hasta que a duras penas y a ratos en volandas, alcanzamos la entrada de lo que habría de ser posada y cárcel en adelante y para mi desgracia principio de separación definitiva.

En el mismo zaguán nos despedimos y por primera vez en los postreros meses, las fuerzas se nos tornaron lágrimas y recio estremecer como si allí la vida nos faltara. Todavía sentí por un instante sus pasos en tanto se alejaba por el corredor, antes de dar con mis huesos en una celda no mayor que la de mi antigua casa.

Poco a poco, en la tiniebla miserable, fueron naciendo una tarima de madera con colchón de paja, dos jarros pequeños, el uno con un poco de agua y el otro, según presto adiviné, para diversas necesidades, cercado todo, ceñido de tristeza, abierto al mundo tan sólo por un menguado ventanillo defendido por una doble reja.

Y mi hermana ¿dónde la llevarían? ¿Dónde la empujaría la delación que sobre nosotras pesaba? ¿Se hallaría derrotada, hundida como yo o valiente, firme en su fe, segura y mantenida?

A fin de cuentas, inocente o no, había llegado como reina. En mí en cambio nadie reparaba, más parecía su doncella, en tanto no vinieran al menos a tomarme declaración. Ella era la señora; yo para el mundo, polvo, nada, menos que su sombra.

Desde que nuestras dos hermanas quedaron encerradas, volvió a tomar las riendas de

la casa quien antes las tuvo, mas fue inútil su empeño de poner sientto en ella, pues con las nuevas que venían, cada vez andábamos más atropelladas.

Pobre de mí, cogida entre los dos bandos en guerra. Por si era poco mi trabajo de traer leña, barrer, fregar y ayudar en todo ahora se me pedía que espiara. Yo nunca quise llevar a cabo trabajo tal, ni entrar en discusiones que las más de las veces acababan en puñadas.

No era en ello la menos fiera nuestra huéspededa que pagándolo de su bolsa y una vez a la semana, mantenía correo propio que desde la ciudad del Santo Tribunal, traía informe puntual del curso del proceso.

Debía de pensar que si condenaban a nuestras dos hermanas, habida cuenta de que la priora andaba de salud tan apretada, a la vuelta de unos meses, acabaría alzándose por señora y dueña de la comunidad.

Pero la vieja resistía, soportaba disputas y porfías, al menos sin quejarse ante las otras ni ante mí que tantas veces la ayudaba en su lucha con las escaleras. De un día para otro aquel mar de ira que confundía a las hermanas, iba ensanchando sus dominios en palabras, cuando no en torcidas intenciones. El olvido de la Regla, la espera de noticias que dieran la razón a cualquier bando, el interés de cada uno a favor o en contra de la huéspededa, hacían del convento y sus horas, más que lugar de oración duro campo de batalla.

Ni siquiera se celebró aquel año la procesión del santo. Ello fue porque las enemigas de la santa escondieron en un desván sus galas y ropas y aunque al fin sus rivales las hallaron, fueron tales las voces, que la priora se conformó con una simple misa como si se tratara de un día más de la semana.

De nada sirvieron las palabras de nuestro capellán. A cumplidas razones respondían a coro las más bravas con toses y siseos, con murmullos, rezongos y palmadas. Viéndolas así enfrentarse, ofenderse de tal modo se llegaba a dudar si eran hijas de Dios Nuestro Señor, o del mismo Satanás al que hubieran ofrecido sus votos. Mejor esclava, simple y motilona que vaso de ira como aquellas desdichadas. A las razones primeras de aquella guerra interminable vinieron a añadirse otras de muy diversa índole, dirigidas muy crudamente contra el padre de la huéspededa. Aseguraban las hermanas de familias vecinas a sus tierras que sus padres antes querían depender del rey que servir a señor tan tirano. Triste cosa sería que todas aquellas mercedes prometidas, todo aquel lujo de hermana tan ilustre vinieran de poner horcas, cepos y alcaldes a los pobres, contra toda justicia, frente a todo derecho.

Decían que los vecinos, obligados a pagar tasas cada vez más altas, de continuo se rebelaban y ésa era la auténtica razón de las perpetuas guerras en sus campos y haciendas, no porque se negaran ante el rey que en todo caso apretaba mucho menos. Ello alzaba por todas partes revueltas y rencores, abandono de heredades que nuestro protector luego ocupaba con vasallos más dóciles y débiles. Así al cabo sus dominios

medraban, luego de cada campaña concluida. Los vecinos luchaban por hacer llegar su voz al rey, pero éste allá en la corte, se hallaba demasiado lejos y las armas de nuestro protector demasiado vecinas y dispuestas.

Tales cosas contaban incluso ante su hija, pero ella solía hacer oídos de mercader, simulando tener el pensamiento lejos lo mismo que en el negocio de las llagas triste guerra y afán que tenían al convento relajado.

Aquí, en esta soledad donde me hallo, los días se suceden tan confundidos con las noches que sólo la llegada de nuevos huéspedes viene a decirme que la vida continúa. Se oye abrirse una cancela en el corredor del patio y a poco suenan pasos que se acercan para cruzar ante mí y borrarse ante algunas de las celdas. Se oye después cerrar la puerta, tan pesada y recia como la mía, seguramente con su ventanillo en lo alto cediendo paso a la medrosa claridad de fuera.

Yo me pregunto entonces en cuál de ellas estará la santa, qué paredes borraron sus suspiros, si será su suerte pareja a la mía. Me gustaría escuchar su voz ya que no veo su imagen, pero tal esperanza me parece inútil, salvo que nos procesen juntas o algún buen celador quiera traerme noticias de su vida. Son vanos mis esfuerzos por hallar un leve paso, algún viejo agujero por el que avizorar qué sucede en el patio. Bien se nota con qué celo tan extremo el tribunal cuida de que unos reos y otros se mantengan separados, en doble soledad de tiniebla y silencio.

Ya mediado el invierno, todo rezuma humedad, llanto de techos, ropas mojadas y carnes ateridas. Como los gastos de mi estada aquí deben ser sufragados por la orden, no es de extrañar que la comida sea poca, que la carne nos falte y que sólo muy de tarde en tarde llegue el cestillo del aceite con tocino y vinagre. De bien poco me sirve el ruin cobertor con que me regalaron los primeros días, ni la manta, o la alfombrilla, ni la raída camisa con que aliviar el frío de la noche. A pesar de que allá en el convento no viviéramos con las comodidades de la huéspedada, es verdad que echo de menos la olla de nuestra cocina, nuestro tibio brasero, la fruta de la huerta.

Mas por encima de tales privaciones, antes que tan oscura soledad, que el duro aliento de los corredores, quebranta mi ánimo la falta de noticias, no conocer de qué se nos acusa, qué saben de nosotras, qué poder nos gobierna, quién nos trajo hasta aquí con su denuncia.

Nadie se deja ver, nadie viene con razones a favor o en contra, tan sólo el celador que me da de comer, que alivia mi sed, y se lleva consigo una vez por semana el jarro escusado. Ni me acosan, ni me llaman, pronto se olvidarán de mí, incluso los devotos de la santa.

Unas horas arrastran a las otras como racimo que jamás se consume, que eternamente renace y medra en tanto en esta negra orilla donde descansa mi alma, en esta helada conciencia de la carne, cada momento que resbala y cae es un torpe deseo

de morir, de acabar con un sueño que no es sueño.

Mas bien dicen que el Señor nunca se ceba hasta lo más hondo en sus humildes criaturas. Pasada Navidad mi puerta se ha abierto al fin dejando paso a la primera de las amonestaciones. Muy cortésmente a pesar de las voces tan graves y solemnes, se me ha pedido que diga la verdad, que nada esconda ni guarde, que confíe en la clemencia del Santo Tribunal capaz de entenderme, bien dispuesto a juzgarme.

Yo nada he respondido. Sola, sin nadie a quien consultar, sin más luces que las de los sermones de la casa y algún que otro libro devoto, ¿qué respuesta habría de darles? ¿Qué puedo hacer sino callar cuando ni se me dice en qué consiste mi falta? ¿Por cuál de mis muchos pecados se me juzga? Mejor esperar hasta la próxima ocasión si es que el valor alcanza, si es que la siguiente amonestación llega, si no declaró ya mi hermana la verdad, su verdad, la mentira de las dos que acabe con nosotras en el quemadero.

## Capítulo VII

Está en silencio con sus brazos vendados asomando bajo el manto como la blanca cruz de San Andrés que pintan en la espalda de los relajados. Apenas mira al familiar que muy por lo menudo y despacio va leyendo los cargos en contra. Según de ellos se desprende la encausada sufre de largos y profundos éxtasis en los que pierde por completo sentidos y memoria, asegurando, una vez salida de ellos, haber mantenido tratos y coloquio con Jesucristo Nuestro Señor.

—¿Reconoce haberlo afirmado?

—Nunca dije tal cosa —responde la acusada en voz tan suave y queda que apenas se oye.

—Alce la voz. Este Tribunal ha de levantar acta de la declaración.

—Digo —repite apurando el tono con esfuerzo—, que tales palabras nunca salieron de mi boca.

—¿No vio a Nuestro Señor?

—Nunca le vi. Tampoco es cierto.

—¿Ni en sueños?

Esta vez niega con un recio ademán, hundiendo entre sus manos la cabeza.

—¿Qué importancia puede tener —media su defensor— si le vio en sueños? Mejor ciñámonos a lo que afirman los testigos, aquello que la encausada hizo o vio en uso pleno de sus facultades.

Pero el fiscal no cede. Busca, indaga entre los papeles de su mesa e insiste terco:

—Asimismo hay testigos que declaran haber visto nacer de su cuerpo diversos resplandores. ¿Qué dice la acusada?

—¿Cómo podría verlos yo, naciendo de mi cuerpo?

—¿Pero admite que pudieran verlos otros?

—Puede ser. Yo nada sé de lo que ven otros ojos que los míos.

—También afirman que curó a un niño enfermo.

—Tampoco lo aseguro. En el convento acercan muchos a la red. A través de la reja no es fácil distinguir si están sanos o enfermos.

—¿La acusada les toca con sus manos?

—No creo que acariciar a un niño vaya contra el dogma. Nuestro Señor siempre los quiso cerca.

—Pero ¿llegó a sanar a alguno?

De nuevo calla la acusada, desviando los ojos del ruin terciopelo de la mesa. Se le oye suspirar en tanto que el fiscal insiste:

—Los testigos así lo aseguran.

—Si así lo preferís, creedlos.

El fiscal ha tomado sus palabras a desafío. Se ha vuelto hacia el tribunal donde el

notario toma cumplida nota de las declaraciones y con voz acompasada, medida, como cuadra tratándose de sus superiores, anuncia que dará lectura al libro de testificados en donde se refieren los hechos.

—«Yo —calla el nombre—, vecino de esta villa, ante ese tribunal, declaro y juro los hechos que siguen: que habiéndome acercado con mi hijo de diez años cumplidos, enfermo de cuartanas al antedicho convento, le hice tocar a través de la red las manos de la santa, por cuya causa, a partir de entonces y a la vista de todos, perdió las fiebres hallándose al presente tan sano y fuerte como deseábamos».

El fiscal ha alzado la mirada, espionando el parecer del tribunal.

—Veinte testigos más —añade— firman esta declaración junto a los padres. También obran en nuestro poder otras que se refieren a toda clase de dones especiales.

El juez mira sobre las losas el rayo de luz que mide el tiempo de la sala, un haz en forma de cruz que se extiende desde la ruin ventana a sus espaldas. Parece considerar que ya el día camina hacia su cenit y saliendo a duras penas de su vago sopor, comienza a preguntar sin despertar del sueño todavía.

—¿A qué clase de dones se refieren tales declaraciones?

—Sería precisa una sesión entera para llegar a enumerarlos.

El juez parece meditar de nuevo y otra vez hablando a la acusada, pregunta:

—¿Gozáis pues del don de hacer milagros?

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Sois capaz de sanar, salvar cosechas, sacar demonios del cuerpo?

—Ilustrísima, mi respuesta es la misma que ante preguntas anteriores. Nada sé de esos dones que se me atribuyen. Nunca entendí de ellos. Menos aún de cosechas y demonios.

—Pero admitís como posible el hecho.

—Ilustres jueces —media otra vez con mesura el defensor—, perdonad mis palabras y si con ellas falto al respeto debido a tan alto tribunal. Lo que aquí se juzga y debate no son los prodigios que en esa casa hayan podido suceder o no, sino si realmente se deben a ese don que se atribuye a la encausada. Por lo que ella asegura, en modo alguno los acepta como suyos.

—Tampoco los rechaza.

—Además el testimonio no puede darse como seguro.

—Se trata de cristianos viejos.

—Aun así. También ellos se equivocan por exceso de celo. En ocasiones una conversación, una sola palabra torcidamente interpretada puede dar pie a una condena injusta. Nadie, ni el más humilde de los hijos de Dios debe hallarse privado del beneficio de la duda. Considero que deben consultarse otros testigos nuevos, que yo mismo estoy dispuesto a facilitar.

Accedió el tribunal a que los presentara, quedando así la causa aplazada. Con ello creció la fama de la santa más allá de la ciudad hasta tocar los alrededores de la corte. Ahora el camino real convertido en perpetuo jubileo, aparecía repleto cada día de carros, coches, gente de a pie, clérigos y señores en busca de salud o pasatiempo, dispuestos a conocer la imagen de la encausada y sus prodigios que, pintados o de bulto, vendían en gran número sus muchos devotos. Pronto no hubo saya, ropas ni hábito que no luciera sus cruces y medallas, alguna cinta con su retrato pintado a prisa con haces de luz naciendo de sus manos.

En mí, en cambio, nadie repara; parece que ni siquiera el tribunal se acuerda. Ya el invierno se aleja en el silencio desnudo de los patios. La escarcha deja escapar a la mañana sus monótonas gotas y la nieve amenaza desde un cielo tan bajo que parece que pesa, más allá de mi ventano.

Ya vamos por la tercera amonestación y aún el fiscal no me ha llamado a su presencia. No se me ha hablado para nada de nuestro asunto de las llagas, el único por el que en conciencia y según mi memoria podrían denunciarme y condenarme. Nada me han dicho de si tendré quien me defienda, ni cuándo será el juicio, ni quién decidirá mi suerte. Me han puesto cerco de silencio que yo busco romper olvidando las cosas terrenales, los días felices, los pasados desaires, tal como mi hermana predicaba antaño, lidiando con el deseo de morir, luchando por no llegar a amedrentarme. Pero según los días corren y se borran, ceden el cuerpo y la razón, sobre todo desde que nuestra casa dejó de mantenernos. Ahora nuestra salud depende de la misericordia del santo tribunal que se cobra en labores y trabajos, la paja en que dormimos y la olla que nos sirve.

Sin embargo tales tareas ni me rebelan ni me humillan, más bien satisfacen este deseo mío de padecer que con el día viene a nacer conmigo. Es tan cruel verdugo que cualquier trato miserable resulta bienvenido. Zurcir, barrer, arrancar telarañas, fregar la bacinilla, todo resulta medicina amable para este nuevo estado en el que vuelve, con la terrible soledad, la dulce espina de la melancolía. Tan flaca y derrotada está mi carne que temo dar con mis huesos en esta paja infame para no levantarme más. Triste fin que a ratos no deja de satisfacerme.

Mas con mi muerte sin nuestra victoria ¿qué será de la casa? ¿A dónde irá el favor de nuestro protector? Según mis ansias crecen, más pienso en mi derrota, más se alargan los días dentro de mí y afuera, en los vacíos corredores, donde sólo lejanos toques de campana, charlas a media voz y rumores de pasos me dicen que otros procesos se estudian y resuelven mucho antes que el nuestro.

En el segundo locutorio, reservado para gente noble, repleto de retratos, relicarios y

cruces, hasta cubrir del todo la cal de las paredes, espera a su correo la huéspeda mirando de pasada los retratos de las viejas prioras, las grietas del artesanado, las águilas del facistol que un día presidió los oficios de la casa. Sus pasos miden los ladrillos quebrados, la cal deshecha que los juntó un día, los menudos capullos de gusanos. Mira los rostros tranquilos, arrogantes, embutidos en negros mantos, algunos medio borrados, como huidos. Apenas lee sus nombres. A fin de cuentas todos vienen a ser uno mismo, sólo importa su jerarquía y sucesión prolongada a lo largo del muro como a lo largo de la vida. A medida que las dos pesas del reloj arrastran el tiempo al compás del péndulo, su impaciencia se multiplica, busca, acechando la oscuridad, más allá de la red, de sus dos rejas dobles erizadas de agujas. Más que amenazas vienen a ser un símbolo. Nadie puede quedar clavado en ellas, tan grandes y macizas son, y a la vez tan fáciles de salvar como los muros todos, caídos de tan viejos. Como la casa entera están allí para servir de advertencia a los humildes, más para recordar que como salvaguardia ya que allí hay poco que guardar salvo el tedio a la tarde y de mañana el frío.

No hay visitas de galanes, ni regalos, ni billetes que entre líneas encierren tibias palabras, señuelos de pasión, tan sólo pobres parientes, familiares miserables que al marchar a la tarde depositan en el torno su tributo de pollos y corderos.

Ahora con la santa lejos, la oscuridad al otro lado de la red aparece desierta de continuo. Se diría que la villa entera marchó tras ella, que todos sus devotos se han dado cita en torno al tribunal pensando que la suerte de la santa es su suerte, que de su salvación depende la salud de la ciudad entera. De nada sirven avisos ni sermones, explicar que prodigios como este nacen y mueren a cientos cada día en muchos otros conventos y abadías. Tarea inútil pues que nadie conoce sino su lugar y, poco más allá de sus eriales o dehesas, el mundo termina.

Mejor callar, visitar poco el refectorio, abandonar el coro entre esquiva y molesta, escuchar los rumores que las demás inventan, esperar, como ahora, que la puerta al otro lado cruja y avise de que el correo llega tan puntualmente como suele.

De pronto la madera de la escalera suena y la puerta se abre. Alguien a poco la cierra desde fuera. Dentro queda el correo, casi un muchacho, con las botas aún cubiertas de barro y los ojos enrojecidos por el viento. Tras hacerse la luz, avanza hacia la red como siguiendo un camino conocido. Al otro lado la cortina se agita y en un instante quedan frente a frente los dos, correo y dueña, como galán y dama a un lado y otro de la reja.

Apenas el mozo ha tomado respiro ya la voz de su dueña desde la oscuridad le acosa.

—¿Cómo va el juicio? ¿Acabaron las amonestaciones?

—La última fue hace ya más de una semana. Al menos en lo que a la santa se refiere.

—¿Leyeron la acusación?

—Leída está. Ahora el juicio está en manos de los testigos. Depende en gran manera de sus declaraciones. El tribunal la ha nombrado defensor, aunque según dicen, la defensa de poco sirve en estos casos.

—¿Qué cosa sirve entonces?

—Señora, otros testigos nuevos que contradigan a los anteriores. Pero buscarlos lleva trabajo y supone buenos sueldos. Por ese lado no le va a ser fácil convencer al Tribunal.

—¿Le tomaron declaración?

—Parece que a la santa sí. Y en atención a su jerarquía le han hecho merced de comunicarle de qué cargos se le acusa, aunque como se sabe, no suelen andar con tales miramientos. Incluso estas noticias no se tienen del todo por ciertas.

—Pocas me traes para tanto esperar.

—Señora, si en mi mano estuviera, os traería las actas del proceso pero sabéis cuán peligroso resulta este trabajo. No quisiera dar con mis huesos en sus cárceles en donde según dicen, se sabe cuándo se entra, mas no cuándo se sale.

Ya el correo se retiraba un tanto fatigado, cuando volviéndose sobre sus pasos, alzó el rostro aún cubierto de polvo, quemado por el sol del viaje.

—Lo que sí puedo asegurar por haberlo visto con mis ojos es que muchos andan en tratos para juntarse bajo su amparo en cofradía.

—Antes la encerrarán que consentir tamaño disparate.

—Señora, lo uno poco estorba a lo otro. Es más fácil decirlo que desafiar las iras de sus fieles. Sólo digo lo que he visto: que su retrato anda camino de subir a los altares. Sólo esperan a que el Tribunal haga público el fallo.

Quedó la huéspedada en silencio meditando las palabras del mozo que se alejaba tan discreto como vino. Tan derrotada estaba que no escuchó el rumor de la priora ni sintió el posarse tan leve de su mano en el hombro, ni su voz preguntando:

—¿Llegaron nuevas del proceso?

Antes de que la huéspedada respondiera, ya las dos caminaban por el claustro rodeadas de las demás hermanas, camino de la celda donde la doncella ordenaba la mesa.

—¿Qué nuevas hay? ¿Dejan libre a la santa?

—¿Comenzó el juicio?

—¿Fallaron a favor o en contra?

—¿Es cierto que dan por suspendido el caso?

En vano trataba la priora de espantar a su rebaño.

—Herманas, retírense. Prepárense a bajar al refectorio.

Mas eran vanas sus recomendaciones. En su silencio podía leerse el mismo interés que en los gritos y murmullos de las más jóvenes.

—Deje que cuente alguna novedad.

—Saber al menos si la castigan o la honran.

—Ya lo conocerán más adelante.

—¿Esta noche, madre?

—Esta noche o mañana. Les aseguro que nada ha de quedar entre nosotras.

La grey cedía aunque no de buen grado, hasta que al fin, guiadas por la fe en la anciana y el juicio más atinado de las mayores, rehicieron su camino, rumbo al refectorio, no sin volver muchas veces la mirada hacia la priora que ya entraba en la celda de la huéspedada.

Dentro, quedaron en silencio las dos, la una meditando, la otra frente por frente, pendiente de sus cavilaciones. La huéspedada ofreció a la priora un cestillo de frutas que la anciana rechazó, sin apenas posar los ojos en ella, atenta sólo a las palabras que vendrían. Sus ojos iban de la señora a la doncella, de la mesa a los platos que poco a poco cubrían los manteles.

—La fama de nuestra hermana —rompió al fin— crece día por día. Si el Tribunal no la condena, mucho me temo tengamos santa crecida y multiplicada, cien veces más famosa que al salir de esta casa.

—No pienso que la absuelvan —respondió la anciana.

—También pueden suspender el juicio para impedir que apele a la sentencia.

—¿Y qué le importa al Tribunal? Puede apelar si quiere. De todos modos el juicio va para largo, la apelación será enviada a la suprema en donde quedará dos o tres años.

—¿Qué haremos nosotras en tanto? Si sale libre, su gloria prevalecerá y aun se verá aumentada. Sólo nos favorece una clara condena.

La anciana pareció meditar. Ahora sus ojos miraban más allá de terciopelos y damascos, el sol medroso que rompía las nubes amenazando primavera.

—¿Cuándo piensa que tendrá lugar la reconciliación?

La huéspedada buscó con sus ojos la otra mirada opaca, cargada de tristeza.

—¿Quién puede adivinarlo? Según su condición y jerarquía, ni pueden confiscar sus bienes, ni colocarle sambenito; ni mandarla a galeras, ni azotarla. Todo lo más condenarla a prisión perpetua.

—¿Y aún le parece castigo leve?

—Lo juzgaría grave si después, a la postre se cumpliera, pero todas sabemos que el Tribunal carece de prisiones. Son tantos los acusados que están sus celdas llenas. Sus condenas perpetuas apenas van más allá de los dos o tres años. De suerte que no debemos sorprendernos si al fin nos la devuelven reconciliada, arrepentida, pero tan santa como antes para todos aquellos que confían en ella.

Hizo una pausa y en tono más grave añadió:

—Todo ello si no deciden relajarla. De ella depende arrepentirse o no, salvarse o

acabar en el poste.

La doncella iba y venía, docta en servir sin molestar, sin hacerse notar en las pausas, rozando apenas el servicio de plata, sin prisa y sin demora.

—No irá su merced a arrepentirse.

La priora alzó los ojos vivamente.

—¿Por qué habría de hacerlo? Mi conciencia se halla tan firme y limpia como en el primer día. Sólo di testimonio de la verdad, de lo que en esta casa sucedió desde que esas llagas aparecieron.

—Eso que dice es muy digno de elogio —repuso de buen grado la otra—, mas como su merced sabe, la verdad no tiene un solo rostro sino tantos como intenciones de quien se decide a utilizarla.

—¿Entonces no es cierto lo que oí de sus labios, estando la acusada en sueños?

—¿Fueron esos sueños los que declaró en su carta?

La priora asintió de mal grado esta vez, frente a la huéspedada que la escuchaba satisfecha.

—Entonces —murmuró— debemos pensar que la hallarán culpable. —Su tono de pronto se volvió más afable—. ¿De qué se preocupa? Con vuestro testimonio, unido a otros muchos que no han de faltar, ha rendido un gran servicio a este convento y a la orden.

—Y su merced será priora al fin —concluyó la anciana.

—¿Y qué hay de malo en ello? Mi padre me enseñó que el mundo sólo se mueve por dos razones poderosas. La una, el deseo de poder, la otra el afán de gloria, y que las más de las veces, ambas se confunden.

—¿Pero qué clase de gloria pensáis hallar aquí, viniendo de la corte? ¿Qué fama en esta casa miserable?

La huéspedada abarcó en una mirada su celda alhajada, su lecho mullido, las pesadas cortinas, las viandas de la mesa. Y sumando a ello la sumisa doncella y la priora silenciosa, murmuró para sí:

—Como dijo Nuestro Señor: mi reino no es de aquí, no se halla en esta casa vacía y necia. Espere a que nuestro negocio se resuelva y yo le haré conocer mis razones. Sepa en tanto que si me sirve como hasta hoy, no he de olvidarla cuando llegue esa hora.

Los familiares del Tribunal solemnes, ceremoniosos, graves, van ocupando lugar en el estrado. El tiempo del proceso también pesa sobre ellos. Su mirada resbala sobre la defensa, el fiscal y la acusada, buscando más allá, en las tinieblas del fondo de la sala, alguna novedad antes de que la oración acostumbrada inicie su labor que apenas va mediada, retrasada por testimonios, prevenciones y cargos. Ante sus ojos, en aquel mismo aposento escaso de luz, desfilaron ya tantos casos que unos y otros se mezclan

y entrecruzan; cristianos nuevos, clérigos sátiros, luteranos convictos entregados al brazo secular, todos unidos en común purgatorio, camino de la vida o del infierno.

Una vez concluida la oración, vuelto el silencio entre los asistentes, pide el juez principal que se lean en alta voz los últimos cargos que quedaron pendientes.

—El último es el más importante. Se refiere a los estigmas, a esas llagas que cada cierto tiempo se dice que aparecen en sus manos. Uno de los testigos asegura haber oído decir a la acusada que las recibe de Nuestro Señor.

—¿Es eso cierto? —pregunta el juez.

—Yo no dije jamás tal cosa.

—Y sin embargo aquí consta, tal como acabo de leerlo.

El fiscal alza ante el Tribunal el libro cuyo pliegos se doblan entre sí cargados de rasgos apretados y menudos. Los ojos de los familiares, la mirada del juez resbalan pesadamente desde las páginas hasta los brazos de la acusada que apenas asoman ocultos por los pliegues del hábito.

—Tenga presente la acusada que en caso de reconocer su falta, puede salvar la vida.

—Ilustre Tribunal —media su defensor, en tono como siempre comedido—, la acusada conoce el alcance de tales beneficios.

—Bien —repite el fiscal—, siendo así, lo diré de otro modo. La acusada niega haber afirmado que tales llagas fueron obra de Nuestro Señor.

—Es cierto.

—Mas cuando la comunidad las reconoció por tales, tampoco afirmó nada en contra.

La santa guarda silencio. De lejos llega el rumor de una campana que marca el tiempo de la espera, largos instantes que acá, en el estrado, van avivando el ademán solemne de los jueces.

—El Tribunal espera su respuesta.

—Es verdad, nada dije.

El fiscal deja sobre la mesa el libro, mira a los jueces, y tras un revuelo del manto afirma sin volverse.

—De todo ello se deduce que mintió por omisión.

—Ilustre Tribunal —replica el defensor—, en materia tan especial, es preciso suponer que calló sólo por falta de conocimiento.

Desde el estrado, nadie responde. A veces los rostros se consultan a media voz, niegan, asienten o permanecen mudos ante los razonamientos que el fiscal desgrana, llenando la sala con su voz reposada, intermitente.

—En lo que a mí concierne —continúa— y en atención a la jerarquía de la encausada, estoy dispuesto a admitir que calló por discreción, aunque esta discreción, por cierto, no le impidió aceptar el cargo de priora que a buen seguro esas llagas le

valieron.

—¿Por qué habría de negarme?

—El Tribunal lo admite. Pasemos a las demás declaraciones.

El fiscal toma de nuevo el libro. Lo alza ante los presentes y declara:

—Se trata del testimonio principal. Una persona muy vecina a la encausada.

La santa vacila. Es preciso que el alguacil le acerque una jamuga en tanto los presentes por vez primera parecen pendientes de su rival que lucha con los pliegos del proceso, al tiempo que explica:

—Se trata de un testigo en extremo allegado a la encausada y que por su condición se halla fuera de toda sospecha. Dice de esta manera: «Siendo tan apurado el estado de nuestro convento, es voz común que dio en pensar la hermana si no sería conveniente fingir algún acontecimiento extraordinario que, como suele suceder en tales casos, trajera hasta nosotras mayor provecho de nuestros favorecedores. Se dice y hay quien lo asegura que con ayuda de su cómplice fabricó las llagas en sus manos que en adelante hacía sangrar en la medida de sus necesidades».

Pliego tras pliego, pausa tras pausa, la voz va borrando en torno todo interés ajeno a sus palabras. Hasta la santa escucha atentamente.

Fuera el rumor de la campana cesa y hasta la sala apenas llega el rumor de los pájaros del claustro. El testimonio va creando en torno a la encausada un muro más espeso que las paredes macizas de la cárcel. Ahora parece ajena a su suerte, sola y conforme según la letra se consume, más que leída, recitada en un tono pesado y monocorde. Ahora los familiares apenas se miran, susurran o comentan; la voz es a la vez fiscal y defensor según describe los hechos puntualmente.

—... Así al cabo del tiempo, notando su salud quebrada, buscó remedio en nuestro cirujano que, a escondidas y poniendo a su servicio su ciencia, trató de atajar el mal, quedando tan postrada que perdió el uso del habla y los sentidos, siendo presa de alucinaciones. En ellas, durante el sueño, confesó en distintas ocasiones cuanto aquí se declara para bien de la comunidad y uso mejor de ese Santo Tribunal que ha de entender en lo que se refiere a tales hechos.

—¿Se hizo venir al cirujano? —pregunta el juez, y en tanto el alguacil asiente, ordena a la encausada—: Acérquese. Veamos esas manos.

Muy lentamente van cayendo los vendajes. Entre sus pliegues manchados de púrpura, sucios de polvo y cuajarones, la carne muerta ya, nace y vive a la luz por última vez, desde la palma al codo, maltrecha, macerada, convertida en raíces de piel que encubre mal sarmientos de tendones. De nuevo el Tribunal despierta. Esta vez su mirada se aviva entre el temor hostil y el recelo a venales compasiones.

—Puede retirarlas.

Y en tanto las manos se borran, se acerca el médico en pos del alguacil. Él también teme, calla, mira en torno cuando se le pregunta por qué intentó cicatrizarlas.

—Consideré que si eran de naturaleza sobrenatural, nada perdía si fracasaba. Si, en cambio, se debían a otras causas menores, podía devolver la salud a la enferma y cumplir con mi deber, prestando un servicio a la comunidad.

—¿Qué entiende por causas menores?

—Accidente, o simple enfermedad.

—En vuestra opinión, ¿puede ser ése su origen?

—Mi ciencia no va más allá de la salud del cuerpo.

—Ilustre Tribunal —media el fiscal—, ¿puedo hacer una pregunta a este hombre? Nuevas dudas y una vez el Tribunal asiente, se vuelve hacia el cirujano:

—¿Ha visto las manos de la encausada hoy?

—Las vi por última vez hace ya casi un año, cuando procedí a cauterizarlas.

—¿Desea volverlas a examinar ahora?

—Estoy dispuesto, si el tribunal lo estima necesario.

—Supongamos que la encausada se hallara en peligro de muerte. Según vuestro criterio que sólo entiende de la salud del cuerpo, ¿qué haría? ¿Atajar el mal o dejar que amenace su vida?

—No puedo responder. Vuestras dos proposiciones son extremas.

—Yo aseguro que no lo son.

El cirujano duda. Mira en la sombra a la acusada cuyo rostro apenas distingue, luego desvía los ojos hacia el tribunal que espera atento su respuesta.

—Si estuviera en peligro su salud, su vida, mi deber sería intentar su curación.

—¿Y si las llagas son sobrenaturales? Recuerde de qué poco sirvieron sus curas anteriores.

—Lo intentaría también. Como no ignora, me debo a un juramento.

—Luego no existe diferencia. Es decir que según esa ciencia, considera tales llagas de cualquier modo naturales, debidas a lo que llama causas menores.

El fiscal se acerca ahora al estrado y fijando la mirada en el montón de pliegos que el proceso ha acumulado, murmura en tono solemne, dirigiéndose a la sala:

—Ruego al ilustre notario de este alto tribunal tome nota puntual de que el mismo cirujano considera hoy esas señales naturales, no obstante hallarse al presente emponzoñadas, así como provocadas por la misma encausada que las sufre, según los testimonios que constan anejos al acta. Así recomendamos pase el caso al Consejo de Calificaciones a fin de que éste se sirva señalar si halla indicios o sospecha señalada de delito contra la fe, herejía, blasfemia o error, y en caso de que lo hubiere, dicte sentencia pertinente.

El tiempo como el invierno huía sin mayores novedades. La nieve se retiró camino de los altos. Ya apenas relampagueaba, teñida de destellos a la tarde. La ciudad se abría al lento navegar de las galeras camino de los mercados interiores, a los prietos

rebaños temblando sobre restos de escarcha, al recio redoblar de las campanas.

La vega volvía a animarse con recuas de rebaños y bandadas de muchachos, que desde la ciudad bajaban a reñir batallas que las más de las veces terminaban en guerras torpes y amenazas mostrencas. De ellas trajeron a uno con el rostro herido para que la santa lo salvara. ¡Buen remedio, estando con su compañera en prisión, quién sabe para cuánto tiempo! Mal cirujano fueron a buscar cuando ni nuestra huéspedada tenía noticias de si iba al palo o no, de si la relajaban junto a su compañera.

Con el tiempo se alzó la noticia de que ninguna de las dos volvía. No vino en la valija del correo, ni en el oficio del visitador del tribunal, ni en la voz de alguno de tantos trajinantes, siempre al día en avisos de la corte. Y sin embargo todos: vecinos intramuros, clérigos y peones, amanecieron cierta mañana convencidos de que ya nunca más verían a la santa, de que iba a ser condenada a eterno exilio.

Más sorprendidas aún quedaron las hermanas, escuchando al otro lado de las celosías el rumor de los vecinos acercándose, atisbando aquella nueva multitud pareja de las antiguas procesiones que poco a poco, entre lamento y oración, venía a pedir, como postrera gracia, una leve mentira capaz de consolar sus corazones. Pero la suerte de la santa no estaba allí, no dependía ahora de la casa. Su vuelta o su desaparición definitiva seguía en manos de aquel lejano tribunal cuyo juicio llegaría a conocerse algún día.

Una vez decidido, el convento debería conocer su fallo sin que necesitara para ello ninguna suerte de revelación sino tan sólo el sello y firma de los jueces.

Cierta o no la noticia escarbó el fuego de la casa, la pasión no muerta en torno a la priora, en contra de la huéspedada a la que muchas acusaban de malquerer hacia la santa, de vana y ambiciosa. Pronto se alzaron voces preguntando de quién había partido el testimonio en contra, a quién beneficiaba aquella larga ausencia de la nueva priora. Y como tales alusiones fueran a dar en la misma persona, o por mejor decirlo en dos, aquel rumor nacido de la ira y la esperanza fue empujando a su celda a la priora que, sin apenas dejarse ver, venía a dar razón a las que en alta voz ya le pedían cuentas de la suerte de las dos encausadas.

A tal punto llegó la hostilidad que en privado le volvían la espalda, sin que ninguna se sentara a su lado en el refectorio, saltándose las reglas de la casa. En poco tiempo, de silencio en silencio, de protesta en protesta, su valor se vino abajo, fue perdiendo la salud y el ánimo quedando durante muchos días en el lecho. Ahora el odio de las demás espiaba a la noche desde el otro lado, a través de las rendijas de la puerta.

—¿Quién va? ¿Quién está ahí? —murmuraba escudriñando la oscuridad.

Y sólo el viento de marzo traía como siempre su encrespada respuesta.

Sólo yo, agradecida por el favor de recibirme cuando volví como hijo pródigo al convento, me tomaba la molestia de servirla cuando no andaba de servicio en la

puerta. Ninguna me culpó por ello pero yo adivinaba que no era de su agrado verme pasarle la comida mal aliñada, sazonada con un poco de charla y compañía.

Sólo de cuando en cuando el quicio de su puerta se animaba con la visita del capellán que acostumbraba a recibirla en confesión, pero aquel sacramento venía a añadir en su interior tormento sobre tormento, duda sobre duda. Escuchaba en silencio el murmullo cansado de sus labios, las mismas faltas, ya demasiado viejas, gastadas como su salud, sabidas de antemano. De tanto en tanto asentía y con la absolución, señalaba alguna leve penitencia tras la pregunta habitual:

—¿Nada más tiene que decirme?

Y la vieja priora negaba un día y otro día.

Era inútil la paciencia del capellán, su amistad de tantos años. Su pecado, la falta que esperaba nunca llegaba de sus labios por más que le apretara, tal como si sus fuerzas postreras le hicieran rebelarse, mantenerse desde el día en que la comunidad se olvidó de ella.

—¿No se acusa de ninguna falta grave?

Ya la respuesta muda de sus labios acompañaba un recio ademán dando la confesión por concluida. Luego, una vez el capellán partía, de nuevo renacía aquel concierto de susurros y pasos, de aquellos ojos espionando desde fuera su suerte, su sueño huido, la ración no consumida, el jarro donde el agua se secaba, las cuentas del rosario inmóvil, las manchas del cilicio en el erial macilento de las sábanas.

Allí quedaba jornada tras jornada, quieta, asida a su trono de tabla y cobertores, arropada en su orgullo, viva sólo en sus ojos que a media tarde la fiebre consumía. La casa entera en torno a ella gravitaba, la suerte de la santa, el rencor de sus fieles, su medroso abandono, el sueño madurado de la hija del antiguo protector que a buen seguro, con su muerte, vería presto sus esperanzas cumplidas. También para ella, sin razón evidente, ya que el correo volvía de vacío todavía, la suerte de las dos hermanas parecía olvidada y a la par decidida.

Muchas veces, cruzando junto al claustro, camino de la huerta con mi cesto de ropa a la cabeza, alcancé a verla en su celda, encerrada a solas con su amiga y doncella. Vestida con sus trajes mejores, ante el espejo que le devolvía su rostro valiente y joven, su fina boca y atención dispuesta, parecía esperar el momento en que la campana o su correo o la voz de sus fieles viniera a anunciarla que su reino comenzaba, que su afán de dominio y su ambición se hallaban en sazón, prestos a realizarse generosamente.

Señor, en qué duro destierro me tienes, con qué miserias me castigas en esta soledad hostil a que estoy condenada. Los días se suceden más allá de los muros de mi celda, en patios y pasillos, en la ciudad que un día atravesé poblada de jardines y alamedas. Aquí en cambio la luz apenas llega sino a través de esa ventana ruin más allá de la

cual van y vienen pisadas, no sé si hacia el cadalso o la esperanza.

De cuando en cuando alguna puerta se abre, suenan voces en el corredor y un murmullo de hierros y cadenas viene a juntarse con el zureo de las palomas y el lamento quebrado de los grajos.

Señor, vuelvo hacia ti estos ojos inútiles que apenas tienen de qué sustentarse, sólo tinieblas y vacío y perfiles de muros rezumando. De poco sirven, vacilantes como mis pasos sobre las losas, torpes como el tacto rugoso de mis manos. En esta soledad sólo el oído crece, medra, distingue ya muy certeramente la arribada de la primavera en el rumor del viento o de los pájaros, el verano que llega en el sordo atronar de las chicharras, el otoño que eternamente permanece en la voz acerada de los pinos. Se diría que con el tiempo mi oído se transforma, se torna espía o adivino, va anotando en mi memoria las pisadas altivas del alcaide, las manos altaneras de los celadores, el deslizarse medroso de los reos, su trotecillo alegre si van camino de la libertad, la reposada ceremonia si es que van camino del Santo Tribunal.

Y los míos, ¿cómo serán? ¿Cómo atravesaré esa puerta? ¿De qué modo acompañaré a mis celadores? ¿Saldré de esta prisión viva o muerta, humillada o uncida al trono y suerte de mi hermana? Como las estaciones, la siembra, la sazón o la cosecha, unos días empujan a otros, ajenos a nuestro destino. ¿Cuál será nuestra suerte? ¿Cómo será la de esos otros cuyos pasos o toses o regüeldos cruzan ante mí de madrugada? ¿Cuál será su final, ese tiempo que nos hermana a todos y reúne? Cada vez que mi celador se presenta, tras anunciarse con su ruido de cerrojos, le pregunto acerca de sus huéspedes. Mas él calla, asegura que nada sabe, que son tantas las altas por traslado o libertad, tantas las bajas por condena o muerte, que apenas lleva cuenta de ellas. Tampoco tiene noticias de mi hermana, si permanece aquí o el Tribunal ordenó su traslado. Pero ya que las dos fuimos a un tiempo requeridas, juntas también hemos de vernos condenadas o libres.

O puede que esté en lo cierto, aunque algo en mi interior me dice que esta espera, este tiempo de prisión, es suyo también, común y compartido como aquel otro de años felices en la huerta y la celda. El demonio que nos denunció, conseguirá nuestra derrota pero no separarnos pues amor crece en la desgracia, medra entre recios avatares y si al final nos llega la hora de entregar el alma al Todopoderoso, aquel que todo lo entiende y sabe, moriremos juntas las dos a pesar de nuestros delatores.

No es lo peor la escasez de pan, de sal, el negro frío de la celda en invierno o la falta de misa y sacramentos. El Señor me perdone, pero lo que más me acongoja, con ser tantos mis males, es esta oscuridad que con el tiempo crece, estos ojos inútiles que poco a poco van fiando al tacto y los oídos sus pobres facultades. ¿Cómo serán las otras cárceles, los calabozos reales, cuando hay quienes se acusan de herejía para ser enviados a éstos! ¿Cuán poco conocemos del mundo, de la suerte de tantos que esperan llegar al otro para verse aliviados con la muerte!

Uno de esos falto de fe, ayuno de esperanza, se ha colgado. Le apretaron en el potro y a las primeras vueltas ya preguntaba qué había de confesar para que le soltaran. Mas nuestro tribunal no desea conseguir de tal modo las cosas. Quiere que el reo declare por propia voluntad todo aquello que en verdad ha sucedido. De tal modo se lo demandaron, apretando otra vez. Y dice el celador que el hombre, en vez de reconocer sus faltas, no sabía sino pedir caridad, rogar que le librasen de aquellos cordeles que cada vez más se le hundían en las piernas y brazos. Clamaba al Señor, a su infinita misericordia. Pugnando por quedar libre, a ratos declaraba hallarse de acuerdo en todo con los testigos para, a poco, según el dolor menguaba, afirmar otra vez su inocencia. Entonces el verdugo proseguía su trabajo, hasta donde las fuerzas le faltaban, cuidando no poner en peligro la vida del reo, ni la salud de ninguno de sus miembros.

En vano el secretario esperó junto al potro con la pluma en alto y los pliegos dispuestos. Aquella boca no volvió a pronunciar palabra, ni a pedir misericordia, tal como si de pronto el dolor le hubiera quebrado la garganta. Le devolvieron a su celda y a mediodía cuando su celador fue a dejarle la comida lo vio balancearse en las tinieblas. Colgaba de una lía de esparto que él mismo, tiempo atrás, debió tejer sin que nadie lo notara.

¿Cuál sería su falta? ¿Quiénes le acusarían? ¿Se hallaría como todos aquí, bajo denuncia de testigos que nunca llegó a conocer, que quizás nunca vio pero cuya razón puede prevalecer en nuestra contra? Triste destino el nuestro, marcado por la soledad, cuando no por la codicia y el miedo de los que fuera quedan.

El celador que se hizo viejo en este corredor, avivando o poniendo fin a tantos medrosos sueños, recuerda cómo muchos de los que nos precedieron, llegaron aquí denunciados por familiares o vecinos, en busca de venganza o beneficio. Tal sucedió en la aldea de mi padre con la llegada del Santo Tribunal. ¡Quién habría de decirme que, en el camino de la vida, habría de enfrentarme a él con riesgo de la vida!

Como tormenta de verano, así caía sobre nuestros campos aquella nube sombría que llamaban Edicto de Fe, ordenando que quien supiera de algún hereje o judío entre la vecindad o en casa, lo denunciara para no ser él a su vez procesado. Si en las aldeas tal cosecha no medró, en las villas mayores en cambio hizo que unos acusaran a otros, los hijos a los padres, los pobres a los ricos y algunos a sí mismos, adelantándose a quienes ya soñaban con sus bienes. Muchos hogares se cerraron entonces, muchas haciendas quedaron confiscadas, algunas para siempre con el amo en prisión, rico en bienes y a la vez mantenido por la misericordia, arrastrado al destierro y la desgracia sin cometer otro pecado que el de guardar en casa unos cuantos ducados.

Y el celador añadía que no era lo peor aquel estado de pobreza a que tantos quedaron reducidos, obligados a vivir de limosna si el proceso se prolongaba, sino la

obligación de denunciar a otros, tanto si fueran cómplices o no, a fin de conseguir una condena moderada.

Un día, encomiándole yo su buen conocimiento y juicio en negocio tan grave como el de nuestro tribunal, acabó confesándome que él, a su vez, también pasó por parecido trance. Denunciado y absuelto al fin, tardó tanto su caso en resolverse que cuando volvió al mundo halló vendida su casa y heredades, la mujer huida y los hijos esparcidos como rebaño huérfano de rabadanes. Por algún tiempo anduvo mendigando, conoció en el estío el sueño de las eras, y en el invierno, el duro despertar de los pajares. Hasta que vino aquí.

—¿Por qué aquí, hermano? —le he preguntado un día.

—¿Qué más da este lugar que otro? A mi edad ya todos son iguales. Sólo queda esperar que el Señor me llame. Dentro y fuera de aquí, el mundo se parece tanto que se diría que nuestro tribunal gasta en balde abogados y notarios. Todos; santos y herejes habremos de acabar igual, en brazos de la muerte que al fin y al cabo no es el estado peor.

—¿Qué es lo peor entonces? ¿El fuego eterno?

—El fuego eterno no es más duro que el palo de la hoguera. Lo peor de este mundo es ser llamado a él, venir a él con la esperanza de ser felices. Hasta aquí se nos trae y aquí se nos abandona y aquí danzamos hasta el día del Juicio Final según el son que nos viene de lo alto.

Como apenas veo su rostro, me fío de su voz para hallar sentido a lo que dice. Es de los pocos que aquí no temen o suplican o lloran, como el agua en los días de estío, a la vez tan tranquila y monótona. Como los ecos del corredor, como mi suerte perdura ajena a mí, lejana, inalterable.

Tal como explican en sus piedras las columnas del claustro, los meses nacen y mueren cumpliendo la rueda del año, al compás de la lluvia, según el flujo de los ríos, como el vuelo tenaz de los milanos.

Viene en primer lugar enero el más cercano a la puerta que lleva hacia el pasillo de las celdas, con su doble rostro, mirando con el primero al año que termina y con el otro al que empieza.

Tras él está febrero que calienta sus pies al rescoldo de su tibio brasero, tal como las hermanas solemos entre rezo y rezo. Le sigue marzo, el que poda las viñas cuando la flor de la retama va tiñendo los montes de amarillo.

Fue a su amparo, antes que abril cuajara en cerros de colores, cuando la priora entregó el alma a Dios Nuestro Señor, una noche templada con la luna plateando los alcores. Volviendo de horas la descubrimos tendida en la cama con las manos cruzadas sobre el pecho, como presta a dejarse enterrar, ajena al fin a conflictos y rencores. Sus ojos abiertos, fijos, nada decían de cómo fue su final, de si salió de este

mundo confortada o arrepentida, rumbo a aquel que nos salva o camino del reino que nos pierde. Nada podía leerse en ellos, parecían borrados, más vacíos que sus manos, tan vivas todavía, reposando inmóviles sobre la cruz del hábito. De esta suerte nadie llegó a saber con certeza si fue su testimonio el que a la santa condenaba, si llegó a arrepentirse alguna vez antes de que sueño y muerte se unieran para arrastrarla lejos de nosotras.

La única en conocerlo pudiera ser la huésped, pero ella callaba aún, ajena cuando no indiferente, en tanto hundían a su amiga en la tierra. Más tarde, en cambio, en la sala capitular, tratando el negocio de la nueva elección para el cargo vacante, era digno de ver, según aseguraban, su trajinar en busca de noticias y votos, su prometer mercedes, su buen rostro sereno y renacido.

Como la brisa fuera, así espantaba los malos recuerdos con promesas que hacían callar hostiles murmullos, como el agua de nieve luego hecha manantial, de tal manera pregonaba tiempos mejores si llegaba a gobernar la casa.

Poco a poco la piña de su bando fue creciendo de nuevo tan rica y apretada que se llegó ya a dar por descontada su victoria, mas pocos días antes de las votaciones, alguien corrió la voz de que la santa regresaba.

Cierta o no la noticia pareció alzar de nuevo el estandarte de la santa. Sería preciso esperar a que su juicio se fallara antes de arrebatársela el grado que la antigua priora sólo había ocupado de modo interino. Cada vez que la huésped trataba de alzar la voz en el capítulo, intentando ganar votos, una nube de toses y siseos acallaba su voz hasta hacerla enmudecer roja de ira y despecho. A pesar de sus promesas pronto cambiadas en claras amenazas no era capaz de hacerse escuchar sino en los corros de las ganadas de antemano. A las demás nada arredraba, sobre todo a las más viejas, que parecían haber hecho causa común con la acusada. Aunque la casa fuera cayendo día a día, aun con la huerta abandonada y sola y la iglesia hecha puro despojo, era preciso esperar, nombrar todo lo más un consejo de mayores, de aquéllas con mayor experiencia, que sacaran adelante la comunidad hasta que el tribunal se pronunciara.

Pronto se vio que no obraban así por amor a la verdad, sino por odio a quien con su actitud y bienes les había hecho conocer la miseria de sus vidas, su falsa vocación, su nido de tristeza miserable. Tal vez sin su llegada hubieran muerto si no felices, al menos resignadas, pero aquella celda que en un tiempo se complacía en mostrar, la doncella sumisa, sus refinados trajes, el buen yantar, las bebidas perfumadas, el airón recamado de su pelo, sus espejos pulidos y despensa abundante eran mucho para quienes nunca conocimos sino la sarga o el esparto, cilicios, disciplinas, la escarcha del coro o la carne macerada bajo el hábito.

Era mucho querer encima dominarnos, ordenar nuestras horas, enmendar nuestras acciones, nuestros pasos. Tal pensábamos todas según el tiempo de la elección se

venía acercando.

Vino mayo, que es galán caballero en el claustro, con sus cielos a medias cubiertos, y sus prados ya maduros de flores. Con junio se encendieron los primeros vientos y julio hizo acopio de pan en relámpagos de hoces que desde la mañana encendían el cielo ya tan bajo y cargado. El camino real se alejaba vacío, cansado como un mal sueño de silencio animado sólo por el lento cruzar de las galeras cargadas de haces dorados rumbo a las eras tostadas y brillantes. El bochorno de la media tarde hacía vibrar los alcores y hontanares, y el convento soñaba aguardando a que su suerte se decidiese, quién sabe si por un tiempo o para siempre.

Labores y oraciones se cumplían sin preguntar ni obedecer, a toque de campana. Mis manos se convirtieron en prioras, en la única voz respetada, obedecida, salvo por nuestra huéspedada que de nuevo encerrada, apenas se dejaba ver sino algún que otro rato, entreabriendo su puerta para enviar o recibir, como solía, a sus secretos correos.

Pero sus cartas, según luego se supo, no iban ahora camino de la villa donde la santa esperaba su sentencia, no apuntaban a ella sus desvelos. Bien pronto conocimos en la comunidad cuál era el nuevo rumbo de sus mensajeros.

Muy de mañana, un día, rompiendo el sol su cortejo de nubes, otro cortejo vino a asomar entre el polvo y las viñas, a paso lento de jinetes caballeros. Aquella tropa no venía por cierto de la corte ni de la villa del tribunal, sino de más allá. Pequeña y todo, parecía crecer en la llanura prieta y fuerte, según se aproximaba.

Una vez cerca, bien pronto adivinamos que nuestro protector volvía y aún más presto supimos el porqué de aquel imprevisto retorno, dejando tras de sí los rescoldos aún vivos de su guerra. Apenas bajé de la espadaña con la noticia a cuestras, cundió en unas el desánimo y en otras, pocas, una nueva esperanza. No faltó quien avisara a prisa a la hija que, como si ya esperara la noticia, se demoró cuando la tropa se detuvo a la entrada del patio.

Allá en el medio de la comunidad, tan dócil ahora parecía ya la nueva priora, señora de la casa esperando al padre que, pie a tierra, entre los brazos la estrechaba. Quedaron en el zaguán los caballeros y el padre tras apurar un refrigerio que le servimos en la sala capitular en contra de las normas de la casa, nos dirigió la palabra como pastor que ordena su rebaño:

—He venido a saber —comenzó las tristes nuevas que desde mi paso por aquí han sucedido. Quiera el Señor que tales sucesos concluyan felizmente, pues que de ellos depende en gran parte mi sosiego y devoción por la casa. En lo que se refiere al proceso de la santa, según me dicen se halla en muy doctas manos. Ellas sabrán dictaminar si hubo delito o no y en qué medida se ha ofendido y faltado al dogma en la comunidad; quiénes fueron sus cómplices y qué castigo merecen.

Hablaba como un padre a medias burlado y a medias ofendido. A ratos la blanda carne de su cuello flotaba sobre la gorguera a impulsos de la ira. A ratos parecía

faltarle el aire en torno; su rostro enrojecía y sólo una breve pausa y unos medidos sorbos del vaso que mantenía en su mano, le permitían proseguir hilvanando amenazas y advertencias. La hija a su lado, callaba, parecía contar las baldosas del suelo con los dedos escondidos en las mangas del hábito. Se la veía tan sólida y crecida a la sombra del padre; tan segura de sí, que ni siquiera le era preciso hablar, hacer balance de los postreros avatares, a buen seguro explicados por carta.

Ahora se contentaba con mirar de cuando en cuando a sus rivales, dejando adivinar lo que el padre callaba, dando a entender que en sus manos estaba la suerte de la casa.

—En cuanto a la elección —continuaba aquél— no consientan perder más tiempo en discusiones, porque es de tal suerte la condición humana que a menudo olvida su fin principal, perdiéndose en lo más vano y accesorio. Gran lástima es ver esta casa sin gobierno, cuando en ella antes reinaba toda paz y perfección. Tengan a bien apartar dudas y cuidados que yo les he de favorecer tan pronto como elijan nueva superiora.

Hablando así se le iba la mirada tras de aquella que habiendo solicitado su ayuda, aparecía ahora como ajena a todo.

—Así, hermanas, hijas mías, por buen padre de todas me tengo. Por ello les recomiendo tengan ánimo todas y olviden pasadas banderías.

Quedó en silencio la comunidad como rebaño de muchachos tras la censura del maestro, disimulando a duras penas su ansia de responder, unidas sin avanzar un paso hacia la puerta. Y viéndolas tan firmes nuestro protector, no sabiendo si salir a solas, esperando tal vez que le siguieran, preguntó:

—¿Alguna de vuestras caridades tiene alguna razón en contra?

Y al punto se encendía escuchando la respuesta.

—La gracia del Espíritu Santo sea con Su Excelencia. En lo que se refiere a la nueva priora, esta comunidad le suplica tenga a bien entender que iría contra sus reglas proceder a dicha votación en tanto no se resuelva el proceso de la santa.

Quedó por un instante nuestro protector con los labios sellados, meditando, en tanto añadía la misma voz:

—Además, si nuestra hermana vuelve inocente, sería grave afrenta para ella.

—Tal cosa no sucederá —murmuró airado.

—¿Cómo, señor, podemos estar seguros de ello?

—Yo trataré este negocio con el provincial, y él mandará recado de cuanto decidamos.

Con tales palabras dio al punto por concluida la entrevista y esta vez más ligero, con el ceño fruncido y grave paso se alejó de la sala y del convento.

Todo un día se demoró en la villa. Por dos veces se le vio a solas con su hija. Nadie en toda la casa fue de nuevo admitida a su presencia, a nadie concedió licencia

para rogar, preguntar o pedirle influyera ante el tribunal a fin de que tan largo proceso se abreviara en lo posible. Cualquier intento tropezaba con el muro discreto de un impasible secretario.

Y sin embargo, su único afán, en la villa y en la casa era el destino de su hija, que según quien los acertó a ver de paseo por la huerta, le apretaba con palabras y susurros, urgiéndole tomara las riendas del proceso en sus manos, contándole sus muchas desventuras y aflicciones, quién sabe si amenazándole con huir de allí si no se solventaba presto el caso.

A la noche siguiente partió. Salió nuestra huésped a al zaguán a despedirle. Y en tanto se inclinaba para besar sus manos las que le rodeábamos, aún pudimos oír sus postreras recomendaciones:

—Recuerde, señor padre —había murmurado—, que si ella vuelve, es inútil que yo siga aquí.

Y el padre abarcando con su mirada la casa toda, respondía otra vez con gesto firme:

—Sobre ese extremo, queda tranquila. Yo haré que el caso se resuelva en llegando a la corte.

Era temprano y sin embargo la tierra bajo el sol murmuraba en el chirriar de las cigarras, en el canto del alacrán, dormido a medias en su nido de polvo, en el viento a punto de morir bajo los álamos, en los troncos comidos de moscas y gorgojos. Era temprano cuando el cortejo se borró tras de los cerros, brillantes ahora en mil espejos turbios, en verdes retamares, en troncos secos, rotos, que a buen seguro adelantaban ya, tal como se les alcanzaba a distinguir, el destino que paso a paso, a través de la llanura, venía hasta nosotras, despacio y sin perdón, presto a barrernos como su duro brazo.

## Capítulo VIII

Aquel rayo de sol que solía darme en los ojos, avisándome de que la puerta de mi prisión se abría, rompió a alumbrarme a hora imprevista. Como siempre dio paso al celador que para esta ocasión no aparecía solo, sino seguido de dos acompañantes a quienes no conocía más que, a juzgar por su pompa y ceremonia, adiviné familiares del Santo Tribunal.

Cerraron tras de sí y luego de encomiarme mucho que guardara secreto de todo cuanto hasta entonces hubiera visto, oído o padecido, me preguntaron si hasta la fecha se me había tratado bien, sobre todo en lo referente a la comida y decencia, si en tan largo tiempo había contraído alguna enfermedad o mengua de mis fuerzas y si me hallaba en juicio sano y dispuesta a escuchar todo cuanto debían comunicarme.

Yo asentí a todo en lo tocante a mal o enfermedad, declarando hallarme tan sana como el día en que allí me pusieron y en tanto ellos buscaban en sus ropas el pliego donde venía escrita mi sentencia, me esforzaba por distinguir sus rostros apenas entrevistos en aquella penumbra macilenta. Más que sus rostros que no alcanzaba a ver, era su voz, grave y compuesta la que avisaba de su jerarquía, su modo de leer solemne a la luz del estrecho ventanillo.

Aquella voz daba cuenta por menudo, no sólo de nuestro pecado sino de sus graves y tristes consecuencias. Explicaba cómo llegamos a fingir las falsas llagas, los estigmas milagrosos con grave daño para nosotras y la casa, con mentira y escándalo del que fueron víctimas muchas otras villas y personas. Tan sólo a nuestro favor contaba no haber hallado el tribunal indicios de herejía, sino mera superchería, fruto de nuestras pobres luces en materia tan especial y peligrosa. Así, habida cuenta del tiempo transcurrido ya en prisión, el tribunal se mostraba clemente. Condenada a la santa a abjurar ante sus devotos de sus muchos errores y abandonar la casa, debiendo buscar otra en la que, como simple huésped debería cumplir diez años de privación de voz activa y otros tantos de pasiva, salvo caso de gracia. Así pues, se la volvía a encerrar, pero cargando a sus espaldas toda clase de duras privaciones. Se le prohibía oír la santa misa, ser escuchada en confesión o recibir al señor sin permiso de la jerarquía a la que fuera encomendada.

Ordenaba además el tribunal se publicara un edicto en todas las iglesias, villas y aldeas donde se le rindiera culto todavía, prohibiendo retratos, cruces y reliquias que trataran de ella, so pena de excomuniación mayor, así como toda clase de devociones.

En lo tocante a mí, salía mejor parada. También debía abjurar ante la comunidad y abandonar la casa, pero el resto de mi pena se resolvía en misas y ayunos; amén de medio año de destierro leve.

Apenas los familiares y celador marcharon, de nuevo a solas en mi penumbra amiga, caí de rodillas y di gracias a Dios Nuestro Señor por la gran merced que

entonces se me hacía. Mis ojos tanto tiempo vacíos, secos, sentían el llanto que mojaba en silencio mis mejillas. Ya me veía de nuevo al sol, bajo la luz de aquel patio, sólo pisadas hasta entonces, rumor de vencejos y tañir de campanas; ya me sentía tan viva y fuerte como antaño, presta a correr a los brazos de mi hermana nunca olvidada, siempre presente aun enferma y lejana. ¿Cómo sería su aspecto ahora? ¿Todavía se mantendría firme y altiva o tanto tiempo en prisión habría acabado por arruinar su fortaleza? ¿Cómo serían ahora sus brazos, sus llagas, sus manos? ¿Se habría detenido el mal o aquella azul amenaza seguiría consumiéndola? Según sus jueces vivía al menos, según mi corazón seguía como antaño, a pesar de nuestra larga separación y destierro.

Aún vino agosto con su corte de tormentas que despertaban terribles ecos en los patios. No trajo novedad alguna salvo las visitas acostumbradas de mi celador que, conociendo mi sentencia, parecía más locuaz, procurando animar aquellos últimos días en la celda.

—A mi entender, hermana, no puede sino dar gracias a Dios. No salieron de este negocio malparadas. Salvo las penas grandes, las otras no se cumplen. Al menos no del todo. Hay quien purga la suya de prisión en propia casa, en conventos y hospitales, hay quien sale de día y pasea y goza con familia y amigos para volver al encierro cada noche. ¿Dónde iba a encontrar si no este Tribunal, calabozos para tantos como al año juzga? Ni siquiera los de prisión perpetua, cumplen más de dos o tres años. Peor pintan las cosas para los hombres: azotes, galeras cuando no destierros y confiscaciones.

Una vez presentada la comida, servida el agua y retirados los restos de la cena, su figura tan magra se iba borrando camino de los dos escalones de la puerta. Yo trataba de seguirle mas todo él se me borraba día a día. En un principio lo achaqué a la escasa luz que el ventanillo me enviaba, mas cierto día me vino a la memoria el recuerdo de otras hermanas viejas ya, de sus primeros achaques, aviso de otros más graves que vinieron luego. Nunca hasta entonces paré mientes en mis años, en el tiempo transcurrido desde que fueron a buscarnos, pero luchando por distinguir al celador, por descubrir más tarde la piel ya vieja de mis pobres manos, comprendí que el tiempo, la edad, la muerte, no estaban ni en su figura vaga, ni en los muros imprecisos ahora, sino dentro de mí, en mis pupilas cansadas de tanta oscuridad, en mis ojos cada vez más inútiles luchando por descubrir la vida en torno.

Fue cara a un otoño nuevo, pensando yo si la visita de los familiares habría sido invención o sueño mío, cuando la puerta se abrió definitivamente, dejándome herida de luz y a la vez colmada de esperanza. La misma voz que me hiciera saber mi sentencia me ordenó que presto recogiera cuanto tuviera interés en llevarme, pero ¿qué ajuar podía alzar conmigo yo? Como recién venida al mundo estaba, salvo el hábito y las sandalias ya gastadas y rotas.

Recé una breve oración despidiéndome de aquellas tristes paredes que por tan largo tiempo fueron mi único mundo y con un saludo al celador, seguí a mis dos nuevos guardianes hasta cruzar el claustro y tras él otros patios interiores. Arriba las estrellas se apretaban en blancos racimos, las unas inmóviles las otras vacilantes. Abajo todo era rumor de llaves en la oscuridad, según salvábamos escaleras vacías y torcidos corredores.

Mi corazón acompañaba su latir al rumor de los pies, sentía mi boca sin sabor, mis brazos sin fuerza, secos mis labios. Mi vida entera renacía en la noche, en aquella ciega oscuridad como si desde la puerta de mi calabozo el tiempo pasado se consumiera, se borrarán años, dolores y penas.

En aquel viaje al filo de la madrugada entendía que mi vida toda estaba otra vez en aquel nuevo encuentro con mi hermana. Al fin nos detuvimos ante la puerta de una segunda celda. Una de las dos sombras quedó conmigo, en tanto la otra hacía girar la llave hundiéndose en la oscuridad, llamando por su nombre a la santa.

Qué dura espera, qué ásperos rumores, qué rendida pasión aceleraba mi pobre corazón esperando a que mi hermana apareciera. Tampoco ella tendría mucho que llevar consigo, tan pobre y olvidada como yo, todo el tiempo que nos tuvieron separadas.

Una tercera sombra vino a romper el silencio bajo las estrellas avisando a mi guardián de que el carro ya se hallaba presto, preguntando a qué hora se iniciaba el viaje.

—Mejor partir ahora.

—¿Ahora? —se extrañó el otro—. ¿A qué precipitarse? Podríamos esperar hasta que amaneciese.

—Es voluntad del tribunal que así se haga, a fin de que no corra la voz. No vayan sus devotos a importunar el viaje.

—Así se hará —asintió el del carro.

En tanto ante nosotros la puerta se abría. A pesar de las tinieblas, tan sólo reconociendo su figura, su paso leve ahora como si resbalara sobre las losas, un fuego ya olvidado se encendió en mi cuerpo, un vigor renacido me llevaba a sus brazos, borrando a nuestros celadores, y aquel suelo de piedras mal unidas, contra el que las sandalias destrozaban sus cueros tan ruines y leves.

¡Qué magra y débil la noté entre mis brazos! Toda piel y espinazo como vuelta del potro, tan silenciosa y rota. Quedamos en silencio, unidas, dándonos fuerza, amor, como si más que hallarnos otra vez, fuera aquélla nuestra definitiva despedida. Allá en la oscuridad bajo la luz tan leve que de lo alto venía, sin escuchar la voz de los tres hombres que andaban calculando el viaje, mi hermana y yo dábamos suelta al llanto sin otra pausa que algún silencio breve en el que mutuamente nos examinábamos.

—Jesús sea con vuestra caridad. ¿Cómo se encuentra?

Mi hermana alzó los ojos más allá del velo, mirándome como solía.

—Ánimo no me falta. Dichoso este día que viene a poner fin a nuestras muchas miserias.

Iba yo a contestar cuando ya nuestros dos celadores apremiaban. Por última vez obedecimos sus órdenes y pronto alcanzamos el patio donde el carro aguardaba. Primero subí yo; luego quise ayudar a mi hermana, pero cuando intentaba tomarla de los brazos, noté en la sombra que ella los retiraba. El carrero se acercó y sin muchas consideraciones, la tomó por la cintura, alzándola hasta hacerla poner pie en las tablas. Luego, a poco, tras despedirse de los otros, que ya abrían la puerta, subió a su vez, arreando al animal que nos sacó bien presto de muros afuera.

Esta vez el viaje resultó menos honesto y acordado, soportando las voces de aquel hombre que maltrataba de continuo al rucio miserable. Apenas un mal toldo nos defendía del sol que aún se alzaba como brasa a mediodía para caer después tan rojo tras del horizonte como si un gran fuego azotara los campos. El verano decía adiós entre relámpagos y tolvánas. Una tarde nos llovió encima y antes de hallar refugio, quedamos de tal guisa que fue preciso buscar una posada donde secar la ropa y la humedad del cuerpo, para espantar el riesgo de tercianas.

A la luz del velón, en tanto tendíamos nuestras ruines ropas, pude apenas distinguir qué restaba de aquel cuerpo tanto tiempo querido y recordado. Ahora la piel se hundía en todas partes, los pechos tan alegres, colgaban mustios, secos, la carne huía por entre el leve armazón de las costillas, marcada aún de turbias cicatrices.

Y sin embargo, aquella carne no era la parte más terrible del despojo, sino sus brazos, sarmientos oscuros mal disfrazados por las sucias vendas.

—¿Cómo van vuestras heridas? —le pregunté en tanto se cubría malamente con las mantas del cuarto.

—No diré que tan bien como quisiera, ni tan mal que no me den tormento a ratos.

—¿No se las ha de curar?

—Mejor las tengo por castigo a mis pecados.

Y sin embargo, a pesar de sus palabras, yo no pondría mi mano en el fuego, apostando porque se hallara arrepentida. Había en su apagada voz un destello de ironía. Así le pregunté:

—Y ahora, ¿qué piensa debemos hacer?

—Cumplir con lo que el tribunal nos ha ordenado.

—¿Y después?

—Después, el Señor proveerá. En sus manos estamos.

De nuevo aquella voz, de nuevo aquella mirada que tiempo atrás yo tan bien entendía. Aquella noche, al menos, dormimos sobre colchón, no sobre paja o encima

de las tablas. A la mañana, presto nos levantamos y tras decir como de costumbre, nuestras oraciones, quisimos oír misa por haber visto una iglesia vecina a la posada, mas el hombre del carro nos hizo saber que no podía esperar, de modo que, con tan sólo un pedazo de pan en el cuerpo, seguimos adelante contentas a pesar de todo, viendo tan cerca el final del viaje.

Y fue en aquellos páramos, bajo aquel sol de castigo que hacía hervir olivos y rastrojos donde por vez primera supe que mis ojos ya no eran los de antaño. Cuando antes en las tinieblas de la cárcel me era difícil reconocer a mi celador, siempre creí que sería cosa de poco, que una vez fuera, presto la antigua claridad tornaría.

Pero no volvió. En un principio, con la alegría de la vuelta a la vida, no volví a recordarlo, pero ahora en las largas jornadas del carro por tierras sin un árbol, erizadas de retamas, aquella niebla vaga que empañaba mis ojos se fue haciendo cada vez más espesa.

A veces no llegaba a distinguir del todo a mi hermana sino con la ayuda de la memoria que añadía lo que mi vista no alcanzaba. Ella viéndome frotar los párpados, hasta el punto de hacer saltar las lágrimas, preguntaba:

—¿Qué mal tiene en la vista, hermana?

—Ninguno que no pueda esperar hasta llegar a casa.

—Cuide de no asomar. Este sol y ese polvo que traemos lo aniquilan todo.

Yo para mis adentros me avergonzaba de su interés por un mal tan pobre como el mío llevando en sus brazos y manos aquel otro que soportaba sin un solo lamento. Mucho debía sufrir porque a ratos callaba y aguantando las embestidas del carro, sujetándose a duras penas, sus sienes rezumaban.

¡Qué diferente viaje éste! Mal comidas, con una sola parada en mediodía, sin apenas matar la sed, devueltas como a escondidas a casa. ¡Triste miseria nuestra, grave desdén hacia la santa que antes tuvo a sus pies más de cien parroquias entre villas y aldeas!

De tal modo castigadas, sin una nube que nos aliviara, atravesando campos secos como partidos por el rayo, caminábamos muy lentamente, cruzando márgenes de lodo, salvando cauces de arroyos muertos, esperando el instante de llamar a la puerta del convento. En vano me afanaba yo por distinguirlo en las veladas sombras de la tarde. Fue mi hermana quien suspirando, alzó por fin la voz:

—Gracias le sean dadas al Señor; llegamos.

Sin saber cómo, sin ayuda del carrero, ya estábamos las dos junto a la puerta, tirando del cordón, haciendo resonar la campana del zaguán.

Y fue la buena amiga motilona, la primera en asomar al torno:

—¿Quién va?

—Ave María; dos hermanas que vuelven a esta casa.

Me pareció que para sus pocas luces muy pronto comprendía, tanta prisa se dio en

abrirnos. Apenas salvamos el zaguán, camino del claustro, entendimos la causa. El Santo Tribunal amén de castigarnos a nosotras, había ordenado enviar a las demás hermanas a distintas casas. Las más se hallaban en su nuevo destino. Tan sólo había quedado la motilona para recibirnos, pues era voluntad del juez que las dos cabecillas principales abjurasen públicamente ante los mismos fieles que por tanto tiempo les honraron, en la iglesia principal de la villa.

Así estaba la casa sola, triste despojo, dispuesta en mala hora a recibirnos. Así estaba la capilla vacía y las celdas desiertas, como su acequia inmóvil y sus patios muertos.

Llegó septiembre el que apura en las viñas la sangre de la tierra. Vino octubre con sus primeros fríos, pero ningún tiempo era bueno para que mi hermana cumpliera la primera parte de su penitencia. Nunca estaba dispuesta a presentarse ante sus fieles que, una vez conocida nuestra vuelta, tornaron con la misma fe, negándose a romper o quemar sus reliquias y cruces. De nada servían advertencias o amenazas. Sólo pedían ver de nuevo a la santa, más allá de la red, tocar sus manos como siempre. Pero el tiempo de mi hermana, poco a poco se consumía según la mancha de sus manos crecía apuntando al corazón, traspasando sus débiles brazos.

Llegó la hora incluso de mi amiga motilona, hora feliz para ella que a la postre, al cabo de tantas desgracias, vio cumplidos sus deseos de una vida mejor, más tranquila cuando menos lo esperaba.

Ya desde tiempo atrás, se ausentaba a menudo de la casa. Yo pensé que sus viajes se debían a su afán de servirnos, pero el tiempo pasaba sin hacernos saber cuándo pensaba abandonarnos.

—¿Hasta cuándo piensa seguir con nosotras? —le pregunté al fin un día.

—No hay prisa, hermana —respondió—. En tanto se hallen aquí, yo quedaré a su lado. ¿Qué importa una casa que otra? Mi gusto por servir a las dos mejor se satisface en ésta que en otro lugar a donde el tribunal me envíe. Además, como sabe, no tengo hechos mis votos.

—De todos modos, mejor sería obedecerle. No vaya a tomar alguna medida en contra.

—¿Qué medida? Harto debe tener en qué ocuparse, como para acordarse de esta humilde pecadora.

Nada más dijo pero su tono parecía esconder alegres novedades. Así nos servía con gesto amigo o cruzaba el portal cantando un son alegre que chocaba con las celdas tan mustias y vacías.

Pero sus muchos cuidados unidos a los míos, en nada hacían mejorar la salud de la santa, sus noches agitadas, su amanecer poblado de gemidos. El mal por mí sembrado, nunca atajado por el médico que aún ahora, alguna vez la visitaba, crecía

inapelable, ganando tiempo al tiempo, devorando minutos, horas de salud igual que los jirones de aquella carne miserable.

En la casa, despojo de muros al amparo de la muda espadaña, sólo la motilona parecía mantenerse viva, en pie, con sus furtivas salidas y su voz animando los senderos ocultos de la huerta. Al fin, una mañana, a mediodía, descubrí en el zaguán la razón de su mudanza. No era otra que el hortelano aquel que nos llevó en su carro a la aldea de mi padre.

En un principio no le reconocí a su lado, pero presto se acercó a saludarme.

—¿Qué, hermana, no se acuerda ya de mí? —Y viendo que aún dudaba, prosiguió —: Aquí estoy, como entonces, dispuesta a llevarla hasta donde sea menester.

—El Señor premie sus desvelos.

—¿Y la santa? ¿Cómo va de salud?

—No demasiado bien.

—El Señor hará también que pronto pueda ponerse en pie. El día que cierren la casa, no dejen de avisarme. Después de todo, casi la he vaciado toda yo, con mi carro, a fuerza de viajes. Nunca me moví tanto como en estos meses desde que el tribunal acordó deshacer el convento. No es que discuta yo sus decisiones. Lego soy en tales materias pero habiéndole conocido tan próspero, pena da verlo ahora tan caído y maltrecho.

—De poco sirve lamentarse ahora.

—Eso es verdad, pero bien se me alcanza que tampoco el Padre Provincial ni el obispo siquiera estuvieron a la altura de lo que merecía el buen nombre de la Orden.

—Ellos sabrán la causa.

—Puede que el miedo o el interés de algunos en que la fama de la santa no se alzara más allá de lo debido. Hay quien piensa que incluso otros conventos vieron con malos ojos las promesas de vuestro protector, aún más desde que la hija avisó su propósito de profesar en éste. Quizás temieron quedar ellos perjudicados en hacienda y limosnas, al aumentar para éste las mercedes. De todos modos —añadió tras una pausa, pensativo—, así va el mundo; los unos por miedo, los otros por mezquinos intereses, todos son a hundir a los más débiles, en tanto los poderosos, entre bulas y alcabalas, prosperan, año tras año, y aun presumen de misericordiosos.

—¿Pero qué recelo han de tener los que están —razoné a mi vez— por encima de nosotros?

—En lo tocante a limpieza de sangre —repuso el hortelano—, nadie está por encima de nadie. Del más alto al más bajo, todos temen que les salga de pronto algún pariente con el que no contaron, moro o judío, que acabe con sus huesos en el palo. Según va nuestra vida de apretada ¿quién puede asegurar que sus abuelos fueron cristianos viejos? Por eso hasta los Provinciales rehuyen toda clase de juicios y en mentándoles la santa Inquisición, quien puede la evita, tal como piensa hacer quien

me acompaña.

Miré a la motilona y pregunté extrañada:

—¿También ella anda en tratos con el Tribunal?

—No, hermana, pero no quiere acatar sus decisiones. Otras también piensan de ese modo.

—¿En qué cuestión?

—¿En cuál ha de ser? En que no entienden por qué han de pagar justas por pecadoras, por qué se las espanta de este convento sin haber sido antes acusadas de delito alguno. Algunas piensan recurrir a Roma y otras marchar a casa.

El hortelano miró a la motilona como animándola a hablar. Entonces supe por su boca que, también como las otras, pensaba dejar la senda del Señor.

—Así ¿quiere dejar la Orden?

—Pienso dejar el hábito.

Quedé confusa y extrañada. A pesar del tiempo transcurrido, aún recordaba sus protestas de amor hacia la casa, hacia esta vida defendida de los males del siglo que afuera acechaban.

—Eso era cuando el convento estaba unido —me respondió—, pero no ahora con tanta desazón. Vuestra caridad lo ignora por haber estado ausente tanto tiempo, pero en los últimos meses, no hubo tormento, ni locura que no hallara lugar abonado en él, dejado como estaba de la mano de Dios y a merced de los caprichos de la huéspeda.

—Pero ella ya no está. No será fácil volver a encontrarla donde quiera que la lleven.

—No deseo correr tal riesgo. Antes seglar mil veces que volver a otra casa de mujeres. Las he llegado a aborrecer tanto que ni aun en trance de muerte, podría soportarlas a mi lado.

Por vez primera después de tantos meses, tuve ganas de reír. Pobre amiga motilona, compañera de viaje, hermana mía, tan dispuesta a seguir a los hombres apenas la solicitaban, a pesar de sus afrentas y desaires. ¿Dónde andaría su fraile prevaricador? ¿A quién engañaría ahora si aún los tribunales no habían puesto fin a sus desmanes?

No quise recordárselo viéndola tan feliz con su hortelano que, a su vez, le devolvía en la mirada, su amor multiplicado. Por el contrario, como aprobando su decisión, le pregunté:

—¿Y dónde piensa vivir? ¿Cuenta con hacienda o heredades?

—Estas dos manos son mi única hacienda —respondió decidida, tendiéndolas.

—Y estas mías que no la han de faltar. —Añadió su compadre—. Así supe que pensaban casar. A fuerza de ir y venir, de llevar hermanas en su carro, el hortelano había acabado por aficionarse a ella y aunque viudo y con hijos ya crecidos, la motilona lo había aceptado en todo, acordando la boda para cuando el convento

estuviera vacío.

Supe también el mal fin del galán de nuestra huésped a quien una bala perdida de mosquete dejó impedido de ambas piernas en aquella guerra lejana de la que nunca acababan de llegar noticias.

Triste cortejo el suyo tendido en unas sencillas parihuelas, pobre recibimiento el que su dama le deparó bajando a duras penas de su celda. Se diría que trataba con algún remoto pariente, algún amigo del padre, no con aquel que, tan rendido, tiempo atrás llegara a visitarla.

Viéndole ante sí, tendido, luchando por hacer menos duros los dolores, le había preguntado:

—¿Y mi padre? ¿Lo sabe?

—Fue a pocos pasos de él.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Yo se lo supliqué. En un principio pensé curarme tan presto como para volver aquí antes que la noticia. —Frunció los labios luchando por alzarse, pero las piernas a pesar del esfuerzo, seguían inmóviles—. Duro destino éste —murmuró a su pesar—, estar vivo y muerto a la vez, amarrado como Tántalo y libre como si acabara de nacer. ¿Quién conoció tormento parecido?

—El Señor tendrá a bien compadecerse.

—Antes prefiero un buen cirujano. Conozco uno en la corte que ha puesto en pie enfermos peores. Hasta entonces no tendrás que volver a soportarme. Queda con Dios.

—Qué Él te devuelva la salud.

—Si, como espero, ese hombre que digo recompone mis huesos, he de volver bien presto a recogerte.

La huésped a no respondió. Quedó mirándole en tanto los soldados alzaban en el aire aquel cuerpo rendido a un tiempo por la pasión y los dolores.

Ahora viéndole alejarse a ras de tierra, cerca del barro, tras de llegar un día valiente en su montura, galán y decidido, arrancaba lágrimas en algunas de las hermanas, en todas se diría, salvo en aquella que más debía sentir tan infeliz partida.

Por breve tiempo quizás le recordó, pero pronto volvió a vivir pendiente del correo, del juicio de la santa que ya por entonces harto se prolongaba. A nadie extrañó que no volviera a preocuparse de quien tal vez entonces luchaba por la vida. Encerrada en su celda, defendida del mundo en torno por sus largas esperas y sus horas perdidas, nada más allá de sus muros le importaba, salvo el triunfo o la muerte de mi hermana y amiga.

Cuando se despidió la motilona, quedé largo tiempo en el zaguán meditando a solas, preguntándome de qué barro estaba hecha aquella reina ruin colocada por nuestro protector en la casa como simiente de discordia. Pensé que a lo peor ya el

Señor nos tenía su infierno preparado, su castigo prevenido, antes de que mi hermana y yo pensáramos ofenderlo, antes de que engañáramos a la comunidad; tales son sus poderes, tales deben de ser también sus secretos designios.

Todo ya dependía de la salud de mi hermana, como antes de su juicio y aún antes, de sus manos.

Una tarde, hallándome de hinojos en la capilla pidiendo por su salud a Dios, sentí llamar a la puerta del zaguán y como la motilona no estuviera, me encaminé hacia el torno a pesar de la lluvia que caía. Los cielos se vaciaban en el claustro, arrastrando la cal, las destrozadas tejas, camino de los desagües cegados desde meses antes. El suelo entre los setos antaño florecidos, se convertía ahora en sucio piélago por donde navegaban a grandes zancadas, zapateros y arañas en todas direcciones. Las palomas habían huido ya en pos de las hermanas; los vencejos debían esconder sus plumas en los ensambles de las vigas; todos, del más humilde al menos valeroso, parecían aguardar en las tinieblas rotas por ráfagas de luz, la destrucción completa de la casa, verla caer bajo el peso del agua, del desdén y el olvido por nuestras culpas no expiadas del todo.

Yo misma no pensaba en ella como tiempo atrás cuando junto a mi hermana descubría al azar los secretos caminos de la huerta, cuando a solas nos encontrábamos en sus encrucijadas y rincones, en aquel prado ameno, a la sombra de los álamos. Ahora nada de ello existía para mis ciegos ojos, sólo un rumor de lluvia, de agua violenta, hostil y el retumbar de las nubes preludio de relámpagos.

Ni siquiera la santa vivía ya, tendida eternamente, levantada por mí una vez al día, esperando la hora de presentarse ante el Señor antes que ante la tropa incierta de sus fieles. Ni siquiera éstos se atropellaban en la gran explanada de fuera. Ahora como si el tiempo o el temor les hicieran menos activos por más recelosos, sólo de cuando en cuando, venían a llamar como éstos cuyos golpes seguían resonando, rumbo a los cuales entre el viento y el agua intentaba abrirme paso. Allí estaban las dos pues que de dos mujeres se trataba, más mojadas que yo, esperando al amparo de los arcos.

—Ave María —murmuré a través del torno—. ¿Qué se ofrece a estas horas?

—Disculpe su caridad; traíamos esto para la santa.

A través de la mirilla intenté averiguar de qué limosna se trataba. Me pareció una de tantas, un cestillo mal cubierto con un paño.

—Está bien, déjelo en el torno. Yo se lo haré llegar.

Ya me iba camino de la celda cuando lo sentí girar de nuevo a mis espaldas. Ahora ante mí aparecía una cruz muy pequeña de madera. La voz de la mujer volvió tan clara como antes.

—Hermana. ¿No podría tocar con esta cruz su hábito?

—Está prohibido. ¿No lo sabe?

—Aun así. Sería un gran favor para nosotras.

—No es santa ya —respondí con vehemencia, pensando que la mujer se asustaría pero no sucedió tal. Por el contrario, ajena a mis palabras, se apresuró a explicar:

—Es para un hijo que tengo enfermo de tercianas.

—El Santo Tribunal lo tiene prohibido. Está escrito en la puerta. ¿No lo vieron?

—Hermana; no sabemos leer. De todos modos si no quiere pasar por ello, que el cielo le guarde.

—Que el Señor les acompañe.

Quedó en silencio el torno y yo con mi cesto en la mano, apretada de truenos y relámpagos. El agua venía a ráfagas, en pesadas cortinas que retumbaban sobre cercas y terrados. Otra vez al amparo de los medrosos soportales pronto dejé atrás el claustro, ganando el patio interior cerca del otro más pequeño en torno del cual se abrían las celdas. Ahora todas de par en par, abandonadas, mostraban al aire su interior de blancas madrigueras. Tan sólo quedaba en ellas algún colchón de paja a media reventar, podrido de humedad, sucio de moho, restos que fueron sillas y alguna estampa abandonada. Era como si un hato de demonios se hubiera revolcado en su interior, destrozando desde lo más ruin a lo más alto, todo cuanto encontró a su paso.

Seguramente las hermanas habían dejado la casa bien a sus anchas tal como la motilona aseguraba de la huésped. Ésta sin duda acabaría en la corte como deseaba aunque tuviera que pasar antes por otros conventos nunca tan miserables como este del que ni siquiera se molestó en llevar otra cosa que la plata y joyas y algunos de los muebles principales.

El día de la partida, aun con los familiares del Santo Tribunal esperando a la puerta, se había demorado explicando que no estaba dispuesta a viajar con el sol en lo alto. Más tarde pidió un nuevo plazo para escribir al padre protestando de aquel traslado y finalmente fue preciso esperar a que el correo llegara pues a pesar del sello, puso todo su empeño en entregar la carta por su mano.

A todo se avinieron los familiares, en atención a su rango, ya que no a su jerarquía pues el cargo de priora quedó en suspenso hasta que la comunidad una vez expiada su falta, se hallara de nuevo reunida.

Según contó la motilona, ya avanzada la tarde, todavía ama y doncella se afanaban con el equipaje.

—Señora —preguntaba la muchacha—. ¿Qué haremos con los trajes?

—Recoge los que puedas; los demás los dejas.

—¿Incluso éste de raso? Piense señora si cambia de parecer; puede ser que a la postre venga a necesitarlo. A fuer de sincera le diré que antes que monja mejor os veo yo en la corte donde no han de faltaros galanes.

—De todos modos puedes dejarlo. En casa de mi padre ha de haber otros tantos.

—¿Quiere decir, señora, que ya no profesamos?

—Tú apúrate. ¿Quién sabe?

—Mis deseos son los vuestros. Para mí todo es uno estando a vuestro lado.

Así quedó su celda vacía tras su marcha, tan muerta como ahora, convertida en mudo espejo de sus vacilaciones.

Y así iba yo, rumbo a la de mi hermana, con aquel cesto que aún había de servirnos para engañar el hambre.

Llegué a su puerta y murmurando como siempre «Ave María. ¿Cómo va la salud?» fui a abrirme paso en la penumbra camino del catre. Al pronto pensé que por el frío se habría cubierto con las mantas, pero éstas se hallaban en el suelo, a los pies, como en verano cuando el calor aprieta. Así mi hermana había salido. Quizás andaba en la capilla. Tal pensamiento me llenó de gozo pues parecía indicar que ya sus fuerzas volvían. Mas la capilla estaba tan vacía y oscura como siempre. Salí al patio y grité a media voz:

—¡Hermana! ¿Me oye su caridad?

La lluvia se había calmado y en lo alto, entre nubes brillantes, apuntaba la carrera de la luna.

—¡Hermana! —volví a llamar.

Nadie me contestó. El clamor último del agua en los canales del tejado, los murmullos de los secretos caminos de la acequia, llenaban de rumores el claustro, ninguno de los cuales era el que yo esperaba, la voz solemne y suave de mi hermana.

La busqué en la cocina, en la despensa inútil, en el antiguo establo más tarde convertido en almacén de aperos. Llegué a mirar hasta en la misma acequia tan crecida y rebosante como un lago de plata remedo de la luna. Miré en su fondo, pero sus aguas revueltas, tan veladas como mis ojos, no me dieron respuesta alguna.

Y ya de vuelta, cansada de gritar, guiándome en la oscuridad tan sólo con mis manos, vine a encontrarme otra vez en el pasillo de las celdas.

Poco a poco, procurando frenar el corazón, imaginando distintas suertes, tomé con que alumbrarme y fui pasando revista a todas hasta apurar la cuenta de la comunidad entera. Y al salir de la última me vino como un viento a la cabeza, el recuerdo de la huésped.

Allí, en su celda estaba, sentada ante el espejo de plata, vestida con su traje de raso, con la cabeza caída sobre el pecho.

Y cosa extraña, no tembló la luz en mi mano. Era como si de antemano yo supiera que allí debía estar, rodeada de todo aquello que su enemiga dejó para pasto del tiempo, singular heredera de una vida que debió ambicionar tanto.

Sus dos brazos inmóviles por donde la que no perdona debió de ir a su encuentro, yacían extendidos apuntando al suelo. Las vendas de mal zurcidos trapos se desprendían como sucias cortezas desde los negros tendones macerados. Aun así, a

pesar del hedor, de sus ojos terribles, fijos, abiertos, ciegos, me abracé a ella intentando alzarla una vez más, alcanzar a oír su voz, sentir su cuerpo herido junto a mi propio cuerpo. Pero esta vez no hablé, ni vacilé, ni volví hacia mí sus pupilas; tan sólo quiso resbalar, caer a tierra más que muerta, seca.

La arrastré como pude, casi a tientas, hasta el lecho y una vez en él acomodada, hincándome de hinojos, comencé a rezar por ella ofreciendo al Señor mi vida a cambio de su vida, mi maltrecha salud por su salud, mi propia salvación por su condena.

Pero ¿quién era yo para juzgarla así, para saber si el Señor la había arrebatado en gracia o era el demonio quien consigo la arrastraba? ¿Quién era yo, contrita y a la par rebelde contra el mundo y la comunidad, contra mi propia fe y el destino común que allí tenía su fin junto a aquel cadáver maltrecho?

Allí a mis pies, lejana, indiferente se hallaba vestida para una fiesta de la corte, dormida, esperando quién sabe qué son o música para iniciar el paso más allá de los espejos de la celda. Bajo la inmensa falda rutilante, los chapines, sin acomodar, mostraban unos pies cansados, ensanchados del mucho trajinar. Las manos color oliva en las que el mapa de las venas trazaba la ruta del común engaño, ahora apenas llegaban a juntarse por culpa de los pliegues y los lazos. El cuerpo era preciso adivinarlo como el cuello roído por el mal, y el pelo mal crecido después de tanto tiempo de ocultarlo.

Aquí, a mis pies está toda mi vida, mis sentidos, mi placer, mi orgullo, mi compañera y madre. ¿Quién la abandonará? ¿Quién será capaz de dejar que la desnuden y la vistan con el hábito zurcido, remendado que usan para enterrar a las hermanas? Será preciso velarla, luchar por ella como en vida, acompañarla, defenderla. Pues es mi vida la que defiende en ella, mi salvación la que yace entre sus manos, mi destino y razón lo que en ella nace y muere, en ese cuerpo en tiempos victorioso, hoy semilla de nada, vacía y muerta. Nadie toque mi amor, nadie se acerque a nuestro lecho y nido, nadie ponga sus manos sobre esas manos tan dulces y valientes. Nadie venga a estorbar su sueño, a hundirla en ese otro lecho de ceniza y cal que recibe a la caja mal trabada y estrecha. Magro escondite para dos; nadie nos llevará hasta ese rincón en donde los cipreses medran, donde las parras no llegan a granar y sólo sirven de pasto a grajos y cornejas. No quiero sentir mis pobres ojos más inútiles aún, cegados de grava y arena; quiero ver más allá de los muros los negros cerros jalando esta tierra miserable. Nadie va a separarnos. Quedaré a la espera de que nuestro castigo común se cumpla. ¿Cuándo vendrá, Señor, nuestro tiempo de gloria, por tanto tiempo prometido? Aquí estamos, las dos pendientes de ese amor tuyo capaz de salvarnos, de trocar en dicha la pena miserable, de mostrarnos ese camino que lleva hasta ti como llama de gozo que crece hacia las nubes.

Tal camino seguiremos juntas. Nadie me arrancará de su lecho de esparto. Será preciso alzarnos, arrastrarnos, darnos tierra a la par.

Esos cipreses desmochados velarán nuestro sueño, la parra miserable nos cubrirá con sus frutos tan amargos y el viento de octubre que todo lo barre, barrerá nuestros nombres para siempre. Nadie más volverá a estorbar esta postrera y secreta unión. Ese rincón del claustro será nuestro definitivo reino hasta el día en que nos llames.

Las dos, lejos de hermanas y prioras, viviremos por siempre pidiéndote que en tanto dure el mundo, nadie vuelva a despertarnos, nadie venga a sacarnos de este lecho tranquilo donde las dos a solas amamos y esperamos.



JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS (Madrid, 1926 - 1988). Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, colaboró con el Teatro Español Universitario como autor y director. Su primera novela, *Los bravos*, fue publicada en 1952 y se encuadra en la literatura social de los cincuenta. Toda su creación literaria obtuvo un gran éxito de crítica, recibiendo multitud de premios, entre los que destacan dos premios nacionales de la Crítica y el Nacional de Narrativa en 1979 por su novela *Extramuros*. Además de la literatura, el cine fue otra de sus grandes pasiones. Dirigió la película *Llegar a más* y presentó varios documentales para Televisión Española. Fue crítico de cine de *El País*. Falleció a causa de una enfermedad hepática.